

El género neuronal del periodismo

Pautas y ejemplos del editorial en México

Omar Raúl Martínez Sánchez



Obra ganadora del Segundo Concurso para la publicación de libros de texto y materiales de apoyo a la impartición de los programas de estudio de las licenciaturas que ofrece la Unidad Cuajimalpa

El género neuronal del periodismo

Pautas y ejemplos
del editorial en México



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

1) El género neuronal del periodismo : pautas y ejemplos del editorial en México

Clasificación Dewey: 070.41 M37

Clasificación LC: PN4784.E28 M37

Martínez Sánchez, Omar Raúl

El género neuronal del periodismo : pautas y ejemplos del editorial en México /

Omar Raúl Martínez Sánchez ; corrección de estilo Hugo A. Espinoza Rubio. --

México : UAM, Unidad Cuajimalpa, 2016.

127 p. ; cm.

ISBN: 978-607-28-0858-4

1. Páginas editoriales – Manuales -- México. 2. Páginas editoriales – Colecciones -- México. 3. Periodismo – Edición – Manuales – México. 4. Arte de escribir – Manuales.

I. Espinoza Rubio, Hugo A., colab.

Esta obra fue dictaminada positivamente por pares académicos mediante el sistema doble ciego y evaluada para su publicación por el Consejo Editorial de la UAM Unidad Cuajimalpa.

© 2016 Por esta edición, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa

Avenida Vasco de Quiroga 4871

Col. Santa Fe Cuajimalpa, delegación Cuajimalpa de Morelos

C.P. 05348, Ciudad de México (Tel.: 5814 6500)

www.cua.uam.mx

ISBN: 978-607-28-0858-4

Primera edición: 2016

Corrección de estilo: Hugo A. Espinoza Rubio

Diseño editorial y portada: Ricardo López Gómez

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida mediante ningún sistema o método electrónico o mecánico sin el consentimiento por escrito de los titulares de los derechos.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

OMAR RAÚL MARTÍNEZ SÁNCHEZ

El género neuronal del periodismo

Pautas y ejemplos
del editorial en México



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. Salvador Vega y León
Rector General

M. en C. Q. Norberto Manjarrez Álvarez
Secretario General

Dr. Eduardo Peñalosa Castro
Rector de la Unidad Cuajimalpa

Dra. Caridad García Hernández
Secretaria de la Unidad Cuajimalpa

Dra. Esperanza García López
Directora de la División de Ciencias de la Comunicación y Diseño

Dr. Raúl Roydeen García Aguilar
Secretario Académico de la División de Ciencias de la Comunicación y Diseño

Dr. Hiram Isaac Beltrán Conde
Director de la División de Ciencias Naturales e Ingeniería

Dr. Pedro Pablo González Pérez
Secretario Académico de la División de Ciencias Naturales e Ingeniería

Dr. Rodolfo Suárez Molnar
Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Álvaro Peláez Cedrés
Secretario Académico de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Índice

PRIMERA PARTE.	
PAUTAS DEL ARTÍCULO PERIODÍSTICO.....	7
Introducción.....	9
El artículo periodístico.....	11
El artículo: tareas y requerimientos	11
Formación intelectual e ideológica.....	13
Ser y quehacer del articulista	13
El estilo	15
Componentes del estilo.....	15
Enfoques del estilo.....	16
Forjarse un estilo	17
Estructuración.....	19
Argumentación.....	31
Tipos de argumentación	32
Tipos de artículo.....	37
De causa política e ideológica	37
De análisis y crítica política.....	38
De temas culturales	39
De divulgación científica	39
De corte retrospectivo o “reportajista”	40
De corte humorístico	41
Directrices elementales	43
Un decálogo.....	43

SEGUNDA PARTE.

EJEMPLOS DEL ARTÍCULO EDITORIAL EN MÉXICO 45

De la realidad política 47

José María Cos, Sitio de Cuautla por Calleja, 47

Francisco Zarco, Los principios conservadores..... 49

Ricardo Flores Magón, El capitalismo en el poder 52

Martín Luis Guzmán, La política mexicana 53

Daniel Cosío Villegas, Como en Grecia:

los siete actos de una tragedia; Sobre la televisión: dulce abandono;
A limpiar: dos decenios 59

Gabriel Zaid, Pudores homicidas 61

Manuel Buendía, De la Madrid, antifaz 64

Federico Campbell, México en dos..... 67

Carlos Castillo Peraza, En torno de las “privatizaciones” 69

Miguel Ángel Granados Chapa, Setenta años del PAN; Estrategia integral 73

Jesús Silva-Herzog Márquez, La calamidad de lo público 75

Lorenzo Meyer, Coyuntura crítica 77

Lydia Cacho, La economía del sexo 79

Cuauhtémoc Cárdenas, Ronda uno:

empieza la consumación de un crimen de lesa patria 80

Denise Dresser, “Es la corrupción, estúpido” 84

De cultura, humor y ciencia 87

Alfonso Reyes, Elogio de un diario pequeño 87

Gabriel García Márquez, Un hombre ha muerto de muerte natural..... 88

Rosario Castellanos, La liberación de la mujer, aquí 90

Jorge Ibargüengoitia, La lucha contra el vicio. Cómo educar a los hijos;

¡Arriba las muelas! Reflexiones sobre la mordida;

La televisión ¿es nuestra? Desde varios ángulos..... 93

Ricardo Garibay, Estilo y literatura..... 99

Manuel Buendía, Una pérdida personal;

El misterioso caso del tercer enemigo; Temblores de la época..... 103

Paco Ignacio Taibo I, Recordando a un poeta 106

Germán Dehesa, Elogio de la locura; Un recado para los jóvenes 108

Carolina Arriaga Dorantes, No todo lo que brilla es pez..... 111

Martín Bonfil Olivera, Escepticismo 113

René Drucker Colín et al., Atrapados en la comida chatarra;

Predicciones sociales; Internet en la memoria..... 114

Miguel García Guerrero, Limonada de lagarto..... 117

Carmen Gómez Mont, Las potencialidades de la lectura..... 119

Fuentes..... 123

PRIMERA PARTE
PAUTAS DEL ARTÍCULO PERIODÍSTICO

.....

Introducción

Conjugar observación minuciosa, disposición investigativa, capacidad de análisis y aptitud escritural es propio no sólo del profesional académico, sino también del periodismo. Academia y periodismo son un binomio —que se engarza en sus afanes, particularmente por el desentrañamiento de lo desconocido y la búsqueda de comprensión de la realidad para elevar la calidad de vida.

El periodismo necesita abreviar de la academia para enriquecer y pulir su ejercicio y evitar caer en prácticas cuestionables que corroen sus nobles propósitos. Pero también, desde los recintos académicos, podemos estudiar e incorporar los mejores referentes informativos y editoriales, así como metodológicos y estilísticos, a fin de formar profesionales experimentados, capaces, preparados y responsables con su tiempo y su sociedad.

En esta lógica se inscribe la presente obra, cuyo objetivo medular es delinear pautas básicas, encaminadas a la realización de artículos editoriales. Por ello se parte de una selección antológica con textos publicados entre el siglo XIX y las primeras décadas del XXI.

En la primera parte se plantea un esquema de análisis para dar pie a una serie de lineamientos metodológicos imprescindibles en la elaboración de un artículo periodístico. Tal planteamiento se acompaña y apoya de una segunda parte: una recopilación que rescata las letras editoriales de distintos y reconocidos autores, cuyas aportaciones para el tema que nos ocupa resultan dignas de tomar en cuenta en una obra de esta índole.

No huelga señalar que, tratándose de una selección (tamizada, como muchas, por el arbitrio de quien elige), no se pretende ofrecer una visión exhaustiva del artículo editorial en México, sino apenas un mínimo acercamiento retrospectivo y cuyo aprovechamiento nos fue sumamente útil para la concepción de la primera parte ya referida.

Al observar la insuficiencia bibliográfica sobre el artículo editorial en México, este volumen busca respaldar la formación académica de esta relevante estructura narrativa de opinión. Y, hoy más que nunca, se precisa de estimular dicho género periodístico en un contexto en el que los medios tradicionales y digitales parecen orillar la palabra escrita a trazos fugaces y de menguada sustancia.

Si bien la lectura e impacto de los impresos tiende hoy a diluirse, ello no significa que el análisis sustentado y la reflexión argumentada en lenguaje escrito —incluso en las

pantallas digitales— deban ser disminuidas plegándose a las narrativas de la radio y la televisión. En su más reciente obra, *Alegato por la deliberación pública*, Raúl Trejo Delarbre apunta con énfasis: “[No pocas publicaciones] han reducido de tal manera el espacio para textos de opinión que en ellos apenas caben unos cuantos pincelazos y no el lienzo completo [...]. El periodismo *light* ha confirmado el abandono o al menos el estrujamiento de la reflexión crítica.

Frente a tales tendencias, con este texto nos proponemos estimular, desde la academia, la indagación profunda, el argumento razonado y la palabra escrita adherida al ejercicio racional del discernimiento. Porque concebimos el artículo editorial en tanto género sujeto al escrutinio reflexivo y crítico que provee el intelecto, así como una estructura narrativa que motiva el raciocinio, obliga a la memoria y estimula el aprendizaje; es decir, al igual que el proceso neuronal, el artículo periodístico se mira como un potencial motor del pensamiento y la acción humana.

Sirva, pues, esta obra para motivar entre los universitarios la práctica de una estructura discursiva cuyo sello distintivo es el razonamiento, el análisis y la explicación, argumentados bajo la luz de la inteligencia crítica.

El artículo periodístico

En el periodismo contemporáneo existen distintas estructuras discursivas cuyo propósito central es ofrecer un punto de vista o una interpretación particular en torno a determinados asuntos de interés público. Se trata de géneros periodísticos que persiguen diseccionar, analizar e incluso enjuiciar las diversas aristas de un tema o fenómeno social, político o cultural.

Entre esos géneros de opinión destacan la columna, el editorial, la reseña crítica, el ensayo y el artículo. Si bien éstas son estructuras que nacieron y se desplegaron en los medios impresos, lo cierto es que en la actualidad han ampliado su presencia en los electrónicos e incluso en el terreno digital:

- La *columna* se distingue por aparecer con regularidad, ubicación, título y formato fijos dentro de su medio informativo, con la idea de conjuntar el análisis individual, la valoración crítica y la explicación.
- El *editorial* es el posicionamiento —publicado sin firma— que fija un medio de comunicación acerca de uno o varios de los temas de la agenda pública, y que revela las razones y motivaciones de su política editorial.
- Vista con mayor frecuencia en los entornos culturales, la *reseña crítica* se propone describir, examinar, enjuiciar y comentar las obras recientes de autores diversos de todo el campo de la creación humana: la literatura, el cine, las artes plásticas, las ciencias, la producción intelectual, los medios masivos...
- El *ensayo*, por su parte, es un texto en el que el autor reflexiona en profundidad, hilando información, consideraciones, inferencias y argumentos a partir de referentes teóricos, conceptuales o históricos, producto de la indagación y el análisis previos. En el entorno académico, este género apuesta por el largo aliento, la cita pormenorizada y el estilo técnico-científico. En el terreno periodístico, sin embargo, el ensayo procura ahondar en las causas, realidades y prospectivas, sin soslayar el sustento argumentativo y la claridad expositiva.

El artículo: tareas y requerimientos

Desde nuestra perspectiva, el género argumentativo y de opinión por excelencia es el artículo periodístico, porque en él cabe la regularidad o permanencia de una columna, la postura política sin amarras del editorial, la examinación oportuna y puntillosa de la reseña crítica, así como el esmero argumentativo del ensayo.

Su mayor afán es decodificar y explicar, desde la mirada peculiar de su autor, un asunto de interés público, cuya apariencia primera resulta ininteligible o poco digerible a la generalidad de las personas.

Al igual que el ensayo, un artículo deberá sujetarse a las exigencias de la argumentación y el razonamiento crítico, con el objetivo de ofrecer diagnósticos, análisis y prospectivas, aunque apelando a la brevedad y nitidez en cuanto al estilo.

Entre las indispensables tareas que implica un ejercicio intelectual encaminado a la publicación de un artículo periodístico, destacan la observación e interpretación de sucesos, palabras y datos con entera libertad; examinar el porqué y los cómo de ciertas circunstancias; desmenuzar o escudriñar las partes que integran los temas o fenómenos tratados; valorar o aquilatar las decisiones, los escenarios y los lenguajes de los sucesos públicos; desentrañar y explicar lo que en primera instancia o, a simple vista, resulta difícil entender; traducir la complejidad de los hechos o temas de la vida pública a una interpretación clara, asequible y convincente; argumentar una tesis principal cuya punta de lanza sea el estudio, la reflexión y el análisis; y explorar significados posibles de lo que se trata, a fin de contribuir a la comprensión y orientación de la opinión pública.

Dicho lo anterior, resulta evidente que esta estructura discursiva precisa la conjunción de al menos cuatro recursos fundamentales:

1. Capacidad de observación para desentrañar y examinar el entorno.
2. Habilidad para indagar en fuentes diversas, con la idea de rescatar y aprovechar información de apoyo.
3. Disposición para el análisis, encaminado a rastrear y construir una sólida argumentación.
4. Aptitud para engarzar, capacidad de observación, disposición investigativa y capacidad de análisis en un lenguaje claro y accesible que logre la explicación y el entendimiento.

Como se observa, el arsenal lingüístico representa un instrumento insustituible para la elaboración de un artículo. Escribir un artículo periodístico entraña la consideración de cuatro elementos esenciales que en las siguientes páginas se explicarán:

1. Formación intelectual e ideológica.
2. Estilo.
3. Estructuración.
4. Argumentación.

Formación intelectual e ideológica

Ante la inmediatez de la Internet, géneros periodísticos como el reportaje, el artículo y el ensayo se tornan indispensables por su pretensión explicativa, contextual y de profundidad. Y tratándose de medios digitales, el artículo cobra hoy una particular relevancia si consideramos sus exigencias de parquedad, sin demérito del obligado sustento argumentativo.

Ser y quehacer del articulista

Si en el siglo XIX, quienes se encargaban de nutrir las páginas de opinión en la prensa mexicana eran, principalmente, personajes que abanderaban causas políticas e ideológicas (por ejemplo, José María Cos y Francisco Zarco), durante la primera mitad del siglo XX se fueron incorporando también literatos e intelectuales (por ejemplo, Martín Luis Guzmán y Luis Cabrera). Pero es quizás a partir de los años sesenta y principios de los setenta del siglo XX cuando ciertas plumas labradas desde la academia comienzan a poblar con mayor regularidad, primero, algunos espacios impresos y, más tarde, segmentos en los medios electrónicos (por ejemplo, Daniel Cosío Villegas, Gabriel Zaid, Miguel Ángel Granados Chapa, Lorenzo Meyer, entre otros).

En la actualidad es posible observar perfiles, procedencias y formaciones harto diversas entre quienes tienen la función de compartir sus reflexiones, análisis y comentarios en artículos periodísticos: desde líderes políticos, pasando por académicos e intelectuales, hasta activistas sociales, escritores, representantes populares, científicos, sin olvidar, desde luego, a periodistas que en el curso profesional han ido especializándose en ciertas disciplinas.

Dados los propósitos medulares de un artículo editorial antes señalados, podemos afirmar que éste debiera arraigarse en una plataforma neuronal necesariamente fincada en la formación intelectual o ideológica de quien lo escribe o enuncia.

Escribir un artículo supone un ejercicio de razonamiento y, por ende, un grado importante de madurez en el abordaje de los temas que toca. En tal sentido, un articulista puede serlo en función de:

- a. Su conocimiento especializado, debido a su formación académica.
- b. Su reconocimiento público, debido a su trayectoria intelectual o artística y a su aprobación por un sector de la sociedad.

- c. Su representación de una parte del entramado social (a nivel partidista, social, civil, o asociativo en lo general), debido a que recoge la voz de ciertos grupos políticos o ideológicos.
- d. Su experiencia en el quehacer mediático, debido a que en el curso de su camino profesional ha tenido la oportunidad de enfocarse en determinados rubros del periodismo especializado de análisis.

Los géneros de opinión —en especial el artículo— son estructuras discursivas dispuestas para quienes tienen algo que expresar a la esfera pública, considerando su conocimiento y habilidad para observar e indagar en el tema que le corresponde, su disposición para el análisis y la argumentación, y su aptitud para el cuidadoso manejo del lenguaje que procure no sólo persuadir a la audiencia, sino, ante todo, clarificar asuntos cuyo cariz no siempre resulta descifrable o sencillo de comprender.

Ciertamente, un artículo periodístico ofrece la opinión de su autor, sin embargo, no deberá limitarse a hilvanar una serie de frases ingeniosas, sentencias implacables, impresiones, calificativos y comentarios, pues se deslegitimaría su razón de ser. Al respecto, vale la pena rescatar las palabras del escritor y articulista Jesús Silva-Herzog Márquez: “Hemos confundido el análisis con la opinión. Falta examen pormenorizado de nuestros asuntos, información objetiva y reposada, contraste de versiones, apuntes que ubiquen los hechos en su contexto y referencias históricas que nos permitan saber a dónde vamos o relaciones comparativas para saber dónde estamos”.

El estilo

El estilo es la forma peculiar de expresión de un autor y constituye un sello distintivo de su personalidad. Todo individuo tiene un “estilo” en su vestuario, su forma de relacionarse con los otros, su manera de hablar, de sentarse, de pintar, de bailar, de escribir... Y todo ello implica una expresión del ser humano.

Pero, ¿qué es el estilo en la escritura? Es la manera de seleccionar, combinar y enlazar palabras, frases y oraciones para comunicar pensamientos, ideas y hechos. Existen diversas definiciones en torno al estilo: para Séneca, es el rostro del alma; Fenelón lo observa como una parte intransferible del ser humano o el pulso de su cuerpo; Flaubert lo entiende como “la vida, la sangre misma del pensamiento”; Gonzalo Martín Vivaldi lo define como el molde en que se vierte un modo de ser; Albalat lo concibe como el arte de captar el valor de las palabras y de las relaciones entre éstas; y Manuel Buendía lo entiende como el logro de las personalísimas formas de expresión.

Según Daniel Cassany, escribir implica tener la capacidad técnica e intelectual de expresar información o ideas de manera coherente y correcta para que la entiendan las personas. “Escribir es un proceso de elaboración de ideas, además de una tarea lingüística de redacción”, apunta. En otras palabras: la escritura supone ordenar el pensamiento (lógica) y las palabras por escrito (gramática).

Y, quiérase o no, todo autor de artículos evidencia su modo de ser y de pensar en sus textos, poniendo así de manifiesto su estilo.

Componentes del estilo

El estilo para cualquier escrito, independientemente del área y público al cual va destinado, debe apostar por la comprensibilidad o legibilidad, como la llama Cassany, es decir, la facilidad para ser leído y comprendido. Así, la alta legibilidad se logra gracias, entre otras cuestiones, al manejo de palabras cortas y básicas, frases sucintas y lenguaje concreto.

En contraposición, un artículo editorial tiende al bajo nivel de comprensibilidad cuando emplea palabras complejas, frases demasiado largas, lenguaje abstracto, amplias subordinaciones y enumeraciones excesivas.

Gonzalo Martín Vivaldi destaca tres cualidades del estilo:

1. La claridad: alude al pensamiento diáfano, sintaxis correcta y léxico asequible, con el afán de penetrar sin esfuerzo en la mente del lector.
2. La concisión: supone emplear las palabras apropiadas y precisas para expresar lo deseado, a fin de que cada frase, línea y párrafo signifiquen, tengan sustancia y sentido.
3. Sencillez y naturalidad: implica eludir lo artificioso, lo complicado, lo “barroco”, y preferir las palabras y oraciones de fácil comprensión, acordes a la natural expresividad del autor. Un estilo llano y eficaz, de acuerdo con Casany, debe considerar:
 - a. El uso de un vocabulario que se adecue a los lectores y a los propósitos del material contemplado.
 - b. Evitar complejas estructuras sintácticas (amplias subordinaciones o frases y párrafos muy largos).
 - c. Procurar la contextualización precisa del tema, eludiendo abstracciones o generalizaciones.

Enfoques del estilo

Podemos advertir dos maneras de entender el estilo para los objetivos de la presente obra: a) por el tipo de lenguaje manejado y b) por la intencionalidad implícita en el mensaje. El estilo sustentado sólo en el tipo de lenguaje se clasifica en tres tipos:

1. Lenguaje literario o artístico: contempla a los diversos géneros literarios (novela, poesía, cuento y ensayo) y privilegia más el cómo se dice y menos el qué; es decir, se centra en la manera y los recursos expresivos para generar emociones, imágenes y sentimientos.
2. Lenguaje científico o académico: se distingue por el empleo de terminologías especializadas, ajenas al dominio general, a fin de dirigirse a una comunidad experta dedicada a una rama de la ciencia o un área del conocimiento.
3. Lenguaje periodístico: exige requerimientos como la brevedad, respecto del tamaño de las oraciones y el texto mismo; la concisión, para elegir las palabras justas e idóneas que permitan lograr el objetivo planteado; la sencillez, referida a la necesaria claridad o simplicidad de la estructura gramatical; y la brillantez, lo cual significa —según Buendía— labrarse un estilo propio mediante la incorporación de palabras nuevas, aunque inteligibles y eficaces, así como la alteración de los modos gramaticales convencionales.

En opinión de Manuel Buendía, el articulista tiene la obligación de ofrecer, con poder de síntesis y capacidad argumental y persuasiva, textos más completos que los de redactores de cualquier otro género, sin desestimar el manejo de todos los estilos posibles.

Cincelar un estilo particular dentro del periodismo argumentativo y de opinión va más allá del dominio experto: conlleva la capacidad de explicar, nítidamente, bajo su propia perspectiva, un asunto de interés público cuya apariencia primera resulta nebulosa o difícil de desentrañar. Y para ello es imprescindible un bagaje lingüístico que conjugue agilidad, variedad y originalidad.

Por otra parte, el estilo centrado en la intencionalidad del mensaje tiene cuatro formas discursivas:

- I. Exposición: pretende dar a conocer y explicar con claridad en qué consiste cierto problema e interpretar sus facetas.
- II. Argumentación: busca convencer por la vía reflexiva y aportando tanto razones como elementos de prueba.
- III. Narración: persigue relatar la forma en que se desarrollan uno o varios sucesos o determinadas acciones.
- IV. Descripción: enuncia las características o detalles de interés de objetos, personas, hechos o escenas para trazar imágenes con palabras.

Cabe destacar que, en tanto la exposición y la argumentación se encarrilan en las evidencias del intelecto; la narración y la descripción se hermanan en la vía psicológica y se encauzan a los sentidos.

Expuestos los dos enfoques del estilo (por el tipo de lenguaje y por la intencionalidad), conviene señalar que un articulista, si desea impactar favorablemente, tenderá a privilegiar el empleo del lenguaje periodístico, aunque pueda enriquecer su prosa con un caudal literario o con un respaldo científico, cuando el tema así lo amerite. Asimismo, debiera trazar un discurso centralmente argumentativo y expositivo, sin soslayar nunca la narración y la descripción, si el texto lo hace indispensable.

Forjarse un estilo

Para lograr un estilo preciso y claro, se requiere un trabajo que trascienda la consulta de manuales y diccionarios. En tal sentido, Manuel Buendía da las siguientes recomendaciones para mejorar el estilo en la escritura:

- a. Asumir no ser del montón.
- b. Un honrado examen de conocimientos gramaticales.
- c. Lectura y escritura constantes.
- d. Redactar en la pizarra de la imaginación.

Hay un segundo nivel que plantea Buendía a partir de una búsqueda personal que lleve a experimentar en dos sentidos: alterando la estructura convencional de la oración,

incorporando nuevas palabras y tratando de capitalizar —de manera dosificada y cuidadosa— ciertos manejos estilísticos de otros autores.

En un tercer nivel sugiere una búsqueda permanente que encamine al estudio de las estructuras del lenguaje, la actualización y multiplicación de lecturas, una feroz auto-crítica y una ayuda exterior calificada.

Respecto de las reglas gramaticales, no se necesita aprenderlas de memoria para escribir. Lo conveniente es consultarlas cuando haya dudas. A medida que se conoce el lenguaje y se lee, se deducen de manera natural. Nunca debe dejarse de consultar ni de recurrir a diccionarios y a los buenos escritores.

Estructuración

Un articulista puede escribir sobre lo que observa, cree, piensa, analiza, investiga y lee. Sus caminos o instrumentos de mayor utilidad para ello son, sin duda, la realidad circundante, sus interacciones cotidianas, los libros, la hemerografía impresa y digital, así como los innumerables espacios (portales, videos, sitios, aplicaciones, redes...) disponibles en Internet.

Quien participa en el periodismo de ideas suele ser un observador frecuente en torno a los temas que estudia y analiza, inducido por su interés profesional. No en pocas ocasiones, para elaborar un artículo, procura indagar en múltiples fuentes para conformar un planteamiento sólido y claro, aunque también es viable la posibilidad de construirlo a partir de meras reflexiones e impresiones personales. En este tenor, resulta importante subrayar que géneros como la reseña crítica, el editorial, la columna y el ensayo por lo regular tienen similitudes en su estructura discursiva.

Tales géneros, de hecho, se constituyen de los mismos componentes que integran un artículo periodístico. Un lector atento que se proponga detectar cómo está estructurado un artículo editorial, advertirá los siguientes elementos sustantivos:

- a. *Introducción*: en la que el autor ofrece la tesis central o idea rectora del artículo, considerando el contexto o la noticia que lo motiva o lo vuelve de interés público.
- b. *Cuerpo argumentativo*: principal segmento en el que se desarrolla, analiza y explica la tesis central con base en datos, ejemplos, inferencias, juicios, valoraciones y comentarios reflexivos.
- c. *Conclusión*: último o últimos párrafos en los que se recapitula y redondea la tesis expuesta, y es posible rematar con posibles escenarios o propuestas sobre el fenómeno abordado.

Para ilustrar los componentes estructurales de un artículo, veamos los siguientes ejemplos de artículos periodísticos:

PRIVILEGIOS PRESIDENCIALES

*Ernesto Villanueva***Introducción
y planteamiento
de la tesis**

Para nadie es un secreto que México es uno de los países con mayores desigualdades sociales y económicas en el mundo. El caso del presidente de la República es excepcional en el orbe por los privilegios que tiene, como ningún otro presidente del mundo. Una de las propuestas de campaña presidencial debería ser ajustar este altísimo sueldo en razón no tanto de montos, sino de número de salarios mínimos, para reducir la agudísima brecha entre quienes lo tienen todo y quienes nada poseen. Veamos la dimensión del problema, de acuerdo con datos oficiales.

**Cuerpo argumen-
tativo con enume-
ración de prueba
de apoyo**

Primero. Si se compara México con los países de América Latina y Brasil, los sueldos del presidente mexicano resultan una ofensa a la inteligencia de todos. En efecto, el presidente Felipe Calderón gana al año 140 salarios mínimos anuales de México. En los siguientes casos se compara el sueldo presidencial con los salarios mínimos vigentes en cada país: el presidente de Chile tiene un sueldo equivalente a 33 salarios mínimos anuales; el de Brasil, lo correspondiente a 21, mientras que la presidenta de Argentina gana 11 salarios mínimos anuales.

Como se puede observar, el presidente Calderón tiene un ingreso 300 por ciento mayor que el gobernante de Chile y más de ¡1000 por ciento! superior al de la presidenta de Argentina. Lo anterior, por supuesto, no incluye bonos por buen desempeño o deducciones por resultados. Calderón, a pesar de su fracasada guerra personal contra una parte del narcotráfico, ha generado muertes, migración, cierre de empresas y una alta tasa de desempleo. Es evidente que el responsable de semejante estrategia contra un sector del crimen organizado es el presidente Calderón, pero son los pobres, la casi totalidad de la población, los que libran la guerra en los distintos grupos en conflicto. Las ocurrencias de Calderón las pagamos todos y él no tiene sanción alguna.

Segundo. El presidente Calderón no se queda atrás si se comparan sus emolumentos con los que recibe una muestra representativa de los presidentes o primeros ministros de los países más ricos del mundo. Para no ir muy lejos, el presidente de

Estados Unidos, Barack Obama, percibe un ingreso mensual de 29 salarios mínimos; el de Japón, de 24; el de Francia, 18, y el primer ministro del Reino Unido obtiene aproximadamente 13 veces el monto del salario mínimo. Proporcionalmente, Calderón tiene un ingreso superior en 400 por ciento al del presidente de Estados Unidos, lo que no es poca cosa. Peor todavía: Sólo Estados Unidos cuenta con más personal en la Presidencia de la República que México, por si existiera alguna duda de la burocracia de privilegio que presenta nuestro país.

Continúa cuerpo argumentativo con enumeración de prueba de apoyo

Tercero. Eso no es todo. En México el presidente de la República se sacó la lotería de por vida. No sucede lo mismo en los países en desarrollo ni en los más desarrollados del mundo. En México, el presidente Calderón, después de su salida del cargo, seguirá ganando de por vida los 140 sueldos mínimos, así como gastos de alimentación, hospedaje y apoyo secretarial. Eso no lo obtendrá su homólogo de Estados Unidos, Barack Obama, quien recibirá sólo un bono de marcha y un apoyo de por vida no superior a 50 por ciento de su sueldo en funciones.

De la misma forma, Obama jamás podrá obtener el gran aparato de seguridad y apoyo administrativo que Calderón, quien aprobó un decreto para hacer pasar estos apoyos de 103 elementos del Estado Mayor Presidencial que existían hasta Vicente Fox como máximo (75 del Ejército y Fuerza Aérea y 28 civiles) a ¡425! Vamos, salvo prueba en contrario, eso no sucede en ninguna parte del planeta. Obama sólo dispondrá de dos secretarías y de apoyo, según las necesidades reales justificadas del servicio secreto, por 10 años, a partir del término de su periodo presidencial.

Por supuesto, en América Latina sería un sueño contar con las facilidades que tiene un ex presidente mexicano. En Costa Rica, la pensión se reduce a la de un diputado con un asistente, sin seguridad. Sin nada se van los ex presidentes de Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay, Perú y Ecuador, de acuerdo con las leyes vigentes en esos países.

Estas elecciones presidenciales de 2012 deberían dar una muestra —así sea sólo una— de dignidad y ética pública.

Conclusión y propuesta

Lo menos que puede hacerse es poner fin a los excesos de Calderón y reajustar todo el sistema de pensiones presidenciales; al menos, ajustarnos el cinturón para que nuestros presidentes vivan como sus similares en Japón, Estados Unidos o Alemania, lo que paradójicamente ya sería un gran avance.

Como se aprecia, se trata de un texto puntualmente hilvanado en sus bases argumentativas, pues expone y explica datos concretos que contextualiza al contrastarlos con otras realidades. A cada aserto corresponde un sustrato informativo, lo cual permite mayor impacto y convencimiento.

Si bien no se detallan fuentes, es posible inferir una denodada investigación, cuyo aval lo garantiza el mismo autor, reconocido especialista de la UNAM en transparencia pública.

También distinguido académico, Jesús Silva-Herzog Márquez nos ofrece a continuación un brillante artículo, cuya punta de lanza representa un certero ejercicio de análisis político:

LA SEGUNDA ALTERNANCIA

Jesús Silva-Herzog Márquez

Introducción con tesis y contexto

La primera alternancia fue una borrachera de ilusiones. Las encuestas que se levantaron antes de la toma de posesión de Vicente Fox constataban el ensueño: la mayoría de los mexicanos pensaba que el nuevo gobierno, que el nuevo régimen sería capaz de resolver todos los problemas del país. No importaba la profundidad de sus raíces, la complejidad de los retos: la democracia recién inaugurada lo resolvería todo. El diagnóstico que había hecho el candidato triunfante era elemental: tan eficaz para la campaña, como absurda como plataforma de gobierno. Quitar al PRI de la Presidencia era arrancar el obstáculo que impedía la felicidad nacional. Tras la derrota de ese partido, todo se acomodaría venturosamente.

La segunda alternancia está saturada de desconfianza. La victoria del PRI no fue celebrada públicamente. Ni en Toluca hubo júbilo público en plazas y calles. La victoria de Peña Nieto fue mucho menos holgada de lo que se anticipaba y la suspicacia colectiva mucho más densa de lo que se imaginaba. En círculos

importantes de la población, en núcleos ruidosos de la opinión pública el retorno del PRI es visto como la interrupción del proceso democrático, una reversión histórica. Creo que, más que eso, es la activación del sencillo mecanismo de la alternancia. Pero castigar a un gobierno no suscita mayor esperanza.

La primera alternancia llevó a la Presidencia a un candidato extraordinario que supo romper con las tías ceremonias del priismo; un político desparpajado que contrastó hábilmente con las formas y los rituales de un viejo partido hegemónico. No tenía ideas y, después de ganar la Presidencia, careció de ambición histórica. Fue un siervo de sus ocurrencias, un esclavo de sus obsesiones.

Continúa introducción con tesis y contexto

La segunda alternancia llevará a la Presidencia a un candidato disciplinado que restituye la vieja y solemne oquedad del discurso priista. Si en Fox la palabra era el asalto del azar y del capricho, en Peña Nieto es la reiteración del más seco lugar común. Uno se deleitaba con la improvisación, el otro se refugiaba en la repetición de un guion redactado hace cuarenta años. Ninguno respeta la palabra. El presidente electo tampoco es hombre de ideas, pero se ha hecho de algunas recetas.

La primera alternancia presumía legitimidad y supuso que era la prenda suficiente para el gobierno. El presidente de esa primera alternancia se imaginó como receptor de un contundente mandato popular, sin percatarse que era un presidente de minoría. El carácter histórico de la votación inaugural llevó a Vicente Fox a creer que el contacto directo con el pueblo le permitiría imponerse sobre los “frenos” en el Congreso. No entendió nunca la extensión y los límites de su triunfo.

Cuerpo argumentativo

La segunda alternancia ha tenido como impulso una bandera opuesta: no la legitimidad, sino la eficacia. El paso pendiente es la construcción de una democracia de resultados, ha insistido el presidente electo. Lejos de ser un político curtido en la movilización social que pretenda presionar al Congreso con encuestas o gritos en la calle, parece un gobernante de la negociación. En el pluralismo ha visto un obstáculo, pero tendrá que gobernar desde la minoría.

La primera alternancia llevó a la Presidencia a un político de la provocación. No un político que entiende la importancia del

conflicto y que asume los costos de la decisión, sino un político que desafía, fastidia y hostiga a sus adversarios sin un propósito constructivo. Un presidente pendenciero e ineficaz.

La segunda alternancia lleva a la Presidencia a un político consensualista. Un político que también parece rehuir el conflicto como matriz necesaria de las reformas pendientes. Dice que no quiere dividir a México y por ello anuncia que es poco probable que lo cambie. Político apacible que sigue creyendo que cualquier arreglo, por malo que sea, es preferible a un pleito, por fructífero y necesario que fuera.

La primera alternancia sacó al PRI de Los Pinos, pero no le arrebató el poder. El PRI siguió siendo el gran factor de poder en el país y decidió emplear su fuerza en el Congreso para bloquear las iniciativas relevantes que vinieran del Ejecutivo panista.

La segunda alternancia saca al PAN de Los Pinos, pero no lo hace irrelevante. Acción Nacional, un partido molido por la votación reciente, tiene en sus manos la suerte de las reformas de la siguiente administración. Si en 2000 el veto fue la estrategia de la oposición, hoy parece probable una colaboración fructífera y relativamente estable para dar un nuevo impulso reformista en el que coinciden el liderazgo del PRI y el PAN.

La primera alternancia vivimos la ilusión bisoña, ¿podremos dar paso ahora a la desconfianza provechosa?

Reforma, 15 de octubre de 2012

Observamos que el articulista ofrece su interpretación crítica respaldado en la valoración y reflexiones que él mismo ha trazado como estudioso del sistema político mexicano. Más allá de datos, Silva-Herzog Márquez se sirve de su reflexión para ofrecernos un juicio afilado que discierne con lucidez dos momentos históricos y poder entender, así, el presente. En breves líneas, “La segunda alternancia” condensa lucidez intelectual y nitidez expositiva. Leamos ahora un artículo que conjuga la información dura con la opinión fundada en hechos y palabras:

MAREA INFANTIL

*Sergio Aguayo***Introducción
con tesis
y contexto**

Las decenas de miles de menores de edad detenidos en los Estados Unidos son la consecuencia natural de un éxodo imparable. Las respuestas oficiales son borucas y artilugios de quienes carecen de propuestas.

La marea infantil —comparable en cifras a los 125 mil marielitos cubanos que llegaron a Florida en 1980— está atrapada en la polarización estadounidense. Los conservadores responsabilizan del éxodo a la política migratoria de Barack Obama, quien respondió el 2 de junio con un memorándum presidencial en el que categoriza el problema como una “situación humanitaria urgente”; la calificación fue completada por otros funcionarios de su gobierno quienes lo definieron como asunto de “seguridad fronteriza” nacido de los rumores sembrados por los traficantes de personas, y por la violencia y la pobreza que azotan a la región.

**Cuerpo
argumentativo**

Para manejar el problema Washington necesita de México y los países centroamericanos. Para convencerlos Obama envió a su bombero preferido, el vicepresidente Joe Biden, a reunirse el pasado viernes con algunos presidentes centroamericanos y con nuestro secretario de Gobernación, Miguel Ángel Osorio Chong. En una entrevista para *El País* (20 de junio) Biden fue preciso: el asunto es una “responsabilidad compartida entre todos los gobiernos afectados” que se soluciona educando a “potenciales inmigrantes sobre los peligros de intentar un viaje tan peligroso”. En privado seguramente solicitó frenar antes de que la migración llegue a suelo estadounidense. Meta irreal porque los menores sí cuentan con resquicios legales y políticos para reunirse con sus familiares; porque persistirá por un buen número de años la violencia y la desigualdad en el ingreso; y porque los traficantes de personas, las sociedades y los gobiernos de América Central y México carecen de alicientes para frenar una migración que les beneficia económicamente.

Una acotación indispensable es la debilidad de los gobiernos regionales; aunque quisieran, carecen de la fuerza para frenar los desplazamientos masivos. Es paradójico, por decir lo menos, que Cuba sea el único país de la Cuenca del Caribe con el cual Washington tiene una política migratoria perfectamente

regulada. Cada año migran a los Estados Unidos 20 mil cubanos. Ni uno más, ni uno menos.

Continúa cuerpo argumentativo

La reacción del gobierno mexicano demuestra el poco interés en alterar lo que está pasando. El presidente Enrique Peña Nieto conversó telefónicamente con el presidente Obama, pero se ha cuidado de pronunciarse públicamente, y el secretario de Gobernación, Osorio Chong fue a Guatemala a plantear, como gran novedad, ¡las tesis que ya habían propuesto los Estados Unidos!: la “migración de menores y adolescentes no acompañados exige una perspectiva regional” y “Estados Unidos [debe llevar] a cabo una campaña de difusión para informar a los centroamericanos”.

La tragedia humanitaria continuará en tanto siga la violencia y las desigualdades en el ingreso. Los Estados Unidos es prisionero [sic] de una contradicción señalada por la profesora de Harvard Jacqueline Bhabha: el “impulso humanitario para atender niños vulnerables” se enfrenta al “impulso punitivo de castigar a los migrantes irregulares”. Los países centroamericanos y México seguirán, por su parte, la política del avestruz frente a las mareas humanas. La migración hacia el norte es causa y efecto de las turbulencias que azotan a la región. En crisis humanitarias, la indiferencia es intolerable. Hay un compromiso mínimo con la decencia. Podemos aspirar y debemos exigir que México conceda un trato digno a los viajeros; es una vergüenza nacional el infierno que pasan cruzando nuestro territorio.

Conclusión

Las tragedias humanitarias requieren propuestas bien asentadas conceptual y tácticamente. La Comisión Nacional de los Derechos Humanos tiene los recursos financieros (el presupuesto de este año es de 1,416 millones de pesos) para meterse en un debate que nos atañe. Las y los senadores que buscan reelegir al actual presidente, Raúl Plascencia Villanueva, deberían pedirle mayor enjundia. Su participación ha sido un comunicado de prensa, del 2 de junio, cargado de generalidades: la “atención del fenómeno migratorio requiere de un ejercicio de coordinación regional, desde una perspectiva integral y a través de la unión de esfuerzos y el trabajo común de todos los países involucrados”. Aliéntenlo a que se esfuerce más. Es el momento de demostrar la sapiencia y compromiso que se espera de ese cargo.

<www.sergioaguayo.org>

Al igual que en los artículos previos, en el de Aguayo advertimos sin chistar los componentes exigibles en este género argumentativo. El autor ofrece su tesis a partir de una noticia y aprovecha el análisis para contextualizar el tema. Tras revisar la postura discursiva de los actores políticos del asunto que trata, construye un juicio propio para concluir con críticas y sugerencias.

En el siguiente artículo, su autor desmenuza un tema espinoso y lo hace, no con meras impresiones o comentarios al vuelo, sino con firmes cimientos en su cuerpo argumentativo:

LOS CANDIDATOS IMPUESTOS POR EL NARCO

Jesús Cantú

Este domingo 7 hubo elecciones en 14 entidades de la República Mexicana. En 13 de ellas se eligió a mil 348 presidentes municipales con sus respectivos ayuntamientos (más de la mitad de los municipios del país) y en nueve han ocurrido hechos de violencia (presuntamente perpetrados por el crimen organizado) contra los actores políticos implicados en los comicios.

Introducción con tesis y contexto

Entre estos actos violentos destaca la muerte de 11 personas. Una de esas muertes fue producto de un enfrentamiento entre grupos políticos rivales, pero en los casos restantes las características de los atentados sí apuntan al crimen organizado. Los 10 asesinatos fueron de dos precandidatos, dos candidatos, dos familiares de un candidato, el familiar de un coordinador de campaña, un dirigente estatal del PRD, un dirigente municipal del PRI y un coordinador de campaña.

Entre otras acciones violentas del crimen organizado, se encuentran los secuestros de un consejero distrital en Nuevo Laredo, Tamaulipas, perpetrado en marzo durante una sesión del órgano electoral y quien sigue desaparecido; y el de un candidato a primer regidor en Boca del Río, Veracruz, el pasado lunes 1. Además hay amenazas, agresiones, incendios, ataques a balazos y con bombas molotov, robos de documentos y equipos y más.

Cuerpo argumentativo

Las únicas entidades en las que no ha habido hechos de violencia relacionados con los procesos electorales son Aguascalientes, Baja California, Coahuila (aquí asesinaron al líder de un partido político ya desaparecido, pero sin ninguna interven-

ción en el actual proceso electoral), Hidalgo (donde únicamente se eligen diputados locales) y Tlaxcala. En cinco (Durango, Chihuahua, Oaxaca, Puebla y Sinaloa) hay muertos por atentados perpetrados presuntamente por el crimen organizado. En Veracruz, un muerto en un enfrentamiento entre priistas y panistas. En Tamaulipas y Veracruz, secuestros.

En el último mes se incrementaron los atentados contra candidatos y dirigentes de campaña o partidistas, pero el hecho no es exclusivo de estos procesos electorales; la intervención del crimen organizado es una constante en los últimos procesos electorales, particularmente los locales, al menos desde 2007. En octubre de ese año el dirigente estatal del PAN en Tamaulipas, Alejandro Sáenz, denunció que el narcotráfico quitaba y ponía candidatos y reconoció que no lograban encontrar aspirantes para las alcaldías de Ciudad Mier y Nueva Ciudad Guerrero.

Unos días después de su declaración se hicieron públicos los secuestros del candidato a alcalde de Ciudad Mante, Eliseo Treja y del candidato a primer regidor del ayuntamiento de Reynosa y tesorero de la campaña, Rodrigo Moreno Ricart; y el 29 de noviembre de 2007 sacudió al país el asesinato del candidato del PT a la alcaldía de Río Bravo, Juan Antonio Guajardo Anzaldúa.

No tiene sentido seguir el recuento, pues dos años y medio después el país se cimbró con el asesinato del candidato priista a gobernador de Tamaulipas, Rodolfo Torre Cantú.

Continúa cuerpo argumentativo

Y el 7 diciembre de 2011, desde Monterrey, el entonces presidente Felipe Calderón reconoció la presencia del crimen organizado en las elecciones: “En Michoacán el crimen amenazó y bajó de la candidatura a 50 candidatos, de todos, del PRI, PAN y PRD, porque les dijeron: ‘o te alineas con nosotros o te desparezco’. Renunciaron. Es un problema grave y no es una cosa ni personal ni partidista, es un asunto que debe verse con esa mira de Estado”.

Al crimen organizado le interesa controlar a las autoridades locales porque su colaboración (activa o pasiva) es fundamental para el desarrollo de sus operaciones delictivas. Por ello no es casual que, según datos de la Federación Nacional de Municipios de México, como difundió el portal de CNN México el

**Continúa
cuerpo
argumentativo**

miércoles 3, “en los últimos cuatro años han sido asesinados mil 200 funcionarios municipales, de los cuales 34 eran alcaldes”.

Pero el control del crimen organizado empieza precisamente desde los procesos electorales; son ellos los que “quitan y ponen candidatos”, como denunció hace seis años el dirigente panista de Tamaulipas. Los asesinatos, secuestros y demás hechos violentos son simplemente una de las manifestaciones de este mal que lamentablemente hoy está muy arraigado en la vida política nacional y penetra a todos los partidos políticos.

El crimen organizado incide en los procesos electorales al menos en cuatro ámbitos: en la designación de candidatos, en el financiamiento de sus campañas, en la delimitación de sus posibilidades reales de hacer campaña y de difundir sus propuestas y en el control del voto ciudadano. Las primeras dos son las que más reflectores reciben, aunque —hasta hoy— no hay ningún caso probado de intervención del crimen organizado. Pero las otras dos son igualmente relevantes y también afectan el resultado electoral.

Los delincuentes deciden quién y dónde puede hacer campaña; qué pueden difundir los medios de comunicación de las diversas localidades, con lo cual no hay igualdad de condiciones para buscar el voto ciudadano; pero además también inhiben el voto libre y secreto en las comunidades pequeñas, obligando a votar por un determinado candidato o partido, y en las mayores porque los electores temen ser víctimas de la violencia o no tienen opciones reales ante la imposición de candidaturas.

En general, las autoridades se niegan a reconocer la incidencia del crimen organizado en los procesos electorales, pero más por las dos últimas vías, porque ello implicaría reconocer que “los espacios públicos han sido capturados por actores criminales y la sociedad... está a merced de estos criminales”, como señaló, en referencia a la situación de Tamaulipas, Carlos Flores, profesor de la Universidad de Connecticut, al *Wall Street Journal*, lo que reprodujo el diario regiomontano *El Norte* el 21 de noviembre de 2010.

Ésta es la realidad mexicana y la concentración de procesos electorales locales de 14 entidades en un sólo día lo único que hizo fue mostrarla diáfananamente. Garantizar la seguridad de

Conclusión

los candidatos y permitir que los ciudadanos acudieran a sufragar no cambió nada; los grupos de la delincuencia organizada ya impusieron a sus candidatos para muchos de los puestos que ayer se eligieron.

Proceso, 8 de julio de 2013, núm. 1914

En el título mismo se expresa la tesis central del texto. Para desarrollarla, Jesús Cantú, además de plantear el escenario contextual, va describiendo pormenorizadamente cada uno de los elementos argumentativos con datos duros y citas textuales. Debido quizás a su ascendencia de editor y reportero, el autor construye un sólido artículo basado en una cuidadosa pesquisa hemerográfica.

Los cuatro textos aquí reproducidos son apenas una breve muestra de las maneras distintas como pueden concatenarse los ingredientes exigibles en la estructura de un artículo editorial: la tesis central (idea o afirmación que se desarrollará y explicará), el cuerpo argumentativo (la enumeración de los elementos de prueba en torno a la tesis), y la conclusión (el cierre que redondea de forma breve la constatación o perspectivas de la tesis).

Cualquier texto que aspire a encuadrarse en este género, no puede sustraerse de tales componentes si desea lograr su propósito persuasivo.

Argumentación

Tras exponer los tres elementos sustanciales en la estructuración de un artículo periodístico, queda claro que el cuerpo argumentativo constituye el segmento más relevante al congregarse en él tanto el desarrollo como la explicación de las ideas e ingredientes informativos que sostienen la tesis planteada.

De la fortaleza y asertiva forja de la argumentación depende indefectiblemente el impacto y efecto persuasivo del artículo editorial. Argumentar significa ofrecer razonamientos o pruebas para respaldar una idea rectora. Se argumenta con el fin de influir en la opinión de las personas y, a la postre, en su conducta y percepción del entorno social. La argumentación es un ejercicio del lenguaje y, por tanto, una construcción discursiva que elaboramos a partir de nuestra formación intelectual e ideológica y de un estilo propio.

Argumentar debiera ser sinónimo de razonar y aportar pruebas firmes en apoyo de una idea sobre la cual se desea persuadir.

Forjar un cuerpo argumentativo ha de suponer un proceso de investigación, reflexión y análisis, reposado —de preferencia—.

En la investigación y el análisis reflexivo radica, en buena medida, el que un artículo pueda convencer. La investigación no suele ser distinta de la acostumbrada en el ámbito académico (consulta y revisión de bibliografía, prensa, archivos e incluso la observación de campo), aunque es recomendable proceder con rapidez si se desea responder con explicaciones oportunas ante una coyuntura. Las etapas indispensables hacia la cimentación del cuerpo argumentativo, según Rebeca Rosado, son las siguientes:

- a. Observación atenta del tema o fenómeno sobre el cual se quiere escribir.
- b. Delimitación del tema y, en especial, del problema o asunto específico.
- c. Formulación de la tesis propuesta.
- d. Búsqueda de información e ideas que sirvan de respaldo a la tesis planteada.

Dicho en otras palabras: una vez escrutado el escenario, el articulista determina una explicación o idea rectora a propósito de la cual empieza a reunir y examinar posibles elementos de apoyo.

En el camino a una conclusión, el trayecto argumentativo está compuesto por planteamientos que enfocan y sustentan la perspectiva del autor. Para nutrir esos argumentos, podemos aprovechar datos, ideas o citas de autores o de expertos, analogías, ejemplos, deducciones, entre otros.

Tipos de argumentación

Existen distintas formas expresivas para argumentar un artículo editorial. Entre éstas, en nuestro entender, destacan las siguientes: la deductiva, la inductiva, la de autoridad, la estadística, la analógica y la narrativa.

Argumento deductivo

Se trata de un aserto general y concluyente con el que los casos particulares se incluyen en esa totalidad. Un ejemplo: “Todos los políticos son corruptos. Mi vecino es político. Por tanto, mi vecino es corrupto”. Cabe subrayar que no siempre las premisas resultan sostenidas por la verdad. Resulta indispensable, por ello, ser muy cuidadosos al intentar conclusiones de este corte. Veamos otra manera de enfocar la deducción: los egresados de la carrera de comunicación con mayores posibilidades laborales son quienes se han capacitado en nuevas tecnologías. Si usted quiere incorporarse al campo profesional, deberá especializarse en el manejo de programas multimedia, aplicaciones informáticas, páginas web y redes sociales.

Cuando ofrecemos premisas sólidas y preferentemente acompañadas de datos, testimonios o referentes diversos, los argumentos deductivos suelen ser bastante útiles.

Argumento inductivo

En contraste con el anterior, el argumento inductivo es un planteamiento igualmente concluyente, pero que se sirve de hechos particulares para enfocar una conclusión general. De hecho, no pocos de los razonamientos que se hacen en la vida cotidiana tienen un cariz inductivo. Por ejemplo: Valentín Téllez es un excelente profesor que imparte clases en la UAM. Todos los académicos de la UAM tienen una alta preparación profesional.

En consonancia con el camino deductivo, conviene insistir en tener cautela al momento de trazar argumentos inductivos, pues si se carece de mayores elementos de apoyo podría caerse en la burda generalización.

Argumento de autoridad

Si bien suele plantearse de manera independiente, también puede acompañar a los argumentos deductivos o inductivos.

El argumento de autoridad es la reproducción de una cita textual, de una idea experta, o de ciertas informaciones que se retoman de una fuente digna de crédito por su legitimidad, trayectoria, pertinencia o representación. Voces de “autoridad” pueden ser entidades gubernamentales, organismos privados, organizaciones sociales y, desde luego, investigadores académicos, intelectuales, políticos, empresarios, líderes sociales, siempre y cuando sus expresiones ofrezcan perspectivas de indiscutible pertinencia. Veamos el siguiente ejemplo extraído del artículo “Más allá de los demonios” de Carmen Gómez Mont:

Saber leer es un arte que se olvida si no se practica. Esto tiene que ver con la capacidad de comprender lo que se lee, de permanecer en las humanidades, de formar el espíritu. Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), México ocupa el lugar 43 de 57 en comprensión de lectura.

Danielle Sallenave, investigadora francesa, analiza esta experiencia a raíz de un libro que escribió: *Nous on n'aime pas lire (A nosotros no nos gusta leer)*. Después de trabajar en varios bachilleratos franceses, argumenta que la mayoría de los estudiantes aspira a ganar mucho dinero, “dominar a los otros, caminarles sobre el estómago para llegar a ser alguien, embrutecerse de futbol y de juegos por TV”. Estos son los objetivos de sus vidas. Christine Rosen, otra investigadora preocupada por el tema, emplea el término gente de pantallas (*people of the screen*). Afirma que cuando se aborda la problemática de leer libros en papel o en pantalla, por lo general se cae en posturas extremas. Es común encontrar en el discurso el principio de reemplazo, pero no de complementariedad libro-pantalla.

Argumento analógico

Éste es un aserto que busca hacer comprender mediante una comparación implícita, es decir, procura explicar un asunto partiendo de algo que ya se conoce y utilizando, para ello, la similitud. Weston refiere un sencillo ejemplo: “La gente lleva su coche a arreglar y revisar cada pocos meses sin chistar. ¿Y por qué no prodigan los mismos cuidados a su propio cuerpo?” Para mayor abundamiento, leamos la siguiente muestra que nos obsequia Manuel Buendía:

El diccionario dice que *embarcación* significa barco, pero también la acción de embarcar personas o de embarcarse. Despejada la incógnita de la sucesión presidencial, la canción de muchos —viejos marinos veteranos de los siete mares y también simples grumetes— podría ser aquella que dice: “Ya se va la embarcación, ya se va por vía ligera...”

Y es que a embarcar se llaman. Así sucede cada seis años. Siempre ocurre que, por estas fechas, dos grandes barcos —al menos dos— surtos en la bahía, parecen estar invitando a los amantes de la aventura a subir a bordo.

De pronto, sólo uno de los barcos recibe la orden de partir. De los que están en el inmóvil, algunos logran lanzarse por la borda y a nado alcanzan la pasarela del otro, o siquiera aproximarse al casco, a tiempo de que alguien les eche una cuerda salvadora.

Argumento estadístico

Como su nombre lo indica, se trata de un señalamiento basado en la exposición interpretada de datos, producto de investigaciones cuantitativas que reflejan la condición o realidades de ciertos fenómenos.

El argumento estadístico en ocasiones refuerza o acompaña a los argumentos deductivos o inductivos. Para su mejor aprovechamiento es recomendable contextualizar en relación con qué se interpretan y explican los datos expuestos. Resulta obvio apuntar que este tipo de argumentación debe provenir de fuentes autorizadas en el tema. He aquí un párrafo ejemplificador expuesto por Ernesto Villanueva:

Si se compara México con los países de América Latina y Brasil, los sueldos del presidente mexicano resultan una ofensa a la inteligencia de todos. En efecto, el presidente Felipe Calderón gana al año 140 salarios mínimos anuales de México. En los siguientes casos se compara el sueldo presidencial con los salarios mínimos vigentes en cada país: el presidente de Chile tiene un sueldo equivalente a 33 salarios mínimos anuales; el de Brasil, lo correspondiente a 21, mientras que la presidenta de Argentina gana 11 salarios mínimos anuales.

Argumento narrativo

Proponemos este tipo de abordaje cuando el autor se ve en la necesidad de relatar una serie de acciones (propias o de otras personas) que le permitan ilustrar sin ambages la tesis —o parte de ésta— de su texto.

Puede tratarse de una experiencia particular o de un testimonio extraído de la prensa, o bien de un relato tomado de cualquier otra fuente. De Jorge Ibarguengoitia rescatamos una certera probadita en el empleo del argumento narrativo:

Hace muchos años ocurrió que una estudiante negra quiso entrar en una universidad del sur de los EU. Los estudiantes y los padres de familia armaron un motín. Las autoridades universitarias le negaron el ingreso a la muchacha y ella se vio en la necesidad de irse a estudiar a otra parte.

Ocurrió que en esa época estaba yo pasando una temporada en una ciudad de provincia “cuyo nombre no quiero recordar”. El rector de la universidad del lugar, con el objeto de subrayar la falta de prejuicios raciales que había en la región, le

mandó a la muchacha negra una invitación oficial para que hiciera sus estudios en la universidad a su digno cargo. La invitación nunca fue aceptada, por razones que no vienen al caso, pero lo importante es que durante semanas, la población entera de esta ciudad de provincia se sintió orgullosa de la actitud del rector.

Muy bien hecho —decían—.

Hay que demostrarles a los americanos que aquí no tenemos prejuicios contra los negros. Yo también me hubiera sentido orgulloso si no es porque en esos días precisamente, se me ocurrió ir a una nevería con la única mulata que había en la región.

Al día siguiente se me vino encima la sociedad del lugar. Estaban alarmadísimos.

—¡Ten cuidado, muchacho, que aunque ésta ya parece blanca, los hijos te pueden salir negros como el carbón!

Es un fenómeno muy común. Se llama “salto atrás”.

Aunque pudiéramos referir una lista más extensa de tipos de argumentación, consideramos que los aquí expuestos (deductiva, inductiva, de autoridad, analógica, estadística y narrativa), representan las más frecuentadas, aprovechables y eficaces para la elaboración de artículos periodísticos.

Dichos tipos de argumentación posibilitan trasladar la mera opinión especuladora para afianzar la explicación vía el razonamiento y la sustentación.

Tipos de artículo

La variedad de temas y tratamientos (manejo estilístico, estructural y argumentativo) desarrollados en el periodismo de opinión es tal, que distintos autores han propuesto algunas tipologías para su estudio.

Considerando lo anterior y, sobre todo, tras revisar y examinar detenidamente los textos que más adelante se ofrecen, observamos la presencia de seis principales tipos de artículo editorial en la prensa mexicana:

1. De causa política e ideológica.
2. De análisis y crítica política.
3. De temas culturales.
4. De divulgación científica.
5. De corte retrospectivo o “reportajista”.
6. De corte humorístico.

Los cuatro primeros tienen perfectamente definidas sus fronteras temáticas (política, cultura y ciencia) y sus tratamientos discursivos varían en función de autores, estilos y estructuras. En contraste, los artículos de corte retrospectivo o “reportajista”, así como los de corte humorístico pueden ser textos que no se encasillan en un solo bloque temático, pues lo distintivo de ambos es su tratamiento informativo, estructural y narrativo. De hecho, se trata de dos tipos todavía poco habituales, pero que tienden a irse desplegando de manera intermitente dentro de los primeros cuatro tipos de artículos referidos.

La tipología aquí propuesta persigue sólo delinear algunos márgenes indiscutibles y otros no tan discernibles a simple vista.

De causa política e ideológica

Desde el inicio de la prensa, una de las motivaciones cardinales ha sido, sin duda alguna, el buscar la adherencia a ciertas banderas políticas o principios ideológicos que incentiven a la acción. Tal forma de concebir el periodismo no ha variado con el

transcurso de los tiempos. Por ello no resulta extraño que textos de esta índole nutran y sigan poblando los espacios periodísticos.

Muestra inequívoca de causa política e ideológica la representan los escritos de José María Cos, Francisco Zarco y Ricardo Flores Magón, e incluso de Cuauhtémoc Cárdenas.

Un sello distintivo de los textos enmarcados en este perfil radica en su plausible propensión a privilegiar las opiniones propias —desoyendo o desestimando, no pocas veces, versiones ajenas a su mirada ideológica— para buscar persuadir.

Entre los autores frecuentes figuran desde representantes partidistas y personajes del gobierno, pasando por líderes de la oposición política, hasta activistas sociales.

De análisis y crítica política

Idealmente, la naturaleza primigenia del artículo editorial debiera estar compuesta por el análisis, la crítica y la orientación rumbo al entendimiento de nuestra realidad. Por ello quizá los textos de este carácter sean cada vez más visibles, en especial a partir de los años setenta del siglo xx, cuando anunciaba sus primeros pasos la apertura democrática del país.

Si bien desde varias décadas antes escritores e intelectuales apostaron por el examen razonado de los temas políticos (Martín Luis Guzmán, José Alvarado, Alejandro Gómez Arias, Francisco Martínez de la Vega y Daniel Cosío Villegas, entre otros), lo cierto es que con el inicio de la séptima década del siglo xx comienza a emerger un periodismo argumentativo de opinión mayormente enraizado en el escrutinio y desmenuzamiento crítico de los hechos sociales y políticos.

Dentro de este círculo sobresalen plumas como las de Manuel Buendía, Gabriel Zaid, Miguel Ángel Granados Chapa, Lorenzo Meyer y, más recientemente, Jesús Silva-Herzog Márquez, Denisse Dresser, así como algunos de los autores contemplados en los de corte retrospectivo o “reportajista”.

Conviene resaltar que el articulismo de análisis y crítica política que se despliega con vigor desde los setenta proviene, en buena medida, de mentes forjadas en la academia, por ejemplo, Daniel Cosío Villegas, Lorenzo Meyer, Silva-Herzog Márquez, por citar sólo algunos. Hoy en día, no resulta infrecuente que académicos ingresen, por su conocimiento experto, a las filas de editorialistas en los medios.

Esto es muy relevante, teniendo en cuenta que el periodismo de opinión puede enriquecerse de los frutos del trabajo científico y el ejercicio intelectual dispuesto en las universidades.

De temas culturales

Teclados regularmente por intelectuales, escritores y especialistas en la creación artística, los contenidos en el ámbito de la cultura son, tal vez, los que gozan de mayor libertad en cuanto a estilo y estructura. No pocos de esos artículos ofrecen su ojo visor y avizor de la producción intelectual y de las distintas manifestaciones artísticas, sin olvidar algunos encaminados a dilucidar los géneros discursivos producidos en los medios de comunicación e incluso acerca de temas relativos a cultura urbana o a múltiples expresiones socioculturales.

En esta tesitura, por su prosa y erudición, son valiosos y disfrutables, al igual que paradigmáticos, los textos de Alfonso Reyes, Gabriel García Márquez (que si bien no es mexicano de nacimiento, lo sería por adopción, motivo por el cual aquí rescatamos su primer artículo escrito en México), Rosario Castellanos, Ricardo Garibay, Paco Ignacio Taibo I y Germán Dehesa.

En este florilegio de letras germinadas de ilustres escritores, apreciamos la elegancia estilística combinada con la inteligencia lúcida. Baste señalar que, tratándose de un tipo tan libre en lo que concierne a tratamiento, en algunos de esos articulistas se asoman destellos ensayísticos, pues no trazan simples *maquinazos* al vuelo, sino líneas marinadas con los aderezos de la literatura.

De divulgación científica

Acercar al gran público las novedades y pasajes, o aspectos relevantes de la ciencia en sus numerosos campos, constituye el objeto sustancial de este tipo de textos.

Gravita en ellos la pertinencia de traducir el lenguaje técnico-académico en un estilo periodístico que, como ya se ha dicho, explique los asuntos propios de las comunidades científicas con claridad, concisión y brevedad.

Aunque se trata de un tipo editorial insuficientemente explorado en los medios masivos de comunicación mexicanos, es preciso reconocer que durante los años recientes se ha multiplicado su presencia tanto en publicaciones especializadas como en revistas digitales.

A diferencia de los artículos periodísticos antes descritos, los de divulgación científica no siempre se pliegan estrictamente a la estructura convencional de tesis, cuerpo argumentativo y conclusión, muchas veces, debido a su afán por resaltar sus componentes informativos, razón de ser de la divulgación. Un botón de muestra al respecto lo representan los textos elaborados por el equipo comandado por René Drucker Colín que aparecen en este volumen.

Otro signo característico de los artículos inscritos en este perfil radica en su natural inclinación por añadir, fragmentaria o intermitentemente, facetas del tipo retrospectivo o “reportajista” al cual nos referimos a continuación; como es el caso de los artículos escritos por Miguel García Guerrero y en *Algarabía*, empresa encabezada por Pilar Montes de Oca.

El último distintivo del tipo divulgativo es su obligada recurrencia a incorporar los llamados argumentos de autoridad, exigencia obvia en materiales científicos. En esa línea observamos los textos de Carmen Gómez Mont y René Drucker.

De corte retrospectivo o “reportajista”

La mayor peculiaridad de este tipo de artículo se funda en su tratamiento, ya que privilegia un cuerpo argumentativo basado en distintas fuentes, sean bibliohemerográficas, institucionales o digitales, aunque sin dejar de lado la visión reflexiva del autor. Aquí se busca probar una tesis, mediante el ofrecimiento de un abordaje retrospectivo o en breves trazos para contextualizar y contribuir a la comprensión cabal, y así recapitular lo más relevante de un tema. El articulista también aprovecha componentes informativos adicionales, a fin de dotarle de un tratamiento específico, cual si se tratase de un reportaje, sólo que tamizándole su propio filtro personal.

Si un reportaje constituye un género informativo cuyo propósito es aportar una visión multidimensional, con fuentes múltiples e idealmente equilibradas, en torno a un hecho, problema o tema de interés público; un artículo periodístico del carácter que nos ocupa ha de compartir una voz eminentemente subjetiva, apoyándose en una multiplicidad de fuentes.

Al enfocarse más en el tratamiento estructural y argumentativo, es obvio apuntar que tal tipo de textos aparezca en toda clase de secciones de los medios de comunicación (política, cultura, ciencia, economía, deportes, etcétera).

En las páginas siguientes constatamos algunos artículos de corte retrospectivo o “reportajista”, como los de Jesús Cantú, Lydia Cacho, Sergio Aguayo. Incluso, por sus visos historiográficos, ciertos artículos de Daniel Cosío Villegas y Lorenzo Meyer parecen tener tonalidades de carácter evocativo.

Lo indiscutible es que no puede hablarse de tipos de artículos puros, pues siendo un género tan libre y subjetivo, tienden a conjugar toda suerte de recursos estilísticos, estructurales y argumentativos.

De corte humorístico

El sentido del humor dentro de los espacios editoriales de los medios no suele ser una práctica habitual en nuestro país. Quizás porque se cree que sólo la mirada solemne sirve para el ejercicio intelectual del análisis y la crítica de los llamados temas “serios”.

Lo cierto es que, cuando se capitaliza con inteligencia crítica, el sentido del humor puede convertirse en un filón de inigualable eficacia. Baste leer, por ejemplo, los artículos de Jorge Ibargüengoitia, cuya chispeante sabrosura narrativa nos devela una tesis a punta de imágenes, anécdotas y testimonios (propios y ajenos).

Este escritor toca temas controversiales (corrupción, racismo, educación...) con una prosa tan fresca y juguetona que realmente resulta imposible no soltar una risa o una franca carcajada. De igual forma sucede con los escritos por Manuel Buendía, quien, apelando a la analogía y sin requerir de sofisticados abundamientos de teoría política, cifra su análisis en relatos con cariz cuentístico para compartirnos punzantes críticas al poder político. Al igual que Ibargüengoitia, Buendía hace del sentido del humor un valioso recurso para el análisis sociopolítico.

Una vez delineada la tipología anterior, reiteramos que no existen formas puras o asépticas e inamovibles. Más bien, lo común es la combinación de dos o más tipos entremezcladas, aunque uno predomine a lo largo del tratamiento argumentativo.

Así, un artículo de causa política se apoya en elementos de corte retrospectivo; o uno de análisis y crítica política, incorporar ingredientes de divulgación científica, o incluso hasta de causa ideológica; o también un texto cultural se acompañaría con componentes lúdico-narrativos o “reportajistas”; o un contenido divulgativo de la ciencia, insertar referencias evocativas o chispazos de humor... En fin, lo importante es consignar que una propuesta tipológica como la aquí referida, sólo intenta significarse como un punto de partida para nutrir, respaldar, acompañar o ampliar las posibilidades expresivas del artículo editorial.

Directrices elementales

Para los aspirantes a articulista, siempre es útil conocer algunos criterios convenientes de actuación. Jamás les será desdeñable, por ejemplo, una revisión autocrítica que busque afinar la calidad escritural y depurar la estructura argumentativa. En este tenor, resultan impredecibles las siguientes preguntas una vez concluido el artículo:

- ¿Queda clara la tesis central?
- ¿Hay sustento vigoroso e información convincente en el cuerpo argumentativo?
- ¿Se logra un equilibrio entre análisis, datos y comentarios, o informaciones y opinión?
- ¿Resulta conveniente el orden de los componentes que trazan la argumentación?
- Las interpretaciones de los datos, las referencias o las citas, ¿son comprensibles para los propósitos del artículo?
- ¿Son perfectamente discernibles la introducción (con su tesis y contexto), el cuerpo argumentativo (con pruebas y posiciones idóneas y suficientes) y la conclusión (que redondee la idea central)?
- ¿A cada idea corresponde una oración? ¿tienen ilación los párrafos?
- ¿Se maneja un lenguaje correcto, asequible y variado?
- ¿Existe pobreza lingüística, muletillas o vicios del lenguaje?
- ¿Ha cuidado el uso correcto de los signos de puntuación?
- ¿Le convence realmente el estilo, la estructura y la argumentación de su artículo?

Un decálogo

En el afán de compartir puntuales directrices que encaminen la confección de contenidos argumentativos, sirva el siguiente *Decálogo del articulista*:

1. Un buen artículo editorial apela a la definición de Albert Camus: una idea, dos ejemplos, tres cuartillas. O en otras palabras: una tesis medular, al menos dos argumentos firmes, y brevedad en la extensión sin descuidar la profundidad en el tratamiento.

2. Un solo tema preferentemente actual y relevante, será objeto de análisis, valoración y escrutinio intelectual.
3. Un articulista escribe con sencillez y claridad, evitando cualquier tecnicismo o compleja floritura estructural o conceptual.
4. Interpreta y examina un tema apoyándose en razonamientos, inferencias, hechos, datos y dichos comprobables, sin especular o suponer a la ligera.
5. Su mayor afán es explicar de forma nítida, bajo su propia perspectiva, un asunto de interés público, cuya apariencia primera resulta ininteligible o poco digerible.
6. Absolutamente todo se puede decir, sabiéndolo mostrar con sustento, estilo y decoro.
7. Un artículo es un ejercicio de discernimiento puntual y juicio crítico que, por ende, huye de generalizaciones, apresuramientos y superlativos o calificativos gratuitos.
8. Nunca perder de vista que un articulista o comentarista hace escuchar su voz no para el gusto de los poderes, sino para el entendimiento y el beneficio de la audiencia.
9. La máxima debilidad de un editorialista o analista es la soberbia intelectual que sólo ahuyenta al público, y la mayor fortaleza es su capacidad para explicar con razones, galanura y sencillez, complejos fenómenos de la vida actual.
10. Oportunidad en el tema y rigurosa puntualidad en la entrega son exigencias y virtudes irrenunciables del periodismo de opinión.

SEGUNDA PARTE
EJEMPLOS DEL ARTÍCULO EDITORIAL
EN MÉXICO



De la realidad política

Sitio de Cuautla por Calleja, y rompimiento de él, por el benemérito Morelos

Sultepec
Sábado 16 de mayo de 1812
Ilustrador Nacional,
núm. 6, t. 1 , fol. 21

José María Cos

Después de la gloriosa acción que sostuvieron las tropas acantonadas en Cuautla, el 18, 19 y 20 de febrero, en que con pérdida muy grande de oficialidad y tropa, como lo acreditan las canoas de heridos que con frecuencia han entrado en México, la muerte del perjuro Rul y la de otros oficiales de consideración, que el tirano gobierno ha pretendido ocultar con toda aquella vil capciosidad que usa con sus míseros esclavos y necios sectarios; después de tan gloriosa acción, repito, se retiró vergonzosamente el incendiario Calleja repelido con sinigual vigor, aún de las calles del mencionado lugar.

Pero ¿quién lo creerá? Aún en el acto mismo del ataque, tiempo en que el horror y la muerte volaban por aquellos lugares, las libertinas tropas de los europeos no se abstuvieron por eso de sus vicios, peores que de bárbaros; pues en las mismas calles y casas satisfacían brutalmente estupro inmaduros, asesinatos de niños, mujeres y ancianos indefensos, que tal vez confiados en su adhesión a aquel infame gobierno, se habían quedado en ellas, no olvidándose del robo a que están acostumbrados, ni a todo género de excesos los más abominables.

Ya que no pudo el gran general de los hijos de los sarracenos reducir por fuego a las valientes tropas americanas trató de hacerlo por hambre; trata de fijar sitio a nuestra plaza: lo pone en efecto por los cuatro puntos principales, priva la comunicación de los campos exteriores, impide el ingreso de municiones de guerra y boca; pero nada intimida al valeroso general Morelos ni a las tropas de su mando. Gustosos se disponen a vencer o morir: se fortalecen; se atrincheran; sus reductos son al parecer impenetrables; pero los nuestros ríen, y esperan impacientes el instante de manifestar su valor con las obras.

El continuo bombardeo de mortero y obús, y el vivísimo fuego de cañón, lisonjea las esperanzas de aquel pérfido: cree que en breve será presa de su furor el general y su guerrero ejército; así lo anuncia en los partes que da a su virrey Venegas: más todo es vano. Sus esperanzas quedan burladas, igualmente que sus propuestas; no obstante, anima el referido Calleja a sus tropas; les manda aproximarse a nuestros débiles parapetos, y en aquel momento felicísimo para nosotros llevan consigo el escarmiento, en términos de estar reducidos los últimos días del sitio, a no salir de sus campos. Tal es el horror que han causado unos soldados movidos por el valor y entusiasmo de la causa que defienden. El delito siempre es cobarde, y la virtud sostiene sus derechos.

Cuánto hubiesen sufrido las tropas americanas desde el 17 de febrero en que se avisaron las de Calleja, hasta el 10 de mayo no hay voces con qué explicarlo, y por tanto se deja a la consideración de los prudentes. No hubo tiempo para hacer acopio de víveres: nada se introdujo en este intervalo, y la hambre crecía. Pero ¿qué constancia? No hay ejemplo en las historias que pueda aventajarle. ¿Y con qué voces celebraremos dignamente a su magnánimo general? Él reúne en el más alto grado de perfección los oficios de padre y de jefe. Al mismo tiempo que desenvaina la espada como soldado, para dar ejemplo de valentía destruyendo a sus enemigos, como padre amoroso alimenta con la dulzura de su voz al débil viejo y a la mujer tímida. No, jamás triunfará la perfidia y la opresión. Llegará el momento afortunado en que a todos abra el camino por entre el enemigo.

El día 13 del corriente han llegado a esta corte 23 europeos venidos de Pachuca, habiéndose quedado 5 de ellos en clase de soldados con el teniente coronel Serrano, y otros 5 en el campo Zinacantepec con el Exmo. Señor D. Ignacio Rayón y son D. José María Villaldes, D. Juan José Azcona, D. Antonio Videgaray, D. José Fábregas, D. Pedro Fernández, conducidos todos por el señor coronel D. Antonio Cañas S. M. la S. J. se ha servido mandar se les trate con todo el esmero posible, proporcionándole todos los socorros necesarios para su subsistencia. Aprenda el intruso gobierno a guardar los fueros naturales y de guerra que jamás ha conocido, y avergonzarse de sus inicuos procedimientos. Los nombres de los llegados a ésta son los siguientes: El Conde de Casa Alta D. Juan Bars, D. Vicente Villar, D. José María Villar, D. Mateo Villar, D. José Cantalops, D. Antonio Sierra, D. Justo Josué, D. Pedro Balgañón, D. Mariano Ríos, D. Bernardo Pis, D. Manuel Esenarro, D. Bernardo Mier, D. Juan de la Cruz, D. Manuel Díaz, D. Sebastián García, D. Juan Orlando, D. José Aguirre, D. Pedro Ostos, D. Tomás Agüero, D. Miguel Yparránzar, D. Miguel Darraz, D. Francisco Correa, D. Juan Español.

En Documentos importantes para la historia del Imperio Mexicano..., pp. 88-90

Los principios conservadores

Francisco Zarco
Junio 10 de 1869

Visionarios suelen ser los partidos caídos, particularmente cuando conocen que, más que por la fuerza material, han sido derrotados por la fuerza incontrastable de la opinión pública.

Sueñan despiertos, se hacen engañosas ilusiones, y se alimentan con las más quiméricas esperanzas.

Tal es la situación del Partido Conservador, cuya impotencia moral en el interior del país, cuya ambición y cuyos rencores lo extraviaron hasta el punto de traicionar a la patria, solicitando la intervención extranjera.

El partido monárquico ha quedado vencido, definitivamente vencido al triunfar la República contra la monarquía.

Se consuela con exagerar los males de la situación actual, pretendiendo hacerlos derivar de las instituciones republicanas y de los hombres y de las cosas del día, como si fuera posible ocultar que todas las dificultades, que todos los males públicos son la herencia de muchos años de guerra civil, y sobre todo de la última guerra extranjera, que vino a desquiciar a esta sociedad cuando mucho iba adelantando en la obra de su reorganización.

El Partido Conservador, conociéndose débil en la opinión, pone su esperanza, por más que lo niegue, en nuevos trastornos, en nuevas perturbaciones, y no cuenta con más probabilidades de restauración, que las que pueda ofrecerle un estado de completa anarquía.

Parecía hace poco que había resultado salir de su política de abstención y de retraimiento, y aun acordado entrar en la lucha electoral; pero últimamente se muestra descorazonado ante la ley que excluye del Congreso a los traidores, es decir, a los servidores del imperio, a los culpables de un delito que ellos llaman ahora imaginario. Ahora se declaran en completa inercia, y fían en la revolución o en el curso natural de los acontecimientos.

Las complicaciones de Querétaro, la aparición de nuevas gavillas de forajidos en San Luís Potosí, parecen reanimar las esperanzas del Partido Conservador, que no disimula su gozo al presenciar estas dificultades, y se complace, más que con nada, con las divisiones del Partido Liberal.

La *Revista Universal*, órgano reconocido del partido, o más bien de los hombres del delito imaginario, no vacila en lanzarse a las más lúgubres profecías.

La revolución está encima, dice en su número de antes de ayer, “la revolución, levantada por la miseria, sostenida por la desesperación de un pueblo moribundo, que siente llegado el último momento y hace el postrer y quizá inútil esfuerzo para librarse de los buitres, que al olor de sus entrañas descompuestas, voltean en lomo del cadáver infecto...”. La revolución se anuncia, y se anuncia formidable en sus efectos azoradores.

Tan negros vaticinios sólo nacen del buen deseo del periódico conservador, pues el hecho es que ha cesado la era de las revoluciones, y que el pueblo siente cada día más la necesidad de la paz y del orden, y se muestra dispuesto a asegurarse tan preciosos bienes, despreciando de una manera inequívoca a todos los promovedores de trastornos.

A vaticinios infundados sigue una especie de profesión de fe, que envuelta como está en la mayor hipocresía, no deja de ser significativa.

El Partido Conservador, dice la *Revista*, no apoya ahora acto alguno de violencia, porque sabe que en la sociedad mexicana subsiste algún tiempo más, sin arriesgar una lucha que le debilite la práctica de sus principios, vendrá a establecerse por su fuerza y gravedad natural. Pero el que no preste auxilio de ninguna clase a la revolución, tampoco significa que dé sus simpatías al actual orden de cosas y a los que le mantienen.

Tenemos, pues, que ahora el Partido Conservador no apoya los actos de violencia; pero tal vez los apoyará después, si cree encontrar algunas probabilidades de buen éxito. Ahora no apoya a Araujo y a otros jefes de salteadores y plagiarios, porque los ve perseguidos y batidos por el pueblo; pero más tarde si esos bandoleros llegaran a adquirir algunas ventajas, no vacilaría en reconocerlos como sus más nobles caudillos, como restauradores de la religión y de la moral.

Por ahora gracias al retraimiento, a la prudencia o la timidez de los hombres del *delito imaginario*, subsiste la República y subsisten el gobierno y las instituciones democráticas.

El Partido Conservador se mantiene en esa actitud, porque sabe que la práctica de sus principios ha de venir a establecerse por su fuerza y gravedad natural.

Mucha confianza es ésta en los principios. Pero, ¿cuáles son ahora estos principios?

Antes del imperio, el programa conservador fue siempre un oscuro fárrago en que se hablaba del orden, y de la religión, y de la moral, y de la familia, y de la propiedad.

En la práctica este programa fue siempre la tiranía más abominable que el pueblo supo derrocar con heroico esfuerzo.

Después de la intervención y del imperio el programa conservador tiene al menos la ventaja de su claridad, y no puede engañar a nadie.

Los principios conservadores consisten en la traición a la patria, que se llama *delito imaginario*, en la monarquía del primer advenedizo que se hace mexicano con solo pisar nuestras playas, y en la intervención armada del extranjero que se diga aliado y protector del nuevo imperio. Estos principios son aquellos cuya práctica ha de venir a establecerse por su fuerza y gravedad natural. Y esto se escribe seriamente por personas que son testigos de los acontecimientos, y que no ignoran la suerte efímera y desventurada del archiduque Maximiliano.

Estas esperanzas son de partidos visionarios, de hombres que nada quieren aprender, que nada quieren olvidar, y que no escarmentan ni ante las más duras lecciones de la experiencia.

Sería de ver una restauración monárquica cuya primera dificultad consistiría en hallar un insensato que quisiera venir a recoger la corona que rodó en el Cerro de las Campanas. Y esto cuando en toda Europa no se encuentra un monarca para la España, cuya gran revolución parece que no pasa de una repetición de la fábula de las ranas pidiendo rey.

La *Revista*, después de deplorar que el gobierno republicano haya sido constante en destruir el influjo del Partido Conservador, cuando este partido tiene mayores derechos que cualquiera otro al suelo de la patria, declara que permanecerá sin salir del estado de inercia a que se ha reducido, y que acepta en la definición absoluta de la palabra.

Sólo nos ocurre observar que un partido político no puede perder su influjo por la persecución de ningún gobierno, y que los partidos se desconceptúan y pierden todo prestigio por sus propios errores y por sus propios crímenes.

Enciérrese o no el Partido Conservador en completa inercia, simpatice ahora o más tarde con las gavillas de salteadores, debe persuadirse de que sus principios son de testados por el pueblo mexicano, y de que para ponerlos en práctica necesita de una nueva intervención extranjera, de un nuevo príncipe que acepte el trono, y en fin, de la transformación de esta nación soberana y libre en abyecta y miserable colonia.

El capitalismo en el poder

Ricardo Flores Magón

Por fin, el presidente provisional Carbajal, se vio obligado a dejar la presidencia bajo la amenaza de que si no se ponía de acuerdo con Carranza, los Estados Unidos embarcarían más tropas en Veracruz y marcharían esas fuerzas sobre la ciudad de México donde clavarían la *bandera de las barras y las estrellas*, asegurando de esa manera el triunfo del constitucionalismo. Carbajal prefirió abandonar el gobierno, y las fuerzas constitucionalistas de Álvaro Obregón hicieron su entrada a la capital sin disparar un tiro.

Carranza debe haber hecho su entrada triunfal a la ciudad de México el jueves de esta semana, y en estos momentos ha de estar sentado en la silla de la que bajó Madero a la tumba.

El gobierno de los Estados Unidos ha declarado que tan pronto como Carranza ocupe para la silla presidencial, sería reconocido su gobierno y se darían los pasos necesarios para retirar las fuerzas norteamericanas que ocuparon la ciudad de Veracruz.

No es Carranza el que ha triunfado sobre Huerta y Carbajal, sino Wilson y Bryan. No fueron las armas constitucionalistas las que derribaron a Huerta y Carbajal, sino el oro de los burgueses de los Estados Unidos.

La sangre derramada por carrancistas y huertistas, ha sido ofrendada a los grandes negociantes de los Estados Unidos, de Europa y a la orgullosa burguesía mexicana.

No es Carranza el que tiene en sus manos las riendas del gobierno mexicano; son los reyes del acero y del aceite; los magnates de los ferrocarriles y de los barcos los que gobiernan México desde sus oficinas en Nueva York; la bandera de los tres colores es una traducción al mexicano de la *bandera de las barras y las estrellas*. Carranza no es otra cosa que un títere movido por los tramoyistas de *Wall Street*.

¡Qué honra para los patriotas!

Pero este nuevo acto de la comedia política, terminará en tragedia, y Carranza bajará tambaleando del solio presidencial dentro de pocos meses, como bajó Madero al sepulcro asesinado por su propia misión. Tomar la silla presidencial en esta época, es tomar un vaso de cicuta. Nada más inoportuno que pretender ser gobernante cuando el respeto a la autoridad se desvanece en las conciencias como el humo de un cigarro.

El gobierno carrancista será efímero; vivirá, como dijo alguien, lo que vive una flor.

El pueblo no quiere presidentes, sino pan. Por eso, la revolución queda en pie.

Y mientras Carranza celebra el triunfo de la burguesía, los proletarios inteligentes permanecen en las montañas, arma al brazo, continuando una lucha que no puede terminar con la exaltación de un hombre a la Presidencia de la República, sino con la abolición del derecho de propiedad privada y la muerte del principio de autoridad.

La paz está muy lejana todavía, señores capitalistas. La paz se hará por sí sola, cuando todo ser humano tenga asegurados el pan, la casa, el vestido y la educación.

Mientras el ser humano no tenga la seguridad de comer el día de mañana, mientras retengáis en vuestras manos, señores burgueses, la tierra, la maquinaria, las casas y todo lo necesario para hacer una vida civilizada, la paz será sólo una bella ilusión.

Adelante pues, proletarios mexicanos. No rindáis vuestras armas ni aun cuando por medio de ellas hayáis expropiado la riqueza que detentan vuestros verdugos.

En *Regeneración*, núm. 199, 22 de agosto de 1914

La política mexicana

Martín Luis Guzmán

Vista desde lejos por un mexicano, y a la luz de lo que acontece en otros países, la vida pública de México se presenta con perfiles enteramente definidos y claros. Falso que sea aquél un país tan absurdo como suelen creer algunos de sus hijos, o tan inexplicable y misterioso como a menudo aseguran los extranjeros. Todo lo contrario, la política de México parece, desde aquí, desenvolverse sobre un plano que no por ser muy peculiar está exento de lógica.

Hay allí, y en esto concuerda México con todos los países del mundo, un grupo de hombres, honrados unos y pícaros otros, que tienen por oficio intervenir en los asuntos de la República. Pero, a diferencia de los políticos de otras partes, la mayoría de los políticos mexicanos sólo concibe una manera de ejercer su oficio: el uso del poder. Esto, naturalmente, no se debe en ellos a maldad o ambición —sería injusto y torpe el asegurarlo—, sino más bien a la estrechez de aptitudes que por lo común los caracteriza. La única habilidad, o la habilidad suprema, de casi todos los gobernantes que México ha tenido desde la guerra de Independencia ha sido la habilidad de mandar. Y como la política es una profesión (o una pasión) que, lo mismo que las otras profesiones, ha de practicarse diariamente durante toda la vida, resulta muy natural que los hombres de mando que en México profesan la política pretendan llegar sin tardanza al gobierno y mantenerse en su puesto perpetuamente. Los políticos mexi-

canos no son, salvo excepciones contadas, ni escritores, ni oradores, ni periodistas, ni conferenciantes, ni maestros; son ciudadanos simples, hombres de poquísimas o ningunas letras, aunque a veces de muy buena intención, que han resuelto encauzar con su brazo el fluir de la patria.

Basta lo anterior para explicar desde luego dos resortes de la política mexicana: la predilección de los hombres públicos de México por el estado de guerra, siempre que no empuñen ellos el gobierno y, corolario de esto, la resistencia del partido, o del grupo, o del caudillo vencido a deponer las armas de un modo absoluto. Respecto de lo primero, es evidente que en tiempo de paz sólo se participa en la cosa pública —cuando no se desempeña algún cargo— moldeando la opinión, es decir, poniendo en juego la palabra, la pluma, las ideas, actividad vedada a los más de los políticos mexicanos, que rara vez escriben o hablan. Respecto de lo segundo, a nadie chocará que los políticos de esta especie crean, no sin razón, que, una vez vencidos, influyen más en el gobierno de su país merodeando por la sierra al frente de dos o tres docenas de hombres, que volviendo a la nada, o a la medianía, de donde surgieron. Esto sin contar con algo más: que el político gobernante, siempre expuesto a caer de su sitio por virtud de las armas, aniquila al vencido temible que se le entrega.

La sedición, pues, y el levantamiento, y el motín, no son, en México, signos necesarios de inmoralidad (aun cuando muchas veces sí lo sean), sino la forma habitual como casi todos los políticos mexicanos de la oposición expresan su desacuerdo. ¿Que por qué lo expresan así? Porque ése es el único medio de expresión que ellos conocen o de que ellos son capaces. ¿Qué puede hacer el general Zutano o el general Mengano para convencer a los demás de que ellos tienen razón, sino levantarse en armas y demostrar, con el triunfo de las armas, que la razón les asiste? ¿Acaso está en su órbita conseguir eso mismo mediante la fuerza de las ideas?

Frente por frente de los políticos militantes, la gran masa de los mexicanos vive entregada a sus negocios. Priva entre las clases mejor educadas del país la teoría de que la política, la política mexicana por lo menos, es sólo digna de los espíritus aventureros o inferiores y de quienes ambicionan el poder o el enriquecimiento rápido. Y de tal actitud toman pie circunstancias favorables a la continuación del régimen de la violencia. Porque si esas clases, de cuyo seno podrían salir políticos dotados, a lo menos, del instrumento indispensable para hacer política sin recurrir a la espada, queremos decir, políticos capaces de utilizar el lenguaje y la escritura, se abstienen de todo impulso ciudadano, no hay alternativa para que cese el reino de los que se entienden a golpes, ni asiste justificación moral a quienes se lamentan de que así ocurra.

Cuando de tarde en tarde algún miembro de las clases cultas de México se lanza a hacer política por su cuenta, y no como mero instrumento de generales ignorantes, sus mayores esfuerzos para substituir la razón a la fuerza son de todo punto inútiles; la atmósfera militar se encarga de demostrarle pronto que en la República no valen

las palabras, sino las acciones, y de obligarlo a recurrir a los medios violentos o a desaparecer: tal fue el caso de Madero.

Esa misma actitud de las clases cultas de México explica también el que no haya allí aquella categoría social, presente en todas las naciones de la Tierra medianamente organizadas, ya sean democráticas, oligárquicas o monárquicas, que tiene el papel de ocuparse, sin mira inmediata ninguna hacia el poder o hacia las riquezas que del poder se derivan, en los asuntos públicos, en la educación pública, en el espíritu público y, dicho de una vez, en cuanto concierne a la vida nacional de un país. Lejos de ello, de nada se ufanan tanto los intelectuales mexicanos como de su indiferencia por las cuestiones políticas. No hacer política equivale, a sus ojos, a practicar una virtud: como si realmente el ejercicio de la inteligencia trajera aparejado en México el sacrificio de la dignidad de ciudadano y el olvido de la responsabilidad de ser padre.

En estos momentos no se columbra en todo el país un solo escritor, un solo orador, un solo maestro que pueda medirse con la magnitud de las necesidades nacionales.

Como en Grecia: los siete actos de una tragedia

Daniel Cosío Villegas

La ocupación militar de la universidad se produce cuando la autoridad del gobierno se había robustecido; cuando la fuerza de los estudiantes menguaba; cuando estos habían abandonado sus modales vandálicos y hacían gala de su disciplina en dos manifestaciones ordenadas; en fin, cuando habían dicho y repetido que no intentaban estropear la Olimpiada. Entonces, ¿qué ha podido impulsar al gobierno a sacar a los estudiantes de su casa y echarlos a la vía pública, donde era inevitable el choque, la sangre y aun la muerte? Uno puede enclaustrarse dos días seguidos en una celda conventual, ayunar, aporrearse la cabeza o mortificar la carne con el cilicio sin explicarse un acto tan descabellado. Al mismo tiempo, o nuestro mundo está ya enajenado, o se admite que el gobierno tuvo conocimiento de hechos que él juzgó gravísimos, pero que resolvió ocultar. ¿Y por qué esto último?

Nada pone tanto el ánimo en cuidado como advertir y comprobar que el gobierno se resiste fieramente a reconocer que en el país existen dos opiniones públicas. Una, la oficial, que aplaude todos sus actos por estar atada a él. La otra es una opinión desorganizada, indiferente y aun escéptica, pero libre. Por esto precisamente el gobierno tiene que conquistarla, y para ello no hay sino un medio: la palabra sencilla, honesta e inteligente, y, sobre todo, la acción bondadosa. Debe reconocer también que el automatismo, la vaciedad y el estruendo de las palmas oficiales irrita a la opinión libre y la predispone al silbido. Por último, el que esta opinión pública libre desentone la rara vez en que se decide a silbar, no quita que lo haga de todo corazón y a todo pulmón.

Puede decirse, así, que en la vida actual de México no hay un error tan craso ni tan trágico como el de obrar dando por cierto que don Augusto representa de verdad a millones de ejidatarios y que don Fidel (el de aquí, por supuesto) habla de verdad por millones y millones de obreros. La verdadera verdad es que don Augusto representa a don Augusto y habla por don Augusto, y así don Fidel. ¿Parece demasiado severa esta estadística? Agréguese entonces un par de cuatezones por cabeza con la seguridad de que no pasará de allí el Gran Total.

La ignorancia de que hay en el país una opinión libre, el despreciarla o creerla infantil, ha conducido al gobierno a la monstruosidad de esa ocupación militar y a justificarla desaprensivamente.

Desde luego, en este periódico se presentó así el asunto: “La acción militar ocurrió después de una junta infructuosa con el Consejo de Huelga, en Gobernación”. Pero la declaración de esta secretaría ni de broma habla de esa junta, de lo tratado en ella y de la discordia que resultó insalvable. Después, la declaración puede ser tildada de anónima, ya que no está firmada por ninguno de los tres funcionarios que por ley deben hacerlo.

La sustancia es lo bueno: bastaría leer las cuatro primeras líneas del documento para apreciar su increíble liviandad. Dicen así: “La Secretaría de Gobernación informa al pueblo sobre los motivos que han determinado la presencia de la fuerza pública en algunos planteles de la Universidad”. Primero, es bien dudoso que esa secretaría tenga facultades para hablar de asuntos que no son de su exclusiva competencia. Segundo, la explicación se da al “pueblo”, es decir, no a toda la nación, no a todo el país, no a todos los mexicanos, sino a una clase social. Ahora bien, hay cientos de miles de mexicanos (entre ellos los redactores de la declaración) que no forman parte del “pueblo” sino de un modo figurado, pero que tienen tanto derecho a saber lo que pasa en su país como lo puede tener un obrero, un campesino o una cocinera. Tercero, Gobernación quiere informar (no explicar o justificar) “sobre los motivos [no un acto específico del gobierno] que han determinado”, es decir, se habla de una cosa tan distante y tan impersonal como esas masas de aire polar que “informan” el descenso de la temperatura. Y aquí viene el *understatement* del siglo: los motivos que han determinado no la ocupación por el ejército de toda la Ciudad Universitaria, sino la “presencia” (mágica) de la “fuerza pública” en “algunos planteles” de la Universidad.

Pero los “motivos” son lo mejor: primero, que los estudiantes usan los locales universitarios para fines no académicos, y los dañan; segundo, como los estudiantes han desconocido a sus autoridades, el ejército debe reponérselas. Aquí la declaración es sencillamente insostenible: siendo indudable el hecho de la ocupación y del deterioro de los locales, puede decirse que esto ha ocurrido un centenar de veces durante los cuatro años anteriores, y desde hace dos meses en el presente conflicto. ¿Por qué no había actuado antes el gobierno? Más flagrantemente, si esos hechos ocurrían en el

Politécnico, en la Normal Superior y en Chapingo, ¿por qué la ocupación militar se limita a la Ciudad Universitaria? En cuanto a la restauración del mando de las autoridades académicas y administrativas, es absolutamente obvia la imposibilidad de que un teniente devuelva la del rector y un sargento rescate la del director de facultad. Pero aquí hay un hecho que todo el mundo recuerda sin esfuerzo. Ningún origen político tenía la huelga universitaria anterior; era clara, puramente un conflicto entre un grupo reducido y levantisco de estudiantes.

Esto no es todo, pues en seguida viene el golpe del genio: 24 horas después de la ocupación militar, el secretario de Gobernación declara que el gobierno devolvería la ciudad en cuanto las autoridades universitarias lo solicitaran. Entonces, ¿para qué —¡vive Dios!— fue sojuzgada? Pero como si una tragedia de tres actos no bastara, todavía se producen otros: primero, el rector guarda silencio ante esa oferta; segundo, por ello, la Cámara y el partido descubren que es inepto; tercero, tres funcionarios (llamémoslos así) universitarios declaran que no han recibido todavía un pliego escrito de Gobernación donde se haga formalmente esa oferta, sin comprender estos genios que su deber inmediato es proteger a los estudiantes, y que la única forma de hacerlo es guardarlos en casa.

El séptimo acto de la tragedia fue la renuncia del rector. Por fortuna, se ha producido ya el epílogo, cuya transformación en prólogo desearíamos todos, pero que, de cualquier manera, confirma la tesis principal de estas notas, o sea el divorcio entre la opinión oficial y la opinión pública libre. De aquí que resulte reconfortante ver tendido en la lona a don Luis M. (F.) víctima del bien acreditado gancho al hígado.

Excélsior, 27 de septiembre de 1968

Sobre la televisión: dulce abandono

Daniel Cosío Villegas

A pesar de su respetable edad y de su uso popular, puede seguirse nombrando a la televisión “cosa extraordinaria que causa admiración”; pero, como ocurre con los mejores frutos del ingenio humano, ha creado al final mayor preocupación que deleite. Así, no hay país que se sienta satisfecho del servicio que presta la televisión al individuo y menos a la sociedad. En efecto, la incertidumbre sobre quién debe manejar este primoroso instrumento es tal, que ninguna solución a la vista puede tomarse como seguro modelo.

En los Estados Unidos es un negocio privado, cuyos ingresos y utilidades proceden casi íntegramente de la publicidad. Para Francia y Suecia es un monopolio del Estado alimentado por el tesoro público. Pues bien, la insatisfacción pública en esos tres países es hasta ruidosa. Si en los Estados Unidos se concede que la televisión es bastante

independiente del gobierno, parece estar demasiado sometida al anunciante. Se la acusa, además, de ofrecer un entretenimiento mediocre, de abandonar cuanto sea instrucción y cultura, de incitar a la violencia y al crimen.

Única pero contundente es la objeción a la televisión sueca: ser mortalmente aburrida. Ha sido, y es, unánime el cargo de que en Francia mi general la ha puesto al servicio de su infinita persona, desairando los intereses y gustos nacionales; en fin, está su elevado costo, del que es conscientísimo el causante francés, uno de los que menos pagan, pero que gruñen más.

Los intentos de reforma comprueban tal insatisfacción. Las tres grandes emisoras norteamericanas han ofrecido más de una vez enmendarse, y las universidades y fundaciones han puesto ya mucho dinero en crear una televisión mejor dispuesta a servir los intereses permanentes de la comunidad. La televisión sueca ha contratado las conocidas series de *Bonanza* y *Perry Mason* para poner una nota emotiva en sus transmisiones. Francia ha comenzado a admitir alguna publicidad comercial, no tanto para independizar la televisión del Estado, cuanto para aliviar la carga fiscal de su sostenimiento; por sobre todo, se han reformado sus estatutos para darle siquiera un remedo de independencia del gobierno.

Parece que la solución mejor era la inglesa: un monopolio de Estado cedido a una corporación pública independiente del gobierno y de los negociantes. Para conseguir la primera de esas independencias, la BBC tiene autoridades propias y autónomas; para alcanzar la segunda, se la ha dotado con una fuente propia y exclusiva de ingresos, el impuesto anual que paga todo usuario de la televisión.

Con esta medida fiscal se han conseguido tres resultados alentadores. Primero, liberar la televisión de los negociantes, y, por lo tanto, que proceda sin sujeción a intereses particulares. Después, hacer recaer el costo de la empresa, no indiscriminadamente sobre todos los causantes, sino sobre los beneficiarios del servicio. En fin, el pagar el servicio crea al usuario el derecho de reclamar, y a la BBC, la obligación de atender las quejas.

La idea de confiar la televisión a una corporación pública, pero dotada de un gobierno propio, ágil e independiente como el de una empresa privada, ha sido probada con felicidad. A la BBC no la ha gobernado una burocracia política, aunque quizás sí una tecnocracia un poco friona. Y no en una ocasión, sino en varias, algún alto personaje político, inclusive un primer ministro, ha querido echarle mano. El intento ha fracasado porque los directivos de la corporación se han defendido bravamente, y porque el sentir público ha condenado en forma indudable la intentona de interferir.

Dicho todo esto, queda una duda penosa: ¿cuáles fueron los verdaderos motivos que llevaron a Inglaterra, satisfecha con una experiencia que parecía ejemplar, a consentir

en un canal comercial de televisión? El motivo menos lamentable sería que retrocedió involuntariamente a la economía clásica, que considera la competencia como factor decisivo para una vida colectiva sana. La explicación más turbadora, sin embargo, es que los negociantes, excluidos tan porfiadamente durante largos años de esta comunicación con las masas, acabaron por prevalecer sobre la opinión pública y el gobierno británicos.

Parece, pues, que no se ha hallado todavía el buen camino; sin embargo, en el acierto y en el desacierto hay grados. Puede cobijarse alguna esperanza cuando el acierto es parcial, y aun si el error total proviene de un propósito claro, hasta obcecado, como en el caso de Francia y de mi general. Pero sólo cabe la desesperación cuando el desacierto nace del más dulce abandono, como ocurre en México.

Aquí la televisión nació de una ayuda oficial decidida y aun arriesgada, porque nuestra balanza de pagos pasaba entonces por serios apuros. A pesar de ello, se autorizó una generosa importación de aparatos e instalaciones costosas. Fue ése un momento precioso para exigirle a la empresa una televisión con algún sentido de servicio público. No se hizo porque esa ayuda se convirtió en un negocio personal de quienes la dieron a nombre del país.

No son menos tristes los siguientes capítulos de esta historia: leyes absurdas e inoperantes; un negocio fabuloso que conduce a un monopolio ingobernable, monopolio que no consiente el menor intento de competencia sin revolverse como pantera enjaulada; progresos desesperantemente lentos en la calidad bajísima de los programas; un desprecio casi altanero por la cultura y el buen gusto.

Durante veinte largos, interminables años, el gobierno ha guardado el más persistente silencio. En una o dos ocasiones, como si el gusanillo del remordimiento mordiera más de lo que una finísima epidermis consiente, ensayó uno o dos programas “culturales”, que fracasaron ruidosamente. Pero de pronto, sin una sola palabra explicativa, la puñalada traperera fiscal, cuya consecuencia sería poner en manos del Estado la televisión. ¿Para hacer con ella qué? ¿Otro deslucido, incompetente y dispendioso organismo descentralizado?

Excélsior, 18 de abril de 1969

A limpiar: dos decenios

Daniel Cosío Villegas

México naufraga desde hace tiempo en un mar de palabras y conceptos confusos, mar en parte encrespado de modo involuntario, pero en parte muchísimo mayor

de manera ultradeliberada. Y todo este enredo emana del vocablo y del concepto revolución, y de los matices peculiares que uno y otro adquieren cuando se trata de la nuestra, de la Revolución mexicana.

Sólo así puede explicarse el desconcertante espectáculo de personas de altísima posición social y dueños de fortunas para nosotros colosales que tranquilamente se declaran en público encendidos revolucionarios. Sólo así se explica la reacción del espíritu chocarrero ante semejantes manifestaciones. Duda de que tan eminentes caballeros lograrán siquiera una barba revolucionaria tan rala como la de Raúl Castro. Le cuesta trabajo imaginarlos fabricando a las altas horas de la noche, en el rincón más recóndito e insospechoso de la ciudad, cócteles molotov, y menos acomodándolos en las puertas de la Tesorería (que no, por supuesto, en las de sus negó). Y le parecerá indudable que los Galaxe 500, los zapatos ingleses, los *tweeds* escoceses y las corbatas Contessa Mara no resistirían trepar no ya a toda una señora Sierra Maestra, pero ni siquiera al apreciable montículo del Tepeyac.

Ahora bien, cómo es posible que en todo esto haya un mero fingimiento, debe buscarse una explicación. Se ha dado recientemente en citar sin mucha discriminación 22 grupos de citas que demuestran que en el último decenio, 1959-1968, México ha progresado” una barbaridad”, como dicen las zarzuelas españolas. Es decir, estos caballeros se creen revolucionarios porque aman el cambio y porque se juzgan a sí mismos el motor principal de esta admirable transformación.

Sobre el concepto de *revolución* se han escrito muchos libros y mayor número de sesudos ensayo, cuyo resumen sería imposible e inoportuno intentar aquí, sí bien en alguna forma servirán de guía.

Todo entendimiento del concepto de *revolución* comprende, es verdad, el de mudanza; pero desde luego calificándolo con “rápido” y “profundo”. Si una transformación general y de fondo se lleva cien años, no es revolucionaria, como tampoco la simplemente epidérmica por instantánea que resulte. De aquí la primera duda: está bien medir la transformación con el metro de un decenio, que es, efectivamente, breve en la vida de una nación; pero ¿el cambio es tan nuevo y tan profundo como se supone?

Para comenzar la limpieza de conceptos, comparémoslo con el ocurrido de 1911 a 1920. Del antiguo régimen no queda un solo dirigente, desde el jefe del Ejecutivo Federal hasta el último de los alcaldes, a quienes reemplaza un grupo de líderes absolutamente nuevo; muere el ejército profesional y nace un popular; la vieja Constitución liberal caduca y surge una nueva; ninguno de los viejos diarios y revistas subsiste. Económicamente, la poderosa clase terrateniente es borrada del mapa; solo dos bancos logran sobrevivir; hay que rehacer casi en su integridad los servicios públicos de las grandes ciudades y los principales medios de comunicación; vuela el detestado capital extranjero. Socialmente, México pierde un millón de habitantes; se inicia la

reforma agraria y se da la legislación del trabajo, surgiendo al amparo de ellas dos clases sociales de una pujanza antes desconocida. Hay un renacimiento cultural y el país es presa de un nacionalismo que exalta los valores propios en la música y el canto, en la danza y el teatro. Y así consecutivamente.

Se conoce la réplica: “Aquel fue el periodo destructivo de la Revolución. Y desde 1940 estamos en el edificador e institucional”. Precisamente aquí se halla el secreto. En efecto, el elemento de cambio rápido y profundo debe agregarse al final el que acaba de definir el sentido que ha de tener semejante mudanza para ser considerada como propiamente revolucionaria. Debe alterar las relaciones de fuerza entre las clases sociales, de modo que el poderío de la alta sea destruido, rebajado o subordinado, y el de la clase baja engrandecido mediante su emancipación económica y su liberación política.

Siento decirlo, pero ésta es, sin remedio, el sentido *completo*, técnico o científico, de la palabra *revolución*. Juzgados con él, ¿cuál es, de verdad, el decenio revolucionario, el de 1959-1968 o el de 1911-1920? De nuevo siento decirlo, pero, sin remedio, es éste y no aquél. Como acabo de indicarlo, en 1911-1920 dos clases sociales, la popular y la media baja, ambas carentes de poder económico y político, desplazan a la alta, que los había monopolizado durante el régimen de Díaz. En el segundo decenio, la clase superior; siguiendo una tendencia que parte de 1946, ha robustecido visualmente su poderío en detrimento de todas las clases inferiores. Por eso conviene dar otro escobetazo para rematar esta limpieza conceptual definiendo lo que en politología se llama “contrarrevolución”. El régimen contrarrevolucionario es aquel que no puede identificarse con el antiguo porque los separa el tiempo y el olvido que trae consigo; porque usan un lenguaje nuevo y porque sus apariencias son bastante distintas. Pero tampoco pueden identificarse con el régimen contemplado por el movimiento revolucionario inicial, porque, a pesar de conservar mucho de su lenguaje, jamás tomo en serio sus metas esenciales. De hecho, el régimen contrarrevolucionario crea un nuevo estado de cosas para hacer pasar como una síntesis de lo “mejor” del régimen reaccionario caído y de lo “atendible” del movimiento revolucionario frustrado.

Así, puede ponerse a cada uno de estos dos decenios el calificativo que en rigor les corresponde.

Excélsior, 28 de marzo de 1969

Pudores homicidas

Gabriel Zaid

Quisiéramos olvidar lo que pasó en Tlatelolco. ¿Cómo vivir contemplando ese espejo que nos echa en cara tantas muertes? Hay otros homicidas, aparte de quienes dispararon

o embistieron con bayonetas. Y no sólo aquellos cuya participación nunca será investigada. También nosotros quedamos, por supuesto, que en nuestra conciencia no hay nada que investigar.

En México somos incapaces de decirnos, amistosa, respetuosa o al menos inteligentemente, ciertas verdades. No cenemos práctica, no cenemos facilidad. Hacer, recibir o presenciar una crítica, la menor crítica, nos hace sentirnos mal. Nos hace entrar en crisis, y no en la crisis de un replanteamiento (que le daría sentido a la crítica) sino en la crisis de una explosión emocional. Parecería que el mundo se derrumba, que el cielo estalla en “melancolías y cóleras” de insultos, truenos y tempestades; y que corre, no agua, sino sangre, inundándolo todo. Al final, queda, no todo más despejado, como sería de esperarse en un buen proceso crítico, sino todo manchado, rencoroso, infame.

Se comprende que tamaño desastre se evite a toda costa. Que haya hasta cierta delicadeza en matar antes que llegar a estos extremos. No es sólo que tengamos, como pruebas las estadísticas, cierta facilidad para matar, y ninguna para decir ciertas cosas delante de quien pueda ofenderse. Es que, literalmente, sentimos que la crítica es más terrible que el asesinato.

Por eso es tan difícil criticar, amistosa, respetuosa o inteligentemente: el contexto social hace que uno se sienta un asesino por el mero hecho de criticar. Y esta conciencia criminal puede arrastrar, en efecto, al insulto, la mentira o la estúpida negación del otro, que confirman el sentir común de que la crítica es imposible: sólo puede existir como una forma vejatoria y cobarde de suprimir al otro; sólo puede ser la pistola de quienes quieren demostrar que son muy machos sin tener las agallas para matar.

¡Cuánto más decoroso es callar o eliminar al otro de verdad! ¡Qué refinada cortesía puede haber en el homicidio! ¡Si el mundo comprendiera que nuestros homicidios son realmente una especie de pudor!

Alguna relación debe de haber entre las refinadas prácticas de cortesía y las estadísticas de muerte por homicidio en México. Entre el escrúpulo de no tocar “ni con el pétalo de una rosa” a una mujer y el negarle capacidad de discusión. Entre la exquisita evasión de la verdad entre amigos y la violenta negación del otro que llega a suprimirlo. Entre el terror a la crítica y la falta de terror al homicidio.

Somos capaces de ahogar en sangre una discusión, para volver a ser corteses y restablecer la normalidad: la omisión de la verdad ante quienes pudieran sentirse mal. ¿Cómo vamos a herirnos ni con la más remota crítica? ¡Matar, antes que ofender!

Y, recíprocamente, la defensa propia incluye la de un espacio sagrado inviolable, íntimo y “oficial”, que no puede ser amenazado sin suscitar reflejos asesinos. Estamos dispuestos a matarnos antes que a franquearnos. La historia de los compadritos en

la pulquería que pasan del “yo soy tu amigo”, al “yo soy tu hermano”, al “yo soy tu padre”, puede ser una cruel figuración de nuestra historia reciente; a medida que la borrachera abre las puertas de la franqueza, y el franqueo puede volverse hermandad, se produce un terror a la comunicación que lleva de la mano tendida al asesinato.

Nada más asesino que el pudor cuando se vuelve fetichismo. Scheler, que escribió contra el resentimiento disfrazado de moral, defendió el verdadero pudor con un argumento insuperable: El pudor no es un simple convencionalismo (aunque tales convencionalismos existen y van siendo “superados” por otros nuevos). El pudor expresa la conciencia de que el cuerpo es inabarcable; de que el cuerpo es finito, tiene peso, estatura, color, apéndices, orificios, etc., pero es más, mucho más que eso. Por lo cual defender hasta la muerte cierta específica localización del pudor, es la negación misma del verdadero pudor; es un fetichismo (en cuanto la atención se obsesiona en una localización del “espacio sagrado” y parece entonces conceder que lo sagrado es abarcable, que está en “eso”. Ya Nezahualcóyotl decía que “Dios no ha puesto casa en ninguna parte”).

San Agustín defendió el derecho al suicidio de una mujer que fuese a ser violada, aunque dijo también que era excesivo, porque lo sagrado del cuerpo no está en esto o aquello. Hasta hace relativamente poco, muchas mujeres no se dejaban explorar por un médico, aunque el pudor les costase la vida. Y la patria invocada por ciertos pudores nacionales parece estar en ese caso: la muerte antes que el examen de sus entrañas. La muerte antes que tocarla ni con el pétalo de la más remota crítica.

Todo esto surge por *La noche de Tlatelolco*, impúdico libro cuya publicación puede ser signo de mejores tiempos. ¡Qué bueno que no mataran a Elena Poniatowska y que Elena no crea en el chisme, el silencio o los balazos, sino en la publicación!

¡Qué bueno que haya tenido el valor de enfrentarse al espejo de esa noche horrenda, durante meses, durante años, recomponiendo la explosión en la memoria colectiva, recomponiendo el espejo roto en mil pedazos por nuestra furia y nuestro descon-suelo! ¡Qué bueno que tenga el pudor, el verdadero pudor, de hacernos examinar esa herida!

No sanaremos de Tlatelolco mientras no bajemos al infierno de esa noche hundida en la zona de nuestras vergüenzas. Mientras creamos que todo fue una pesadilla que afortunadamente ya pasó. Mientras creamos que la represión y el homicidio son una mancha horrenda nada más de los otros, sin verla en nuestra falsa cortesía, en nuestra falta de valor civil, en nuestro terror de tocar, ni con la más remota crítica, a nadie, desde nuestros íntimos hasta los personajes públicos. Mientras la crítica no pueda ser más que chisme, insulto, balazos o autocrítica desde arriba.

Tomado de *Cómo leer en bicicleta*

De la Madrid, antifaz

Manuel Buendía

En junio, a pocas semanas de su inauguración como secretario de Programación y Presupuesto, don Miguel de la Madrid Hurtado invitó a comer a un grupo de comentaristas. De pronto, uno de ellos le hizo la pregunta que estaba en la mente de todos: “Ideológicamente, ¿cómo se define usted?”

La respuesta resultó inolvidable: “Yo tampoco quiero definirme ideológicamente”, dijo el nuevo secretario, sin alterar un músculo del rostro, ni perder la tesitura.

Tres meses después, empero, el secretario del antifaz, sin haber modificado un ápice su horror a la luz de la información pública, se siente ya en aptitud de denostar a quienes por “ceguera nacionalista” (sic) critican al gobierno desde posiciones de “daltonismo numérico” (oh, sic).

De algún modo, el señor De la Madrid se creyó convocado a aprovechar la oportunidad de dar gran lanzada al moro muerto, o de hacer leña de un árbol presuntamente derribado el 1º de septiembre.

Pero fue más allá. Como si percibiera que el tropical escenario —Villahermosa, 6 de septiembre, 35 grados a la sombra—, se prestaba para hacer alguna aportación sensacionalista, descubrió que existe una especie de complot contra el gobierno, dirigido quizá por guerrillas de ciegos nacionalistas o comandos de daltónicos numéricos.

“¡Nos tratan de provocar para que dejemos de informar!”, exclamó el señor secretario, en pleno arrebató de un neomacartismo de corte absolutamente original, habrá que reconocérselo. No agregó, sin embargo, el estentóreo llamamiento que hubiera soñado lógico: “¡A las barricadas de la desinformación! ¡Síguenme los buenos!”

En cambio, don Miguel estimó más oportuno continuar haciendo honor a su nombre de arcángel, y dedicó un gallardo acto de fidelidad a quien seguramente no lo necesitaba en ese instante, tanto como un buen vaso de agua fresca: “Señor presidente, creo que su fe en la razón humana y en la democracia como sistema de gobierno, nos ponen a prueba de estas provocaciones”.

Este distinguido miembro del octavo coro de los espíritus celestes —como se define a los arcángeles, pues— había hablado de “quienes incorporaron la aritmética a su propia amargura”; “quienes solamente ven los números rojos”; “quienes haciendo interpretaciones sesgadas o parciales, etcétera”. La vieja retórica de las generalizaciones.

Pero cuando algunos reporteros le pidieron que sustituyera por nombres propios los pronombres personales, el señor secretario no tuvo nada que decir, y así, esto quedó en una embestida contra molinos de viento y, a lo más, como una triste exhibición de oportunismo político, apenas concebible en una personalidad a la que se habían atribuido ponderación y estatuto intelectual.

Pero independientemente de que el señor secretario sea de los que ven el daltonismo en el ojo ajeno pero no el astigmatismo en el propio, ¿qué se puede decir de él como político? ¿Habría alguien que se atreva a quitarle el antifaz antes de que suenen las campanadas de la medianoche? ¿Tendría alguna utilidad pública que esto se hiciera?

Siempre será interesante —y aun revestirá importancia— que los sectores de opinión sepan algo de las ideas que animan el quehacer político de aquellos funcionarios en cuyas manos están decisiones de magnitud tal, como las que asume el secretario de Programación y Presupuesto, parcialmente responsable de orientar y ejecutar la aplicación del dinero reunido por los impuestos. De lo que haga en un sentido u otro, depende que marchen o se atasquen ciertos programas del gobierno como totalidad.

Su antecesor, por ejemplo, fue severamente cuestionado en una reunión de gabinete porque detuvo un programa en favor de las zonas marginadas. Por tanto, lograr que se defina políticamente el señor secretario de Programación y Presupuesto —o definirlo, a pesar de los problemas del daltonismo— es algo más que un desafío académico para los buenos aficionados al género policiaco o a la oftalmología: es una urgente tarea de servicio a la nación.

Cuando el 18 de julio de 1978 se designó al entonces subsecretario De la Madrid como orador a nombre de los Tres Poderes de la Unión en el aniversario de la muerte de Juárez, los observadores anotaron el hecho como algo que en términos taurinos se llamaría “alternativa prematura”. En esa fecha, algunos consideraron bueno el discurso y otros como agua de borrajas. Un año después, según suele ocurrir con algunos doctorados en tauromaquia, los buenos aficionados recuerdan más al toro que al torero, es decir, siente que éste anduvo por abajo de la oportunidad.

Hasta la mitad de aquel discurso, De la Madrid se dedicó a manejar un liberalismo asaz cómodo, nada comprometedor; excepto quizá con algunos buenos coscorriones líricos a la Iglesia. Pero cuando se esperaba que asentara definiciones torales respecto a la política actual... hizo “la graciosa huida”. Ni entonces ni ahora, pues, estaría resuelto a actuar sin embozo.

Este colimense, nacido en el guadalupano 12 de diciembre de 1934, obtuvo el título de abogado a los 23 años, pero su tesis —Pensamiento económico de la Constitución de 1857— mostró una precoz inclinación por disciplinas que no eran estrictamente el ejercicio simple de la abogacía.

En efecto, ya para entonces había conseguido un empleo en el Banco de Comercio Exterior. Posteriormente, una maestría de Harvard en administración pública le permitiría adquirir un *charm* particularmente significativo en los tiempos actuales.

La década 1960-1970, sin embargo, habría de resultar más definitiva en la vida de este joven, inteligente aunque tal vez astigmático funcionario; y está por verse si también resulta de iguales consecuencias para el país.

Precisamente en 1960 había llegado a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público don Antonio Ortiz Mena, el artífice del gran enganche de la economía mexicana a los intereses del capitalismo internacional. Igual que una enorme masa astral convoca a planetas y planetoides, y los somete a las leyes precisas y perdurables de un sistema autónomo, así, jóvenes brillantes como Miguel de la Madrid Hurtado, pasaron a formar parte del sistema cuyo sol se llama Antonio Ortiz Mena.

Un sol que calienta y vivifica. De la Madrid ocupó un cargo de asesor en el Banco de México, y luego, en 1965, a los 31 años de edad, sería nombrado subdirector auxiliar de Crédito en Hacienda. Así se inició una verdadera carrera política; una de esas carreras que parecen sustentadas por algo superior. Algo que está por encima de los avatares de cada sexenio político en este país llamado México. Algo que ni siquiera se corresponde con las normas, las reglas o los términos de medida de este corto espacio latinoamericano.

Pero, ¿será verdad que De la Madrid Hurtado tiene algo que ver con el Desarrollo Estabilizador, sobre el cual Ortiz Mena lanzara una histórica proclama en 1969, y del cual tan desfavorablemente se ha expresado el presidente López Portillo?

¿Tendrá algún sentido periodístico —para este periodismo crítico, daltónico, tan insoportable y denostable— averiguar algo al respecto?

Pudiera ser. Pero no es tarea fácil, sobre todo cuando un funcionario se ha propuesto no mostrar su verdadero rostro político.

Tomado de Omar Raúl Martínez,
Manuel Buendía en la trinchera periodística..., pp. 282-283

México en dos

Federico Cambell

Pinocho seguía durmiendo roncando,
como si sus pies fueran de oro.

CARLO COLLODI
Las aventuras de Pinocho

Supongo que cada quien tiene su modo de vivir el país y sus tragedias. Hay muchos Méxicos pero están en éste. Hay por lo menos 33 Méxicos, y tantos como cada mexicano quiera inventar el México que le convenga o satisfaga sus necesidades imaginativas, políticas, o propagandísticas. El mediodía del martes 4 de enero de 1994, por ejemplo, le pregunté al chofer del taxi que me llevaba por la avenida Madero cómo veía la situación de Chiapas y me contestó “Perdón, ¿qué es lo de Chiapas?”

Me sentí como enfrente de aquel señor al que se le está incendiando su casa por atrás y él está en el porche muy a gusto en su mecedora. Y tuve la triste sensación de que una gran parte de los mexicanos (por sus conversaciones, por sus comentarios), a más de 72 horas de los acontecimientos en Chiapas (la toma de San Cristóbal de las Casas, Altamirano, Ocosingo, por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional) no se habían enterado. Porque no leen periódicos, porque no les interesa, o porque no perciben la gravedad y la trascendencia de los hechos.

Otras personas, muchas, me dieron la impresión, estando enteradas, de que no les preocupaba tanto, que no le daban tanta importancia, pues eso sucedía muy lejos y pronto sería conjurado por la vía militar porque no era más que la rebelión de unos inditos manipulados. No captaban el cambio de coloración en todos los grandes temas nacionales, la nueva percepción de los tres candidatos a la presidencia (Colosio se volvió un fantasma indistinguible de Diego y de Cuauhtémoc), el mentís al neoliberalismo que también ha fracasado en la Inglaterra de la Thatcher y en los EU de Reagan y Bush.

Sentí que vivíamos en dos Méxicos, no sólo en la bipartición geográfica del país escindido en el sureste miserable y despiadadamente explotado, y el norte norteamericanizado y criollo, sino en dos estratos de la conciencia nacional: el México que le duele a unos y el México que a nadie le importa.

Además, por el sistema de la mentira y el discurso esquizoide (Patrocinio González Garrido, secretario de Gobernación, dice que se abrirán los archivos de 1968 y después se echa para atrás, el secretario de la Defensa dice que los soldados no dispararon contra los estudiantes en 1968 y reinventa la realidad con un montaje videomanipulado), uno tiene la sospecha de que vive en un país desmembrado, sin conexiones,

sin vasos comunicantes, sin ligamentos entre las rodillas y los codos, sin arterias entre las extremidades y el tronco, entre la cabeza y el pecho, una especie de Pinocho tirado sobre una cuneta de la carretera. Si alguien aplasta un dedo, el resto del organismo no reacciona. Así sucedió con el cuerpo de Pinocho cuando dormía y se le quemaron los pies de madera.

Pero Chiapas vino a pegarle a boca de jarro al programa de Solidaridad y a todas sus derivaciones propagandísticas. Fue una pedrada, como dijo alguien, en la mera frente del salinismo. Vino a demostrar que la sociedad es una caja de sorpresas, un organismo impredecible, y que no se puede controlar el futuro ni la realidad con la propaganda televisiva. El sistema de la mentira, tarde o temprano, termina por caerse como un costal de piedras.

El narcisismo del poder ha incurrido en una regresión tan infantil que ha creído que se puede programar el porvenir a través de la propaganda, es decir, a través de Televisa y Sus nuevas 62 repetidoras (para eso se las dieron). Pero, como ya se ha visto, el México de Zabludovsky no es el México de Juan Rulfo. El México oficial —prefabricación del poder por medio de la propaganda— no es el mismo que el México real.

Ciertamente, la propaganda no es mala apuesta para conservar el poder a toda costa, pero, como lo ha demostrado la rebelión en Chiapas, con los pueblos nunca se sabe por dónde va a saltar la liebre. No es lo mismo el México que José María Córdoba (el asesor presidencial en 1994) ha tenido en la cabeza que el México de San Cristóbal de las Casas.

Otra noche, para mayor abundamiento en el tema de la esquizofrenia nacional, ese zorro de la propaganda política de cuyo nombre (Jacobo Zabludovsky) nadie quisiera acordarse decidió que los transgresores no eran mexicanos. Con su fingida “naturalidad”, JZ24 hablaba del ejército mexicano para referirse a las fuerzas regulares, como cuando durante la guerra civil española Franco se refería a sus tropas “nacionales” o españolas” mientras los demás eran los “rojos”.

¿Quién está detrás?” fue otra de las directrices propagandísticas que siguió JZ24. El obispo de Cuernavaca y el poeta Jaime Sabines también se preguntaron quién está detrás. Pero ¿quién está detrás de Jacobo Zabludovsky? ¿Por qué nadie se pregunta quién está detrás de Jaime Sabines y del obispo de Cuernavaca?

Los criollos blanquitos de la capital ni siquiera concedemos a los indígenas la capacidad de rebelión y aquí resurge nuestro soterrado racismo de toda la vida. Es decir, no les concedemos la calidad de personas ni de hombres. Son inditos. Sólo si alguien los manipula son capaces de ser.

Por eso a veces, al leer los periódicos y sufrir la televisión desinformativa de Azcárraga,

uno siente que las partes del cuerpo nacional están desarticuladas. El brazo de la Baja California se vive como una prótesis apenas enganchada en la clavícula de Sonora. Hay una columna vertebral que corre con todas sus articulaciones y nervios como el ferrocarril de México a Chihuahua —con vagones rotos, sin mantenimiento—, pero que no une las partes.

No se toca el peroné de Quintana Roo con el fémur de Campeche ni con la rótula de Yucatán. No hay ligamentos. No hay vasos comunicantes. Las costillas de Durango y Zacatecas andan volando tanto como las costillas colgantes de Aguascalientes, y no hay esternón que las sostenga. El íliaco del DF está solo como una isla, con su red de agujeros, Su concentración de poder y de soberbia, su descomposición de lugar. Solo, allí arriba y al centro, 2,750 metros sobre el nivel del mar, el poder se afantasma incuestionable y sagrado, único, en una planicie de la —entre nata de smog— su dedo para que asoma inventar un México inexistente.

Proceso, 1994

En torno de las “privatizaciones”

Carlos Castillo Peraza

¿Cuánta “soberanía” ha perdido Alemania, España, Inglaterra, Francia o Estados Unidos por el hecho de que la generación de energía, las telecomunicaciones o la industria petrolera hayan sido dejadas en manos de los particulares? Al parecer muy poca o ninguna, dado que se les conoce como “potencias”, se les llaman así y, en efecto, lo son. Los Estados, en esos países, en cambio, prestan servicios públicos eficientes —o al menos mucho más eficientes de los que prestan sus análogos “soberanistas”— a sus nacionales. Es en la nación y para los nacionales que comienza la soberanía. Estado que no es soberano dentro, no lo es fuera. Y mal puede llamarse tal el Estado que no puede ejercer su imperio en el interior de su propio país.

Algunos casos recientes muestran la infrasoberanía del Estado mexicano en el territorio nacional. Dejemos de lado —conscientes, empero, de la gravedad de los hechos— las parcelas de éste a las que no puede entrar la policía, como son algunos barrios de la ciudad de México sometidos al poder de la delincuencia, y de los que se expulsa con violencia a cualquier autoridad. Veamos qué sucedió esta semana en la capital de la república y, para ser más exactos, en las colonias Minas de Cristo y Francisco Villa.

En la primera, un menor de edad fue asesinado a puñaladas el domingo 9 de mayo. En la segunda, menos de 72 horas después del crimen, el padre del chico apuñalado, con la ayuda de algunos amigos y vecinos, encontró a los criminales y llamó a la policía para

que los detuviera. El ejemplo muestra que un grupo de particulares, sin entrenamiento ni equipo especial ni armas, fue tan eficaz como el conjunto de la fuerza pública —armada, con vehículos dotados de computadoras, helicópteros— que halló a quienes robaron el automóvil de la señora Amalia Solórzano viuda de Cárdenas. El trabajo de los “privados” no le costó un centavo a los contribuyentes. Y algo semejante puede decirse de la solución dada por entidades o grupos no gubernamentales ni estatales a diversos casos de secuestro, para los cuales no ha demostrado eficiencia alguna la autoridad.

De lo público de la generación de energía eléctrica puede discutirse. La experiencia muestra —no la teoría ni menos la ideología— que a veces conviene a los nacionales que esté en manos del Estado y en ocasiones en los particulares. Pero del carácter público de las labores de seguridad pública no se puede dudar. Y no se ve manifestación alguna contra la proliferación de compañías privadas que garantizan la tranquilidad de personas, instituciones y empresas, a las que las fuerzas del orden son incapaces de asegurarles vida, libertad o bienes. ¿Qué es, qué soberanía ejerce un Estado que no puede brindar a los ciudadanos servicios de seguridad pública ordenados y coordinados por el gobierno legítimo? Tal Estado y tal soberanía no son más que sus respectivas caricaturas. Y el que no puede con lo menos, tampoco podrá con lo más: ir a vociferar ante organismos internacionales el carácter soberano de una nación en la que los padres tienen que buscar y encontrar a los asesinos de sus hijos, o en el que el costo de la seguridad privada puede elevar los precios al consumidor en un porcentaje elevado, es hacer el ridículo.

Y si la Universidad Nacional Autónoma de México es, para sus huelguistas, una institución del Estado, ¿por qué son grupos de particulares los que deciden quién entra y quién sale de sus instalaciones, quién puede ir a clases y quién es libre de inscribirse y presentar exámenes? Y si en verdad es del Estado, ¿por qué llamarla “autónoma”? Y si es autónoma, ¿por qué no puede determinar sus cuotas? Y si las cuotas son anticonstitucionales, ¿qué respeto nos merecerían los rectores que permitieron el cobro de colegiaturas, como Ignacio Chávez o Pablo González Casanova, Javier Barros Sierra o José Sarukhán, y por qué no se les lleva a juicio si aún están vivos?

El uso de superficies claramente públicas —aceras, calles, parques, etcétera— para instalar puestos de particulares dedicados al comercio de cuanto se puede imaginar, ¿no es una privatización de lo más público entre lo público, es decir, las vías y los espacios públicos? Los cobros por estacionamiento de vehículos y protección de estos que desde que Dios amanece hay que pagar en las calles de la ciudad de México, ¿no son otra privatización de las áreas públicas y de la seguridad pública? Si nuestros impuestos hacen posible calles, aceras y parques, ¿por qué el uso de estos se nos cobra además de aquéllos? Si nuestras contribuciones sostienen a la policía, ¿por qué nos ha de costar cuidar de nosotros mismos, de nuestras familias y de nuestros bienes? Estamos en el peor de los mundos: pagamos por lo público que no sirve y tenemos que pagar por lo privado para suplir las ineficiencias de lo público. Pagamos la inefi-

ciencia estatizada y pagamos la privatización de la eficiencia. Pagamos lo público y lo privado, pero contamos con lo privado y no con lo público. Y no es un daño menor —en este galimatías— el resultado de esta barbarie: la pérdida de la conciencia y de la aceptabilidad de lo público, la incorporación de esta esquizofrenia a la cultura política que se resigna a pagar lo público a sabiendas de que no sirve y a pagar lo privado para contar con algo. De allí que nadie quiera pagar más impuestos: no le quedaría con qué cubrir los gastos que implica cubrir aquéllos y comprar, además, a un particular los servicios que ya pagó por medio del fisco.

No es poco mal común esta destrucción de la conciencia de lo público. No la confusión intelectual, moral y política que de ella se sigue y sobre la cual navegan los discursos de nuestros políticos y nuestros gobernantes que así se aseguran puesto, clientela, sueldo y reflectores. Son ellos los que se benefician de los dineros públicos y de los servicios privados. Con aquéllos, se les pagan sus salarios. Con la concesión ilegal de éstos, se aseguran sus contingentes privados de presión y chantaje, y los votos a la hora de la hora.

Proceso, núm. 1176, 15 de mayo de 1999

Setenta años del PAN

Miguel Ángel Granados Chapa

Hace 70 años fue fundado el Partido Acción Nacional, al cabo de una convención reunida los días 14, 15, 16 y 17 de septiembre en el Frontón México —edificio situado en la Plaza de la República, a un costado del monumento a la Revolución—, cuyo abandono podría ser señalado como metáfora de la venida a menos del proyecto inicial de esa organización.

La personalidad de los dos fundadores más relevantes del panismo se reflejó en la identidad del partido. Manuel Gómez Morín era un político, había contribuido a la construcción del Estado mexicano moderno, conocía el interior del gobierno y, como rector de la Universidad Nacional, había ejercido la política del poder. Efraín González Luna, por su parte, era un intelectual de sólida formación católica. Uno encabezó el partido directamente durante su primera década e hizo sentir su influencia durante los diez años siguientes. El otro fue su primer candidato presidencial, uno de los siete que sin fruto bregaron por acceder al Poder Ejecutivo hasta que Vicente Fox y Felipe Calderón lograron hacerlo.

Gómez Morín creyó de modo firme en el papel activo del Estado en la economía. Fue en gran medida autor de los proyectos legislativos que crearon el Impuesto Sobre la Renta y el Banco de México, de cuyo Consejo de Administración fue el primer presi-

dente, clara señal de que no era tenido como un simple amanuense de los generales que mandaron en el país durante los años veinte. Cuando Vasconcelos demandó su apoyo en la campaña electoral de 1929, Gómez Morín respondió en una carta rehusando participar en una movilización social que se agotaría en sí misma, por estar determinada por un hombre, y argumentando la conveniencia de carácter permanente e institucionalidad a la oposición. Diez años después de exponer esas consideraciones, las convirtió en realidad. Contó para ello con el pensamiento católico aportado a su iniciativa por González Luna, que en la capital de Jalisco encarnaba la postura social de la Iglesia y era tenido como Satanás por la derecha ultramontana que fundó la Universidad Autónoma de Guadalajara practicante de un integrista contrario a las bases de espiritualidad cristiana que animaron al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, ITESO, creado por los jesuitas para dar a su educación elitista un sello social derivado de encíclicas papales como la *Rerum Novarum*.

A partir de esas fuentes, el PAN se situó frente al régimen. Nació al año siguiente de la expropiación petrolera y del desafío personal del presidente Cárdenas al conservadurismo empresarial regiomontano. Como respuesta a las protestas patronales por el apoyo gubernamental a los sindicatos y las huelgas, Cárdenas demandó de los empresarios que, si estaban cansados, entregaran sus establecimientos a los trabajadores. Contra esa política, y contra el reparto agrario nació el PAN. Si bien sus cuadros provinieron en amplia medida de agrupaciones juveniles católicas, como la Unión Nacional de Estudiantes, no es caricatura señalar la influencia empresarial en la fundación y primeros años del partido. Sus documentos básicos fueron redactados en el Banco de Londres y México, y uno de sus primeros diputados federales, Antonio L. Rodríguez, dirigía el centro bancario de Monterrey. Pero esa influencia fue acotada y mantenida a raya por los fundadores. No fue casual que sólo tras la muerte de Gómez Morín, en 1972, se expresara el conflicto entre los doctrinarios y los pragmáticos.

Con diversas modalidades ese dilema interno se reprodujo varias veces. No es casual, por ello, que tres personajes tan relevantes que fueron candidatos presidenciales y jefes del partido se apartaran de él José González Torres presidió al PAN de 1959 a 1962 y en 1964 fue el opositor a Gustavo Díaz Ordaz, Efraín González Morfín desempeñó esos papeles en orden inverso. Fue candidato presidencial en 1970 y líder del partido en 1975. Pablo Emilio Madero fue también candidato presidencial, en 1982, antes que dirigente nacional del partido, de 1984 a 1987. Los tres renunciaron a su militancia panista: González Morfín, hijo de González Luna, en 1978, junto con Raúl González Schmal, que había sido secretario general, y Mauricio Gómez Morín, hijo del otro fundador insigne del partido. Por su parte, González Torres y Madero Belden se fueron en 1992, con otros miembros del Foro Doctrinario y Democrático, entre los cuales se encuentran Jesús González Schmal y Bernardo Bátiz, ambos secretarios generales.

También renunció a ser panista otro ex presidente nacional de ese partido, Carlos Castillo Peraza, que prohijó políticamente a Felipe Calderón, a quien nombró secretario

general del partido y, al declinar su reelección en 1996, lo impulsó a sucederlo. Quizá no es casual que el propio padre de Calderón, Luis Calderón Vega, terminara sus días apartado del partido al que dedicó décadas enteras de generosa militancia.

Al cabo de muchas vicisitudes, la inspiración doctrinal del PAN se ha diluido, superada por el crudo pragmatismo que Calderón resumió en su fórmula de arribar a la Presidencia “haiga sido como haiga sido”. Sin embargo, aun sus críticos más encarnizados no ponen en duda el papel que en la construcción de la democracia electoral asumió el PAN, tanto por la pertinaz participación de candidatos que —como Calderón Vega mismo— hacían campaña a sabiendas de que los esperaba la derrota, como en la generación de las condiciones legales y políticas que permiten el libre ejercicio del voto.

En <<http://www.etcetera.com.mx/articulo.php?articulo=1419>>

Estrategia integral

Miguel Ángel Granados Chapa

Veinticuatro horas después de ufanarse en Japón de su política de seguridad pública, el presidente Calderón tuvo que anunciar, ante la rotunda y cruenta evidencia del fracaso de esa política, que se dispone a iniciar una estrategia integral para combatir a la violencia criminal. Los cadáveres de los 16 muchachos asesinados el domingo en Ciudad Juárez son una rotunda exigencia que Calderón no pudo soslayar, aun a la distancia.

Era tan evidente la necesidad de mudar el modo de enfrentar a la delincuencia organizada en aquella ciudad fronteriza —y en todo el país, donde en enero murieron a balazos casi mil personas, la mayor cantidad en un solo mes en la trágica historia de la narcocriminalidad— que hasta Francisco Ramírez Acuña, el presidente de la Cámara de Diputados —ex gobernador de Jalisco, ex secretario de Gobernación—, la había preconizado, en declaraciones que siguieron a su lectura de una condena de la Comisión Permanente del Congreso a ese horrendo crimen. Nervioso quizá por la severidad del momento, o ignorante de la palabra que debía leer, Ramírez Acuña incurrió en un desliz que lo condujo a una terrible premonición. En vez de decir que la matanza de Juárez se había perpetrado, leyó perpetuado, en un involuntario augurio que es deseable no se cumpla. La inseguridad en aquella frontera, el atroz dolor de los deudos de los muchachos que se divertían como cumple a su edad y fueron destrozados a balazos, no debe perpetuarse, ni siquiera permanecer. Ha de ser exterminada antes de que Juárez se convierta en una ciudad fantasma, llena de domicilios abandonados como una de las casas donde se realizaba el domingo la fiesta que terminó en tragedia.

Calderón no pudo presentar su reacción ante esa matanza como el comienzo de una nueva estrategia, porque no hace ni un mes que se había anunciado esa otra estrategia, al reconocer que la numerosa presencia militar no sólo no había conseguido disminuir la criminalidad violenta, sino que ésta creció, como aumentaron también las denuncias y quejas por el comportamiento de soldados y policías. Por eso fue preciso que el enunciado de lo que ocurrirá acudiera a la adjetivación. Ahora la estrategia será integral, porque el problema que se busca encarar no es solamente delincencial y, por lo tanto, susceptible de ser abordado con instrumentos y criterios policiacos, sino que es social y deben ser aplicados remedios correspondientes a esa hondura y alcance. No sabemos todavía de qué se trata, pues el Ejecutivo tras admitir que “el problema rebasa con mucho la mera acción policiaca”, anunció que en próximos días se “fortalecerá y detallará con amplitud el contenido de esa estrategia integral”.

Si alguna esperanza despierta el reconocimiento de la complejidad del problema y su abordamiento también por caminos no limitados a la fuerza legítima del Estado, el leve optimismo que causa el aviso de la estrategia integral debe atenuarse con el recuerdo de que hace 35 meses, casi tres años, apenas tres meses después de iniciada esta administración, el propio Calderón anunció un programa denominado Estrategia Integral para la Prevención del Delito y Combate a la Delincuencia. Preocupa y atemoriza que tras el largo tiempo transcurrido se tenga que utilizar de nuevo una denominación cuyo uso quizá fue olvidado, así de ineficaz fue, por quienes debían aplicar la política respectiva.

Asomarse a la estrategia integral anunciada el 7 de marzo de 2007 significa comprobar que la lucha contra la delincuencia organizada ha sido más mediática que real, destinada más a crear un ánimo público creyente en la capacidad estatal de contener al crimen, que a efectivamente reducirlo, en su doble sentido de achicarlo y mantenerlo a raya. Salvo quizá la creación de la Plataforma México, un sistema de información del que se ufana un día sí y otro también el secretario de Seguridad Pública, como si contar con un instrumento implicara automáticamente obtener provecho de él; salvo ese logro, todo el resto de la estrategia integral de aquel momento se muestra hoy como pura palabrería. Se anunciaba entonces, por ejemplo, la realización de campañas contra las adicciones, que no se efectuaron, o si lo fueron carecieron de eficacia, pues la demanda de drogas en México ha crecido, estimulando de ese modo la oferta que se abre paso de cualquier modo para llegar a los consumidores. Se hablaba también de mejoría de las corporaciones policiacas mediante controles de confianza, cuya ausencia permitió a más de un comisionado de la Policía Federal Preventiva cometer delitos. Hoy mismo, en la dolida Ciudad Juárez hay denuncias de extorsión practicada por miembros de ese cuerpo, que tratan de vender la protección que están obligados a prestar.

Otra evidencia de esa frustrada estrategia integral fue que incluía la creación y difusión de una cultura de la legalidad. Año y medio más tarde, en agosto de 2008, la

misma expresión ocupó un lugar preferente en el Acuerdo Nacional por la Seguridad, la Justicia y la Legalidad, adoptado reactivamente ante la indignación de un segmento de la sociedad lastimado por secuestros que terminaban en asesinatos.

A la falta de memoria de la administración federal que recicla enunciados que se olvidaron, se agrega la falta de sensibilidad política del PRI o su desdén por los ciudadanos. Víctor Valencia, secretario de Seguridad Pública de Chihuahua, el estado tristemente campeón en violencia criminal, busca ser ¡alcalde de Ciudad Juárez!

<<http://www.etcetera.com.mx/articulo.php?articulo=2893>

La calamidad de lo público

Jesús Silva-Herzog Márquez

¿Podemos hablar todavía de desastres naturales? ¿Podemos hacernos los sorprendidos por la violencia con la que nos atacan ciclones, huracanes, terremotos? No digo, ni por asomo, que hayamos sido capaces de expulsar lo imprevisible de nuestras vidas. No sugiero que el azar sea una reliquia y que la ciencia nos haya transportado a un sitio en el que todo queda bajo el poder del cálculo. La vida humana, sea individual o colectiva, está marcada constantemente por imprevistos. El accidente, tal vez más que nuestra agenda, dispone los acontecimientos cruciales de nuestra experiencia. Lo que pregunto es si resulta válido a estas alturas lamentar la devastación y la muerte de los huracanes recientes como si fueran sorpresas de la naturaleza, imprevistas interferencias sobrehumanas sobre las cuales no habría preparación ni defensa suficientes. Cuando hablamos de las desgracias recientes como si fueran desastres naturales asumimos que son azotes de la mala suerte. No dejaba de llover y se desquició el pueblo... Lo que hemos padecido no es resultado de la naturaleza sino el producto de nuestra política.

Voltaire podía reflexionar sobre el mal y el torcido diseño del mundo al percatarse de la destrucción de Lisboa, tras el terremoto de 1755. No: no todo iba bien como proclamaban los optimistas. El universo es un agregado de desventuras. Hay que reconocerlo, decía Voltaire: “el mal está en la tierra: su principio secreto nos queda desconocido”. No creo que nos lleve muy lejos hablar ahora de la teología del infortunio. Nos corresponde, más bien, hablar de la irresponsabilidad humana frente a los poderes destructores de la naturaleza. Las catástrofes son desgracias de causa natural: siniestros que escapan al control humano. Muy distintas son las calamidades, dice el filósofo del derecho, Ernesto Garzón Valdés. Las calamidades tienen autor: son resultado de lo que hacemos, de lo que dejamos de hacer. No hemos padecido una catástrofe: lo que ha devastado puertos, ciudades, caminos, puentes; lo que ha matado a cientos es la calamidad de lo público.

Es casi imposible encontrar una desgracia mexicana, sea pequeña o grande, que no haya sido incubada en corrupción. No me refiero aquí al efecto económico de la corrupción, al costo de este impuesto perverso. Me refiero a su impacto más devastador, a la ruina material que provoca, al costo que puede tener en vidas humanas. Las historias se repiten una y otra vez. Aquel incendio en el que murieron decenas de jóvenes fue en un bar que no tenía salidas de emergencia. El dueño había sobornado al inspector. El edificio que se vino abajo no cumplía con el reglamento de construcciones. La delegación selló el permiso. El puente que se desplomó con las lluvias se construyó con materiales de tercera. El gobernador tenía prisa para inaugurarlos. Los huracanes recientes han repetido la historia. No hay ninguna sorpresa: se urbanizan zonas inhóspitas; se construye con basura; se traza sin planeación. Unos hacen negocio, otros mueren.

Sabemos bien que el calentamiento global nos ha hecho más vulnerables y que nos exige decisiones atrevidas y costosas: reubicación de poblados, reforestación, grandes obras de ingeniería hidráulica. Complejísimas mudanzas que no tienen el estímulo de la gratificación política inmediata. Pero, antes de esas ambiciosas medidas de adaptación, la tarea política esencial es la de siempre, la tarea siempre pospuesta: el asentamiento de una legalidad estricta. Si la naturaleza nos azotará cada vez con mayor ferocidad, debemos evitar que la corrupción conspire con ella.

La corrupción asesina. Comprar un permiso es jugar con la vida. La corrupción, dijo Gabriel Zaid en un ensayo brillante, es la “propiedad privada de las funciones públicas”. En efecto, la corrupción es la derrota de lo público, la subasta del interés común. Pero eso podría llegar a parecer inocuo. Desagradable, tal vez, pero inofensivo. Bajo el discurso de moda, lo público es lo de nadie, lo que nadie tiene interés en cuidar; eso que a nadie importa. Pero lo público es, a fin de cuentas, condición de existencia en sociedad, requisito a veces, de sobrevivencia: el suelo que pisamos, las paredes y el techo que nos resguardan. Nuestro régimen de corrupción nos sitúa, por lo tanto, en una intemperie artificial que nos hace extraordinariamente vulnerables a los caprichos de la naturaleza o los accidentes de la vida. La comercialización de lo público no es sólo el menoscabo de un patrimonio común, que a veces consideramos distante; la lesión del interés general que, en ocasiones, se percibe etéreo. En la corrupción está el esmero con el que preparamos la calamidad por venir.

En Andar y ver. El blog de Jesús Silva-Herzog Márquez

Coyuntura crítica

Lorenzo Meyer

CADENA

La brutal, la salvaje respuesta de una policía municipal a la actitud revoltosa pero finalmente inerte de unos estudiantes en una ciudad de poco más de 140 mil habitantes (Iguala), en un estado (Guerrero) que tiene el más alto índice de marginación (Conapo, 2010), ha detonado una crisis mayúscula en el régimen político mexicano. Y es que la tragedia de Iguala, unida a la incapacidad del gobierno federal para resolver de manera creíble el caso de seis muertes y 43 desapariciones, aunado al asesinato en Tlatlaya de 15 prisioneros por parte del Ejército unos meses antes, más el escándalo desatado alrededor de dos lujosos inmuebles en las Lomas de Chapultepec asociados a la esposa del presidente de la República y a la adjudicación de un contrato —ahora cancelado— para construir el ferrocarril México-Querétaro son los últimos eslabones de una larga e histórica cadena de agravios que la clase política ha infligido a la sociedad mexicana.

Es contra el interminable rosario de humillaciones construido con abusos, corrupción, impunidad e ineficiencia de la élite del poder, que la sociedad mexicana está manifestando hoy un enojo acumulado.

SORPRESA

La crisis hizo su arribo de manera sorpresiva, justo cuando el gobierno de Enrique Peña Nieto (EPN) parecía estar “salvando a México” (*Time Magazine* dixit) y empezando a cosechar los frutos de su “Pacto por México” con la oposición. Con ese pacto, logró con sorprendente facilidad alcanzar en menos de dos años lo que el PAN no pudo en dos sexenios: cambiar el artículo 27 constitucional para dar acceso al gran capital nacional e internacional a la riqueza natural más valiosa, estratégica y no renovable de México: los hidrocarburos. Esa reforma histórica fue negociada exclusivamente con y en la cúpula del poder, dejando a la sociedad como simple espectador. A este primer éxito se supone deberán seguir otros: que el PRI obtenga en las elecciones de 2015 una proporción significativamente mayor al 38.15 por ciento de los votos del 2012, para finalmente alcanzar el tercer objetivo: controlar la Presidencia más allá del 2018. ¿Hasta qué punto los acontecimientos actuales pueden interferir con ese proyecto? Ésa es hoy la gran incógnita.

DESEABLE PERO NO PREVISIBLE

Lo deseable, pero poco probable, sería que el horror de Iguala y la movilización social que ha provocado más la inconformidad acumulada pudieran transformarse en

una “coyuntura crítica” en el sentido que dan al término Daron Acemoglu y James Robinson en *Por qué fracasan los países* (Barcelona: Crítica, 2013). Este tipo de coyunturas son acontecimientos de gran calado que perturban los equilibrios político y económico de una sociedad, y que por ello tienen el potencial de provocar un cambio institucional que desemboque en un nuevo arreglo social (p. 502).

EJEMPLOS POSITIVOS

Acemoglu y Robinson toman coyunturas críticas de gran magnitud histórica y examinan sus efectos igualmente espectaculares, como el descubrimiento de América, los cambios que trajeron las nuevas rutas comerciales entre Europa y Asia o la Revolución francesa. Pero esa idea de coyuntura crítica también puede aplicarse al plano local. En el siglo XIX, por ejemplo, la invasión francesa a la Península Ibérica abrió la posibilidad de hacer de la Nueva España y de otros componentes del imperio español naciones independientes. En la segunda mitad del siglo XIX, el fracaso del proyecto francés en México pudo transformarse en el triunfo y consolidación del proyecto liberal.

En el siglo XX, la primera guerra mundial fue la coyuntura que aumentó el grado de libertad que México tuvo para dar forma a una nueva Constitución sin que Estados Unidos o Europa pudieran impedirlo. La segunda guerra mundial fue otra coyuntura que aceleró la industrialización del país.

EJEMPLOS NEGATIVOS

Desafortunadamente, las coyunturas críticas también pueden desaprovecharse o, incluso, dar resultados negativos. La guerra contra Estados Unidos fue una que no sirvió para regenerar el arreglo institucional mexicano sino para empeorarlo. La pugna interna de la élite porfirista por la sucesión de Porfirio Díaz facilitó en 1910 el surgimiento y triunfo de Francisco I. Madero como el líder nacional de un movimiento que abanderó la democracia política, sin embargo, cuando el polvo de la Revolución de 1910 se asentó, varias cosas habían cambiado, pero la democracia no apareció. La segunda guerra mundial aceleró la industrialización, pero también fue la coyuntura perfecta para llamar a la “unidad nacional” e iniciar el gran viraje hacia el alemanismo y la derechización.

La última “coyuntura crítica” mexicana que se desaprovechó fue la que abrió la crisis del modelo económico en 1982, la insurgencia electoral de 1988, la aparición del neozapatismo y la expulsión pacífica del PRI de la Presidencia en el 2000. Las posibilidades de un salto cualitativo en la vida de las instituciones políticas mexicanas fue entonces enorme. Sin embargo, la incompetencia, frivolidad, falta de visión y corrupción del liderazgo llevaron al retorno del PRI al poder y a la restauración de partes sustantivas del antiguo régimen.

LA GRAN INCÓGNITA

Lo que hoy se expresa con vehemencia en las calles es un cuestionamiento del proyecto de EPN y del PRI y una exigencia de dar forma a una mejor alternativa. El gran problema es cómo aprovechar positiva, constructivamente, esta penosa coyuntura crítica para que su energía no se dilapide y México cambie para bien.

Reforma, 20 de noviembre de 2014

La economía del sexo

Lydia Cacho

México contabiliza desde 1993 la actividad de “sexoservicio” en su Sistema de Cuentas Nacionales (SCN) que elabora el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) y sirve, entre otras cosas, para determinar el nivel del Producto Interno Bruto del país. El INEGI reporta que los servicios sexuales contabilizados sólo ocupan el 0.5 por ciento del PIB. ¿Cómo saben el SCN y el INEGI que su censo no incluye a víctimas de trata de personas?

Vivimos sumidas en un doble discurso, desde el SCN que contabiliza el trabajo sexual como parte de la economía formal, hasta los políticos que por un lado quieren perpetuar un modelo de familia tradicional y, por otro, disfrutan armando burdelitos privados en reuniones de trabajo.

Es inobjetable que las personas adultas que trabajan en la industria del sexo comercial tienen derechos civiles y estos deben ser respetados, pero se equivocan quienes aseguran que la trata de personas terminará si se legaliza el trabajo sexual. Tienen derecho a creer individualmente que éste puede ser visto como un negocio lícito en que su cuerpo es la oficina, donde quienes ejercen deberán pagar impuestos, recibir prestaciones y no ser perseguidas judicialmente por su ocupación.

El problema es que en la discusión se omite hablar de los mecanismos culturales y económicos que sostienen a esa industria. Argumentan que en el capitalismo todo está tocado por cierto grado de esclavitud, de sexismo y clasismo, por tanto nadie debería exigir que la prostitución esté libre ellos. Sin embargo, es justamente el desequilibrio de poder, el androcentrismo, la explotación del discurso que cosifica a las mujeres y no el deseo erótico, lo que hace que la industria obtenga más de 15 billones de dólares al año.

Es una fantasía creer que porque se legalice plenamente el sexo comercial la sociedad dejará de discriminar a quienes se dedican a él. Hay preceptos culturales asentados en la discriminación de género que son muy difíciles de desincrustar del discurso público;

por otro lado, es un hecho que la industria del sexo comercial vive y se fortalece de reproducir el machismo y el tabú: lo prohibido.

Presenta la sexualidad como fantasía, cuyo eje central es la transgresión de la putería. La industria no obtendría tantos miles de millones de dólares si no representara un reto a la moral pública entrar en una sex shop donde un consolador cuesta mil quinientos pesos y las películas que más se venden son aquellas cuyos guiones juegan con la idea de lo prohibido: las casi quinceañeras (*barely teens*) en orgías con hombres adultos, el sexo duro (lenguaje de la industria para celebrar la violación como ceremonia fílmica), o el sadomasoquismo *bondage* que vende la idea de que la violencia como juego con reglas claras es lo más interesante para mantener la pasión de una pareja. Es lo que más dinero les deja a sus productores después de la prostitución directa en clubes VIP. Lo cierto es que en la medida en que se populariza la pornografía gratuita en Internet rompiendo los límites de la transgresión, quienes si la cobran buscan nuevos mercados en el porno adolescente (con actrices que apenas cumplidos 18 años parecen de catorce o quince). La industria del sexo comercial reproduce la cultura tradicional, pero también produce nuevos paradigmas de comportamiento erótico. De allí que no se pueda discutir la legalización de “trabajo sexual” aislándola del negocio de clubes, prostíbulos y pornografía que han sido tradicionalmente canales de lavado de dinero para mafias y empresarios corruptos. En pocas palabras, si se reconoce en el PIB que dejen de jugar a discutirlo parcialmente y se transparente a toda la industria. Pero esto es casi imposible, porque uno de sus motores es la opacidad, se nutre del prohibicionismo para vender.

El discurso de las organizaciones internacionales de trabajo sexual y su industria radica en asegurar que todo cuestionamiento es producto de una moral religiosa reduccionista y erotófoba que niega sus derechos civiles. La paradoja es que no quieren entrar completamente a la luz de la legalidad, sólo parcialmente las mujeres, y justo en esa trampa se oculta el poder de los tratantes de personas.

El Universal, 15 de septiembre de 2014

Ronda uno: empieza la consumación de un crimen de lesa patria

Cuauhtémoc Cárdenas

Hoy, 15 de julio, el Gobierno de la República asignará los primeros contratos de producción petrolera a empresas, mayoritariamente extranjeras. Con esa acción se inicia la consumación de un crimen más de lesa patria y el país retrocederá a la subordinación que, en esta materia, predominó hasta antes de la expropiación petrolera de 1938.

Es el inicio de un camino sin rumbo, de pérdida del control sobre nuestros recursos naturales, de sometimiento de las poblaciones que habitan las regiones petroleras, de pérdida de ingresos para atender necesidades sociales e incluso de debilitamiento institucional del propio Estado para conducir el desarrollo nacional.

La pérdida de control sobre esta área estratégica de la economía nacional se inició en el momento en que el titular del Ejecutivo y los partidos que lo apoyan reformaron los artículos 25, 27 y 28 de la Constitución, en diciembre de 2013. Fue una reforma que mutiló los derechos de propiedad y dominio de la nación sobre los hidrocarburos, que minó las bases de una industria petrolera nacional que durante 77 años se había desarrollado hasta colocarse a la altura de las más importantes del mundo.

La industria estatal integrada, que comienza en 1938, pionera en su tiempo, fue seguida posteriormente por la mayoría de los países petroleros del mundo. Durante más de medio siglo Pemex impulsó la industrialización y el más vigoroso crecimiento económico que el país haya conocido, sosteniendo una política de precios bajos de los energéticos. Se constituyó en fuente permanente de una inmensa renta que ha sostenido las finanzas públicas, la construcción de infraestructura, la investigación científico-técnica y el gasto en salud y educación.

La entrega precipitada que hace el gobierno del sector petrolero se presenta con una grave ausencia: la de entes reguladores con la experiencia y fuerza necesarias para controlar a las grandes empresas supranacionales que dominan este sector.

Tomando en consideración los cambios ya efectuados, se dará a los operadores privados un trato fiscal y financiero que los gobiernos entreguistas negaron sistemáticamente a Pemex. Hoy, Pemex aporta al menos 71 centavos de cada peso que obtiene de la venta de cada barril de petróleo. En cambio, los nuevos concesionarios aportarán menos de 20 centavos. Como si el objetivo final de la dizque reforma no fuera la obtención de los mayores ingresos para el país y su desarrollo industrial. La contrarreforma arrincona a Pemex a una parte de las reservas petroleras hoy conocidas, con una vida no mayor de nueve años, y deja las nuevas reservas a los operadores privados.

Los 14 bloques que se asignarán a cada empresa o consorcio, por periodos de más de 25 años, son parte de lo que se ha denominado la ronda uno, que tiene previsto licitar 169 bloques sobre un total de 28.5 mil kilómetros cuadrados en Plegado Periodo (11 bloques), en los estados del noreste (ocho), Chicontepec (89), aguas profundas sur (17), así como terrestres y aguas someras del golfo de Campeche (44). En un proyecto tan ambicioso y rápido que no tendría precedente cercano en el mundo.

Hasta ahora se han publicado tres convocatorias para 19 contratos de producción compartida y 26 contratos de licencia (claramente concesiones prohibidas por la Constitución), en una superficie de 5,311 kilómetros cuadrados de aguas y tierras

nacionales. Aun cuando la información publicada por la Comisión Nacional de Hidrocarburos no es homogénea, el total de reservas ofrecidas superaría 2,000 millones de barriles, de los cuales 15 por ciento serían de reservas probadas, 29 por ciento probables y el resto de posibles.

Ahora bien, ante el colapso de los precios internacionales del petróleo y en lugar de frenar las licitaciones, el gobierno decidió concentrar su oferta en la parte más jugosa de las reservas nacionales. Por ejemplo, en la segunda convocatoria, la proporción de reservas probadas ascendió a 12 por ciento, mientras que en la tercera asciende a 25 por ciento. La prensa internacional y nacional han señalado que el gobierno negocia las cláusulas de los contratos con los inversionistas interesados, aumentando la magnitud de ganancias que estarán libres de impuestos y los plazos para el inicio de actividades, lo que permitiría a los inversionistas adquirir derechos legales sobre recursos con bajos riesgos y alta rentabilidad, sin estar obligados a realizar inversiones, sino hasta que la incertidumbre de la coyuntura de bajos precios pudiera menguar y les resultara conveniente invertir.

Por otra parte, si los costos de extracción de un barril de petróleo mexicano promedian 15 dólares y antes se lograba vender en 100, el país podía tener una utilidad de 70-75 dólares; pero hoy, que el barril sólo se puede vender en 50 o 55, no hay justificación para que la nación acepte una utilidad de 15 o 20 dólares. Entonces, ¿por qué apresurarse? ¿Cuál es el beneficio para la nación? Resulta difícil creer que, en las condiciones actuales, la operación de Pemex resulte menos lucrativa para la nación que la de un particular.

Por otra parte, es indispensable advertir que la mayor parte de los contratos de licencia que hasta ahora se han ofrecido se ubican en territorios con fuerte presencia de pueblos originarios en Veracruz, Tabasco y Chiapas. Estas comunidades, de ahora en adelante, se encontrarán frente a una legislación que considera prioritarias las actividades que realicen las empresas privadas —de exploración, perforación, extracción y conducción de hidrocarburos, etcétera— sobre las actividades que tradicionalmente han venido realizando, y que ante una eventual negativa a vender o ceder en renta sus tierras procedería su expropiación e incluso expulsión.

Es de recordar que en el pasado los ocupantes superficiales de la tierra tuvieron condiciones quizá mejores. Por ejemplo, la ley petrolera de 1925 consideraba el derecho de los superficiarios a recibir una participación de como mínimo 5 por ciento sobre la producción bruta a título de indemnización⁷. En cambio, la ley actual plantea (artículo 101, 6) que el asignatario o contratista podrá dar al superficiario un pago no mayor a 3 por ciento en el caso del gas natural, y en los demás casos no podrá ser mayor a 2 por ciento.

Además, la experiencia muestra que las empresas privadas no han dado mejores resultados en México. Fruto de la reforma de 2008, se asignaron contratos a particulares

para producir en 11 bloques de yacimientos maduros. A la vuelta de cinco años, se tiene una producción conjunta muy reducida, que apenas suma 49,000 barriles diarios. Otro tanto ha pasado con los contratos de servicios múltiples licitados en la cuenca de Burgos, años atrás estos ejemplos muestran que el ingreso de operadores privados no es la panacea que se ha publicitado.

Las licitaciones que, prevén se lleven a cabo, están orientadas a transferir reservas que Pemex ya había descubierto, recursos en los que el país ha invertido cantidades considerables de dinero y que ahora, simplemente, pasarán a manos de particulares. Durante la discusión pública del proyecto de reforma, el gobierno sostuvo que no se trataba de hacer a un lado a Pemex y que los particulares participarían ahí donde Pemex no tuviera experiencia por la complejidad de los yacimientos. Hoy queda claro que se están licitando las reservas probadas del país y desplazando a Petróleos Mexicanos de actividades que domina plenamente, donde su capacidad es la más alta, dado su conocimiento preciso del recurso y de las técnicas necesarias para su explotación, como son las aguas someras del Golfo de México,

En el pasado, como ahora, hemos buscado el diálogo y presentado propuestas, con el único propósito de contribuir a la construcción de acuerdos que mejoren la operación de la industria petrolera y de los energéticos para el país. Siempre mirando en preservar la propiedad y el dominio pleno de la Nación sobre sus recursos naturales, fuente de una riqueza que debe ser aprovechada en igualdad de circunstancias por todos los mexicanos.

Hoy, ante la inminencia de regresar a un modelo de explotación petrolera que será paulatinamente concentrado en empresas trasnacionales, que ya en el pasado probó su inconveniencia para el progreso del país, exhortamos al gobierno federal a detener las licitaciones de áreas petroleras que son patrimonio de todos los mexicanos, dada su inconveniencia económica; a preparar una amplia consulta popular vinculatoria sobre las reformas, principalmente, al artículo 27 constitucional en materia energética y a construir, con la sociedad y sus organizaciones, un amplio acuerdo que permita reconstruir la confianza y diseñar una estrategia energética que convenga y fortalezca al país.

Sería sumamente importante que los integrantes del Congreso de la Unión, en uso de sus facultades, antes de la firma de los contratos petroleros, demanden que se abran al conocimiento público todas y cada una de sus cláusulas. Que revise la legislación aplicable para que la representación popular determine legalmente la vigencia de los contratos petroleros e intervenga en la determinación de los ingresos públicos que surgen de las cláusulas económicas de esos contratos, impidiendo que la SHyCP los determine discrecionalmente.

Convocamos a los ciudadanos y a sus organizaciones a emprender todas las iniciativas civiles a su alcance, con el propósito de mantener viva la lucha en contra de la

entrega a intereses contrarios a los de México y los mexicanos de los recursos energéticos del país; para recuperar la soberanía de la nación sobre sus recursos naturales y para que el Estado garantice el suministro energético, en su diversidad, calidad y precios, que permitan satisfacer las necesidades esenciales de toda la población.

Alertamos a la sociedad sobre las prácticas de despojo y agresión que en otros países, y en el pasado también en México, se han registrado contra la gente asentada en áreas con potencialidad de contener hidrocarburos. Frente a esos precedentes es indispensable acompañar a aquellas comunidades vinculadas a proyectos de explotación petrolera con la finalidad de que puedan decidir democrática y libremente lo que mejor les convenga. En este sentido, rechazamos que el interés de una empresa privada, del origen que sea, pueda estar por encima de las actividades económicas, la propiedad y la residencia de la población que habita en las zonas petroleras.

En la coyuntura actual se abren oportunidades internas a la transformación industrial del petróleo mexicano. Las necesidades de petrolíferos y petroquímicos que tiene y tendrá el país en el futuro deberían llevar al gobierno a retomar con Pemex los proyectos para ampliar la reposición de reservas petroleras, la plataforma de producción primaria, la capacidad de refinación, la producción de fertilizantes que urgen al campo mexicano y de productos petroquímicos que hagan más competitiva nuestra planta industrial, abriendo espacios de coinversión con empresas mexicanas o extranjeras que verdaderamente quisieran comprometerse con el desarrollo soberano del país.

La Jornada, 15 de julio de 2015

“Es la corrupción, estúpido”

Denise Dresser

“Es la economía, estúpido”, decía el letrero colgado en la casa de campaña de Bill Clinton cuando contendió por la Presidencia. Estaba allí para recordarle al equipo en qué ámbito debía centrar su atención; en dónde debía focalizar su energía, “Es la corrupción, estúpido”, es el banderín que debería estar colgado detrás del escritorio de Enrique Peña Nieto en Los Pinos. Porque un tema que era subsidiario se ha vuelto central. Porque algo que no incidía en la credibilidad o en el funcionamiento del gobierno en México, ahora lo hace.

Aquello que tiene al equipo de Peña paralizado, acorralado, acalambrado, es un asunto que siempre se consideró “normal” y ya no lo es. La corrupción gubernamental como ácido corrosivo que corre por el andamiaje aplaudido de las reformas estructurales. Frenando, parando, obstaculizando, acabando con lo que se había prometido o lo que se podía lograr.

No siempre fue así: ‘El que no transa no avanza’ era la frase común y compartida. Los mexicanos presenciaban —pasivamente— escándalos telenovelescos, acusaciones increíbles, evidencia de la podredumbre que corría por los pasillos del poder.

Leían —pasivamente— sobre el posicionamiento cada vez peor en los Índices de Percepción de Corrupción de Transparencia Internacional. Vivían —pasivamente— en lo que el académico Stephen Morris bautizó como “la cultura de la corrupción.

Y los datos lo revelan. Según una encuesta citada por Morris en “Corruption and Mexican Political Culture”, 70 por ciento piensa que casi todos o muchos en el Gobierno son corruptos.

Dentro del sector privado, 39 por ciento afirma que necesita hacer pagos extraoficiales para influir en el contenido de leyes, políticas públicas y regulación. Aun entre auditores internos del gobierno federal, 60 por ciento reconoce que son “frecuentes” los actos de corrupción en las áreas que supervisan.

Entre la población, 62 por ciento responde que ha sido necesario pagar un soborno para resolver algún problema. La corrupción nace y florece en “áreas oficiales donde hay que completar un trámite”. En la calle, en los juzgados, en las prisiones, en las licitaciones, en las aduanas y no es denunciada porque 77 por ciento piensa que los culpables nunca son sancionados. Porque sólo 14 por ciento cree que la principal causa de la corrupción es “la falta de aplicación de la ley”, mientras que 44 por ciento piensa que es “la cultura y la educación de los mexicanos”.

De allí la urgencia de que algo cambie en la conciencia de los mexicanos y en la cabeza de quienes los gobiernan. La “Casa Blanca” y la casa de Luis Videgaray y las licitaciones inexplicables y el papel del Grupo Higa y Ayotzinapa deben ser vistos como una sacudida. Como un serio llamado de atención que ya empieza a surgir en las encuestas como problema principal. Como un recordatorio de que el mal uso de un puesto público para la obtención de una ganancia privada tiene efectos negativos para el país.

Está vinculada con menores niveles de crecimiento del PIB. Limita los beneficios de la apertura comercial. Hace más difícil atraer la inversión extranjera. Genera una propensión a crisis monetarias, producto de decisiones presupuestales y financieras irresponsables, desvía recursos que deberían estar destinados a la provisión de bienes públicos. Como escuelas y hospitales y carreteras.

Informe tras informe de competitividad global, el World Economic Forum señala que el principal factor que afecta hacer negocios en México es la corrupción. Lleva a la falta de confianza en las instituciones, a la falta de credibilidad del gobierno. A la desilusión de los mexicanos con su país y consigo mismos.

Por eso la urgencia del involucramiento ciudadano para sacudir a un gobierno que entiende demasiado bien lo que la corrupción significa. Por ello su renuencia a combatirla, a asumirla como aquello que está hundiendo al gobierno de Enrique Peña Nieto.

Por eso el congelamiento del Sistema Nacional Anticorrupción en el Senado, torpedeado por el PRI que no quiere fortalecer a la Auditoría Superior de la Federación, no quiere que se fiscalice en tiempo real, no quiere que se examinen fideicomisos públicos, no quiere incorporar la extinción de dominio por enriquecimiento ilícito, no quiere que se eliminen los secretos fiscal, bursátil, fiduciario o bancario en las investigaciones, no quiere un Fiscal Anticorrupción verdaderamente independiente y autónomo, como lo han propuesto 32 organizaciones civiles recientemente.

Porque el PRI sigue pensando que “Es la corrupción, estúpido”, pero como lema para gobernar, no como exigencia para cambiar.

Reforma, 2 de febrero de 2015

De cultura, humor y ciencia

Elogio de un diario pequeño

Alfonso Reyes

Bajo la palabra de Gracián —“Mas abran quintaesencia que fárragos”, o bien: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno— salió el pequeño diario a enriquecer el ambiente periodístico con esa nota de epigramática rapidez que va siendo propia de nuestro tiempo. La abominación por los “desarrollados” es, hoy por hoy, discernible en toda literatura. Este diario viene a ser, por eso, tendencia a la síntesis, el periódico —digamos— posterior a Apollinaire.

Quien tuvo la felicidad de darle esa forma apretada y breve, obligando a los redactores al buen estilo de las palabras indispensables (“Toda abundancia es estéril”, decía Mallarmé), sabe seguramente que no todo lo que sucede es digno de memoria, como sabe el buen pintor que no todo el campo es paisaje, como sabe Sancho que “no todo el monte es orégano”.

Despojar, abreviar, depurar, ¡qué grata y agradecida tarea!

Escribir por el otro cabo del lápiz, es decir: borrando las más veces, ¡qué espléndida disciplina para el que redacta y para el que lee! ¡Qué alivio, qué higiene mental! Y si a esto se añade el interés fotográfico —el disparo de la noticia que entra, de golpe y de una vez, por los ojos—, ya está logrando el milagro.

El ideal del periódico debería ser tender siempre a leerse solo. Y esto se logra con la balanza de precisión, con la dosificación exacta de las únicas calorías que hacen falta para que cada palabra nutra su idea; pero sin volverla adiposa. A cada plana un sabor propio: a cada grado de interés, otro tipo de título; a cada sitio en la columna, otro valor jeroglífico. Los grabados, que siempre revelan el pulso, el ápice de cada suceso... ¡Y soñemos! Soñemos con el diario de geometría perfecta en que el solo lugar donde se da cuenta de las conversaciones sobre Tacna y Arica, por ejemplo, sea un indicio cierto del estado de la cuestión. Un rápido vistazo, una rauda percepción de las proporciones respectivas de ordenada y abscisa en que cada asunto se sitúa, y ya está todo entendido, a través de la sola intuición de espacio.

En ese sentido, el periódico con su plaza abierta de páginas y sus avenidas en columna, ofrece mayores posibilidades que el libro; sin olvidar la posibilidad caricaturesca que un día intentó Tristán Deréme: la de imprimir el periódico en forma de ruleta, para que por la noche, después de la cena, sentada en torno a la mesa redonda, toda la familia pudiera leerlo a un tiempo.

¿Cuántas veces, sin darme cuenta, agoto de cabo a rabo esta pequeña enciclopedia diaria, aunque sea ayudándome con el salto de título a título y con el puente es deslíz de las notas gráficas? Y le agradezco el haberme preparado en pocos instantes —con desinteresada objetividad— para salir a la brega cotidiana armado de todas las nociones que necesito.

El buen escritor que lo fundó dejó en él los hábitos de la pluma clara, y el culto por ese rinconcillo de los poetas que no debe faltar en ninguna casa respetable. El buen periodista que hoy lo dirige sabe llevarlo con un pasito ágil y nervioso de caballo bien educado. Ni atropella ni se queda atrás: anda como el día —brevedad, equilibrio, justo peso y medida discreta, guiño que vale por un discurso—, y ese “si se que” en suma, que llamamos, con una palabra anticuada pero insustituible, el buen gusto. Yo me alargaría diciendo cuánto debo a la franca hospitalidad de este periódico, que siempre ha sido para mi tertulia de amigos. Pero ¿cómo voy a alargarme, cuando hago el elogio de la brevedad?

Buenos Aires, 1929

Un hombre ha muerto de muerte natural

Gabriel García Márquez

Esta vez parece ser verdad: Ernest Hemingway ha muerto. La noticia ha conmovido, en lugares opuestos y apartados del mundo, a sus mozos de café, a sus guías de cazadores, a sus aprendices de torero, a sus chóferes de taxi, a unos cuantos boxeadores venidos a menos y a algún pistolero retirado.

Mientras tanto, en el pueblo de Ketchum, Idaho, la muerte del buen vecino ha sido apenas un doloroso incidente local. El cadáver permaneció seis días en cámara ardiente, no para que se le rindieran honores militares, sino en espera de alguien que estaba cazando leones en África. El cuerpo no permanecerá expuesto a las aves de rapiña, junto a los restos de un leopardo congelado en la cumbre de una montaña, sino que reposará tranquilamente en uno de esos cementerios demasiado higiénicos de los Estados Unidos, rodeado de cadáveres amigos. Estas circunstancias, que tanto se parecen a la vida real, obligan a creer esta vez que Hemingway ha muerto de veras, en la tercera tentativa.

Hace cinco años, cuando su avión sufrió un accidente en el África, la muerte no podía ser verdad. Las comisiones de rescate lo encontraron alegre y medio borracho, en un claro de la selva, a poca distancia del lugar donde merodeaba una familia de elefantes. La propia obra de Hemingway, cuyos héroes no tenían derecho a morir antes de padecer durante cierto tiempo la amargura de la victoria, había descalificado de antemano aquella clase de muerte, más bien del cine que de la vida.

En cambio, ahora, el escritor de 62 años, que en la pasada primavera estuvo dos veces en el hospital tratándose una enfermedad de viejo, fue hallado muerto en su habitación con la cabeza destrozada por una bala de escopeta de matar tigres. En favor de la hipótesis de suicidio hay un argumento técnico: su experiencia en el manejo de las armas descarta la posibilidad de un accidente. En contra, hay un solo argumento literario: Hemingway no parecía pertenecer a la raza de los hombres que se suicidan. En sus cuentos y novelas, el suicidio era una cobardía, y sus personajes eran heroicos solamente en función de su temeridad y su valor físico. Pero, de todos modos, el enigma de la muerte de Hemingway es puramente circunstancial, porque esta vez las cosas ocurrieron al derecho: el escritor murió como el más corriente de sus personajes, y principalmente para sus propios personajes.

En contraste con el dolor sincero de los boxeadores, se ha destacado en estos días la incertidumbre de los críticos literarios. La pregunta central es hasta qué punto Hemingway fue un grande escritor, y en qué grado merece un laurel que a él mismo le pareció una simple anécdota, una circunstancia episódica en la vida de un hombre.

En realidad, Hemingway sólo fue un testigo ávido, más que de la naturaleza humana de la acción individual. Su héroe surgía en cualquier lugar del mundo, en cualquier situación y en cualquier nivel de la escala social en que fuera necesario luchar encarnizadamente no tanto para sobrevivir cuanto para alcanzar la victoria. Y luego, la victoria era apenas un estado superior del cansancio físico y de la incertidumbre moral.

Sin embargo, en el universo de Hemingway la victoria no estaba destinada al más fuerte, sino al más sabio, con una sabiduría aprendida de la experiencia. En ese sentido era un idealista. Pocas veces, en su extensa obra, surgió una circunstancia en que la fuerza bruta prevaleciera contra el conocimiento. El pez chico, si era más sabio, podía comerse al grande. El cazador no vencía al león porque estuviera armado de una escopeta, sino porque conocía minuciosamente los secretos de su oficio, y por lo menos en dos ocasiones el león conoció mejor los secretos del suyo.

En *El viejo y el mar* —el relato que parece ser una síntesis de los defectos y virtudes del autor— un pescador solitario, agotado y perseguido por la mala suerte logró vencer al pez más grande del mundo en una contienda que era más de inteligencia que de fortaleza.

El tiempo demostrará también que Hemingway, como escritor menor, se comerá a muchos escritores grandes, por su conocimiento de los motivos de los hombres y los secretos de su oficio. Alguna vez, en una entrevista de prensa, hizo la mejor definición de su obra al compararla con el iceberg de la gigantesca mole de hielo que flota en la superficie: es apenas un octavo del volumen total y es inexpugnable gracias a los siete octavos que la sustentan bajo el agua.

La trascendencia de Hemingway está sustentada precisamente en la oculta sabiduría que sostiene a flote una obra objetiva, de estructura directa y simple, y a veces escueta inclusive en su dramatismo.

Hemingway sólo contó lo visto por sus propios ojos, lo gozado y padecido por su experiencia, que era, al fin y al cabo, lo único en que podía creer. Su vida fue un continuo y arriesgado aprendizaje de su oficio, en el que fue honesto hasta el límite de la exageración: habría que preguntarse cuántas veces estuvo en peligro la propia vida del escritor, para que fuera válido un simple gesto de su personaje.

En ese sentido, Hemingway no fue nada más, pero tampoco nada menos, de lo que quiso ser: un hombre que estuvo completamente vivo en cada acto de su vida. Su destino, en cierto modo, ha sido el de sus héroes, que sólo tuvieron una validez momentánea en cualquier lugar de la Tierra, y que fueron eternos por la fidelidad de quienes los quisieron. Esa es, tal vez, la dimensión más exacta de Hemingway. Probablemente, éste no sea el final de alguien, sino el principio de nadie en la historia de la literatura universal. Pero es el legado natural de un espléndido ejemplar humano, de un trabajador bueno y extrañamente honrado, que quizá se merezca algo más que un puesto en la gloria internacional.

La Razón, 5 de julio de 2016, <<http://razon.com.mx/spip.php?article257403> 05/07/>.

La liberación de la mujer, aquí

Rosario Castellanos

La marcha, organizada por las mujeres norteamericanas, para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la proclamación de su derecho al voto y para exigir que esta igualdad cívica se complemente con la igualdad de trato en todos los niveles de la convivencia humana, se llevó al cabo en la fecha y en los sitios programados y con la participación de un número de personas que sobrepasó en mucho los más optimistas cálculos de sus promotoras.

La marcha, ya ustedes están enterados, no constituyó su expresión única de descontento, sino que estuvo acompañada de una huelga de trabajos domésticos (esos traba-

jos tan sui géneris, tan peculiares que sólo se notan cuando no se hacen, esos trabajos tan fuera de todas las leyes económicas, que no se retribuyen con una tarifa determinada o que se retribuyen con el simple alojamiento, alimentación y vestido de quien los cumple; esos trabajos que, como ciertas torturas refinadísimas que se aplican en cárceles infames, se destruyen apenas han concluido de realizarse), de una serie de actos simbólicos como el arrojar prendas de ropa a los botes de basura, lo mismo que productos que se anuncian como embellecedores y que, si lo son, es asunto que puede ponerse en tela de juicio; pero de lo que no puede dudarse es que su adquisición nos despoja de nuestro dinero y su aplicación de nuestro tiempo; de una serie de actos violentos como el apedrear expendios de revistas que han convertido a la mujer en un mero objeto sexual o el irrumpir, por la fuerza, en recintos exclusivamente reservados para los hombres, como algunos bares que ostentaban en sus puertas esa misma advertencia que se ostenta en el club de Toby y sus amigos, los amigos de La Pequeña Lulú: “No se admiten mujeres”.

A mí naturalmente, ajonjolí de todos los moles, pero especialmente de este tipo de moles, me ha interesado seguir el proceso que está desarrollándose y me he divertido muchísimo con la reacción de las antifeministas que no han encontrado argumento mejor que esgrimir para encontrar satisfactoria su situación en el mundo actual que recordar un hecho que, si aconteció, aconteció hace miles de años: el hecho de que el hombre, según estas peregrinas pensadoras, tuvo la generosidad de ceder una de sus costillas para que las mujeres fuéramos creadas.

En primer lugar, nadie le estaba pidiendo su consentimiento para llevar al cabo tal operación. En segundo, cuando esta operación tuvo efecto, el hombre se encontraba en estado de inconsciencia completa a tal punto que, cuando despertó, se llevó la sorpresa del siglo y de los siglos al encontrar junto a sí a esa criatura seductora que, con el tiempo, le incitaría a salir del paraíso.

Esa criatura que no cesa de golpearse el pecho en actitud de arrepentimiento por tal error, pero que guarda, en ese mismo pecho lacerado por el mea culpa, la llama inextinguible de la gratitud a quien le dio el ser. Y el ser como es, además, que, por lo visto no podía nunca ser mejor. Pero esta discusión es bizantina, como ustedes ya se habrán dado cuenta, así que tenemos que abandonarla porque Bizancio no está de moda. Y pasemos a otro punto que a mí me parece más significativo que los que se han mencionado: la repercusión que estos hechos ha tenido en quienes actúan como portavoces de la opinión pública en México.

Desde luego, ha habido comentarios. Y, desde luego también, la gama de estos comentarios ha sido la previsible. Desde el choteo burdo y aun los juegos de palabras procaces hasta el desgarramiento de las vestiduras ante este nuevo signo apocalíptico que anuncia la decadencia y quizá la muerte de nuestra cultura y de nuestra civilización.

Desde el ¡bravo, bravo! ¡viva, viva! de alguna congénere entusiasmada hasta la simpatía de algún miembro del sexo hoy más que nunca opuesto, simpatía que yo aplaudo como heroica porque sé la cantidad y calidad de resistencias interiores que tiene que superar para manifestarse reconociendo un hecho objetivo. Desde el repudio irracional hasta esa condescendiente benevolencia con que se observan los vanos esfuerzos que hacen los cuadrúpedos para mantenerse el mayor tiempo posible en sólo dos pies.

Los comentarios han sido de dulce, de chile y de manteca. Pero todos (excepto uno en el que nos detendremos después) tienen una característica común: todos se refieren a este movimiento de liberación de la mujer en los Estados Unidos como si estuviera ocurriendo en el más remoto de los países o entre los más exóticos e incomprensibles de los habitantes del menos explorado de los planetas. Esto es, como si lo que está aconteciendo del otro lado del Bravo no nos concerniera en absoluto.

Es normal que tomemos esta actitud cuando nos referimos a los negros, a los chicanos, a la guerra en Vietnam. Nuestras condiciones son absolutamente distintas y ese tipo de problemas no se presenta entre nosotros. Pero el de las mujeres...

No falta quien, cuando echa una mirada hacia aquel lado y enumera la lucha por la emancipación que cada minoría está emprendiendo y sosteniendo añade, al repertorio, este nuevo núcleo de combatientes. Y si lo relaciona con México es sólo para aconsejar a nuestros políticos que se aprovechen del embrollo generalizado más allá de nuestras fronteras para sacar algunas ventajas. Ya que el coloso está mostrando sus pies de barro, pues a ver si somos tan listos y vendemos a mejor precio nuestro jitomate. Lo cual está muy bien. Pero no es suficiente.

Porque ocurre que, como dice Samuel Ramos, somos seres miméticos por excelencia. Y si hemos imitado todo lo demás, ¿por qué no hemos de imitar este movimiento? ¿Es que no hay mujeres entre nosotros? ¿Es que el sahumero de la abnegación las ha atarantado de tal manera que no se dan cuenta de cuáles son sus condiciones de vida?

¿Es que así como con la aparición de la Virgen de Guadalupe no se hizo nada semejante con otras naciones, aquí la naturaleza femenina es de tal índole que ha logrado encontrar la satisfacción de todas sus necesidades y la plenitud de todas sus potencialidades en la sociedad tal como está organizada actualmente? ¿Es que la dosis de su paciencia está garantizada para no agotarse jamás? ¿Es que son tan sensibles al ridículo que prefieren la abyección?

A mí no me gusta hacerla de profetisa pero ésta es una ocasión en que se antoja fungir como tal. (Aparte de que la profecía es uno de los pocos oficios que se consideran propios para señoras histéricas como su segura servidora.) Y yo les advierto que las mujeres mexicanas están llevando un apunte para cuando sea necesario. Quizá no ahora ni mañana.

Porque el ser un parásito (que es eso lo que somos, más que las víctimas) no deja de tener sus encantos. Pero cuando el desarrollo industrial del país nos obligue a emplearnos en fábricas y oficinas, y a atender la casa y los niños y la apariencia y la vida social y, etc., etc., etc., entonces nos llegará la lumbre a los aparejos. Cuando desaparezca la última criada, el colchoncito en que ahora reposa nuestra conformidad, aparecerá la primera rebelde furibunda.

5 de septiembre, 1970,

<http://www.jstor.org/stable/42624305?seq=1#page_scan_tab_contents>.

La lucha contra el vicio. Cómo educar a los hijos

Jorge Ibarguengoitia

Hace años tuve una conversación espantosa con dos padres de familia.

—Yo ya fracasé —dijo uno de ellos—. Espero que mis hijos tengan más éxito en la vida.

—Estábamos de sobremesa en una casa sórdida. La comida había sido mala y la conversación deprimente, como queda ilustrado por el parlamento anteriormente citado. Yo comenté que me parecía muy triste que un hombre de cuarenta años se sintiera fracasado, y más triste todavía que abrigara la esperanza de que sus hijos tuvieran éxito en la vida. Los niños en cuestión andaban pululando por el comedor y no presentaban ninguna característica positiva que justificara la actitud de su padre.

—Apenas había emitido mi juicio cuando me arrepentí de hacerlo. Fui objeto de escarnio.

—Tú no puedes opinar, porque no tienes hijos —dijo el otro padre de familia, con aprobación del primero—. Cuando no tiene uno hijos no puede ni siquiera imaginarse lo que significan para uno.

Quedé muy corrido. Pero, afortunadamente, pasó el tiempo, y aquellos niños llegaron a la adolescencia, y el tiempo me dio la razón. Ahora resulta que los padres de familia con que conversé aquella tarde han comprendido que ni ellos mismos habían podido imaginarse “lo que los hijos significan para uno”.

—Nunca, en la historia de la humanidad —dijo antier el que tenía tantas esperanzas en el éxito de sus hijos—, han tenido los padres de familia que enfrentarse a problemas como los que tenemos que resolver hoy en día. Nuestros hijos están al borde del abismo —se refería a las drogas y al “relajamiento” de las costumbres.

Confortado con el convencimiento de que en estas materias todos somos igual de ignorantes, voy a permitirme ofrecer algunas sugerencias acerca de cómo educar a los hijos y combatir los vicios que los atosigan.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la metáfora del abismo es característica de personas de mi época, que fueron educadas en la creencia de que más sabe el diablo por viejo que por diablo, de que el aire puro es saludable, de que es bueno levantarse temprano y bañarse en agua fría, de que más vale ser pobre pero honrado, que rico y perverso, etcétera. Ahora bien, esas mismas personas que se encargaron de demostrar que las máximas en que ellos habían sido educados eran falsas. Al diablo, muy viejo y muy sabio, lo dejaron en su lugar, y se dedicaron a modernizarle todos sus procedimientos, acabaron con el aire puro, inventaron los turnos de noche, instalaron calentadores de agua en sus casas y se han pasado la vida haciendo dinero, o procurando hacerlo, y ahora se asombran de que sus hijos no acepten sus máximas y sus reglas de conducta.

Si para los padres, los hijos están al borde de un abismo de drogas, minifaldas, pelos largos y guitarras eléctricas, lo más probable es que para los hijos, los padres estén adentro de un abismo de licuadoras, televisiones y cárdex.

Pero si de vicios y malas costumbres se trata, todavía hay salvación. Claro que se necesita autoridad. Pero la autoridad se conserva o se consigue por medios materiales que están al alcance de todo el mundo, tales como los fuetes, las cadenas, los grilletes y los cheques al portador.

Voy a esbozar mi programa. En primer lugar, nadie se levanta de la cama antes de las doce del día. A las doce, levantarse de mal humor. Al que se levante de buen humor, a la cama otra vez, hasta el día siguiente. Antes de desayunar, oír las obras completas de los Rolling Stones y fumar dos cigarros de marihuana, o tres, en el caso de que lo permita el presupuesto de la familia. Desayunar mole poblano, chiles rellenos, o algún guiso chino, de los que recomienda Madame Ling Yu Tang. Prohibido hablar durante el desayuno. Todos leen un episodio de una historieta de José G. Cruz. A todo esto, los jóvenes están vestidos con togas y sandalias, y las jóvenes con nada que tenga más de una cuarta debajo de la cintura. Prohibido ir a la escuela y a la peluquería. Después del desayuno, dos horas de tocar la guitarra electrónica o el bongue, inventar todos los días una canción obscena antes de salir a la calle. Y en la calle, nada de caminar, o tomar camión, sino en coche sport, motocicleta, o patín del diablo. Salir con verduguillo y drogas heroicas en la bolsa; los hombres, de amarillo, anaranjado o verde Nilo, y las mujeres, de negro, con botas federicas y un látigo... ¡Ah! Y quinientos pesos cuando menos. Y prohibido regresar a la casa antes de que raye el sol, procurando estar en estado de ebriedad, y, si es posible, cruzado.

Sé que nadie va a seguir mi consejo, pero se obtendrían magníficos resultados. Los jóvenes escucharían a Brahms en secreto, sustituirían la marihuana por el té de manzanilla,

usarían el verdugillo para cortar manzanas y tomarían clases por correspondencia. Es posible que hasta acabaran respetando a sus padres.

Excélsior, 2 de mayo de 1969

¡Arriba las muelas! Reflexiones sobre la mordida

Jorge Ibarguengoitia

La mordida, nos dicen los expertos, es una transacción voluntaria entre un particular y un representante de la autoridad, en la que el primero entrega al segundo una determinada cantidad de dinero y el segundo lleva a cabo una acción que es contraria a la ley, deja de cumplir con su deber o se hace de la vista gorda.

Ésta es la mordida positiva, porque hay otra, la negativa; en la que el particular paga porque le apliquen la ley.

La mordida, según dicen, es un invento mexicano, una necesidad, una institución fundamental de nuestra sociedad y una bendición de dios.

El porqué el mexicano muerde y acepta ser mordido como característica nacional, es cuestión que no me importa y a la que no voy a referirme en este artículo. El caso es que muerde y acepta ser mordido. Lo que me interesa, por el momento, es la mordida como fenómeno.

Tiene muchos defensores.

—Si una licencia de construcción te cuesta treinta y cuatro pesos —dicen—, y el que la expide es un ingeniero recibido que gana mil quinientos pesos al mes, es lógico que necesite completar su salario con mordidas.

Claro. Por otra parte, también es justo, equitativo y saludable que el que está pagando treinta y cuatro pesos por la licencia de construcción le dé una propina al que se la expide.

—Si para una infracción de tránsito te lleva tres días, es preferible darle veinte pesos al policía que te la levanta —dicen otros.

También estoy de acuerdo.

—Por otra parte —dicen unos terceros—, si un inspector se le mete en la cabeza ponerle una multa, te la pone, porque en México no hay nadie, absolutamente nadie, que este dentro de la ley.

También es cierto. Todos tenemos nuestro guardado de infracciones no descubiertas. En realidad, somos una raza de infractores.

Pero supongamos una persona ideal, que estuviera dentro de la ley. ¿Qué le pasaría si un inspector se le ocurre ponerle una multa? Se la pondría. Con motivo o sin él. Supongamos ahora que la persona ideal recurriera a los tribunales ¿Qué pasaría? Lo más probable es que en su caso acabara veinte años después en la Suprema Corte. Y para llegar a eso la persona ideal hubiera tenido que dar varias mordidas en el camino.

La mordida no es sólo lo que dijimos anteriormente, es además una fatalidad.

Pero vamos a ver, ¿Por qué muerde la gente y por qué acepta ser mordida? El que muerde lo hace porque tiene un sueldo ridículo. El que se deja morder lo hace porque no quiere meterse en líos. ¿Quiénes son los que determinan el sueldo del que muerde y los que inventaron el trámite difícil al que no quiere someterse el mordido? Las autoridades. Hemos llegado a la primera conclusión: las autoridades son las primeras y originales causantes de la mordida.

Ahora vamos a ver las ventajas y desventajas de esta institución.

Supongamos que somos un motociclista de tránsito. Tenemos dos salarios y, por consiguiente, dos trabajos. Uno de los trabajos consiste en cuidar que se respeten las leyes de tránsito. El otro consiste en agarrar a los que las violan para morderlos. El salario del primer trabajo es fijo e insuficiente. El salario del segundo es ilimitado y está en razón directa del número de violaciones que se cometen. Para cumplir con nuestro primer trabajo no basta con levantar tres o cuatro infracciones diarias para que nuestros superiores se den cuenta de que estamos cumpliendo con nuestro deber y no nos hemos ido a Acapulco. Para cumplir con nuestro segundo trabajo, necesitamos morder al mayor número de infractores que sea posible. Por consiguiente, los dos trabajos tienden a lo mismo: hay que conseguir infractores.

Hay que fomentar las infracciones. Es decir, que nuestra actividad consiste en hacer exactamente lo contrario de lo que se supone que es nuestro deber.

Aquí hemos llegado a la segunda conclusión: las autoridades encargadas de velar por el cumplimiento de las leyes están en realidad fomentando la violación de las mismas.

Ahora bien, he oído opiniones de connotados psiquiatras que afirman que el mexicano muerde y se deja morder porque nace mordiendo (las tetas de la madre). Así que no hay remedio.

Yo estoy de acuerdo en la conclusión, pero no en las premisas. Las causas, como ya dije, no son las tetas de la madre, sino la insuficiencia de los salarios y la complicación del trámite que, en la mayoría de los casos, es de la edad de piedra.

Ahora bien: supongamos que somos la autoridad y que queremos acabar con la mordida. ¿Qué hacemos? La hacemos innecesaria para el que muerde e incosteable para el mordido. Aumentamos el salario del primero y le facilitamos el trámite al segundo. Con el aumento de infracciones pagamos el aumento de salarios. Parece muy sencillo. Pero tiene un bemol: ¿Qué aliciente tienen los representantes de la autoridad para levantar infracciones? Si tienen un salario asegurado que basta para satisfacer sus necesidades y la mordida es incosteable, lo más probable es que se queden dormidos en una esquina. Entonces nosotros, la autoridad, estamos en un aprieto, porque tenemos que seguir pagando salarios y no tenemos ingresos.

Hemos llegado a la tercera conclusión: la única solución de la mordida es cancelar las leyes y disolver las autoridades.

Excélsior, 23 de julio de 1969

La televisión ¿es nuestra? Desde varios ángulos

Jorge Ibarzüengoitia

Salir en la televisión no es una experiencia completamente desagradable. Es un poco molesto que le enciendan a uno los reflectores cerca de la cara y si el aire acondicionado no funciona bien en el estudio, se pone uno a sudar inmediatamente. Cuando uno no está habituado a esta clase de ritos, no se sabe qué entender cuando un chaparrito con micrófono se acerca y dice:

—Yo le doy “quiú”.

Luego cuentan cuatro, tres, dos, uno... como si fuera uno a salir disparado en un cohete, y luego... aparece en las pantallas que hay en el estudio una cara conocida... ¡es la de uno!

Esta parte es bastante divertida, porque puede uno observarse a sí mismo sin que nadie se dé cuenta. Uno está mirando la pantalla y en la pantalla aparece uno como si estuviera absorto en una reflexión o mirando un camello que pasa. Aparece la papada, la oreja, la mancha, el ojo, desde ángulos insospechados que nunca encuentra uno en el espejo. Todo esto, además, en blanco y negro, que son colores de locos, y matizado de manera muy extraña, porque lo que está uno viendo no es una imagen

continua, sino una serie de líneas de diferentes intensidades. Es como uno mismo, nomás que telegrafiado, y visto desde un ángulo extraño.

Esta enajenación —éste soy yo, pero no me parezco— es algo francamente divertido.

Desde el otro extremo, en cambio, la televisión es algo muy diferente. Esto de acercarse uno al aparato que hay en la sala y encenderlo “a ver si hay algo interesante”, como dicen algunas señoras, es algo frustrante.

Al coagularse la imagen aparece una entrevista. El entrevistado dice:

—...es un músico notable, pero no podemos decir que sea un ejecutante genial, ni siquiera de primer orden.

El entrevistante pregunta:

—¿Quieres explicarnos cuál es la diferencia entre músico y ejecutante?

El entrevistado, con toda paciencia, explica esto y el entrevistante le lanza otra pregunta:

—Bueno, pero ¿qué no podemos considerar que es falta de respeto tocar Bach en tiempo de jazz?

Al llegar a este punto, el que está buscando “algo interesante” cambia de canal. Una telenovela. Hay un hombre y una mujer en pantalla. El hombre dice:

—No pretendo que tú comprendas este amor tan grande que yo siento por ella...

Cambio de canal. Llegamos a tiempo para oír el comercial: hay dos mujeres en pantalla que pretenden ser madre e hija:

—Estoy al borde del suicidio, mamacita, porque cada sábado tengo que sacar el perol de cobre y encender la leña y poner a calentar agua para hervir la lejía.

—¡Pero en qué estás pensando, hija! —dice la madre y le recomienda a su hija un producto que le hará reconciliarse con esta vida.

Cambio de canal. Una gorda de minifalda cantando canciones apasionadas.

Cambio de canal. Ahora parece que sí hemos dado con algo interesante. Éste es un programa en vivo, hay un incendio, allí están los bomberos, las llamas que salen del piso catorce, de entre los curiosos aparece el entrevistante de televisión, con micrófono

y auriculares, cruza la calle, se dirige a uno de los bomberos que están más atareados, desenredando una manguera y le pregunta:

—¿Cuál es su nombre?

Cuando el otro se repone de la sorpresa y comprende que está siendo entrevistado dice su nombre, Juan Pérez, o algo así. El entrevistante le pregunta:

—¿Qué ya no habrá más víctimas atrapadas en el piso catorce?

—Pues no, señor, yo creo que no. Etcétera.

Pues sí, la televisión en México deja mucho que desear. Tiene demasiados programas, demasiados anuncios, poco dinero y poco talento. Hay muchas cosas que se podrían componer no con facilidad, pero sí con gana. Desde luego, hay que reducirse a límites más modestos. Ningún país en el mundo tiene capacidad de producir programas de calidad capaces de llenar las horas de televisión mexicana como está actualmente constituida. Por otra parte, ahora que el problema ya llegó al Congreso, urge hacer notar que nada se va a mejorar si al examinarlo se parte de la posición del censor. Es decir, de la premisa de que la televisión corrompe. Todo en la vida corrompe. Lo único que no corrompe es “La Hora Nacional”, porque nadie la oye. Espero que no sea ésta la solución que nos dé el Senado después de examinar el problema “juiciosamente”.

Excélsior, 21 de julio de 1972

Estilo y literatura

Ricardo Garibay

Se escribe como se es. O sea, se escribe desde el temperamento y el carácter. Un hombre suave, suavemente habrá de escribir; y lo contrario un hombre aristoso. Y tanto, que si algún huracanado escribe con tersura es que la tiene de alma, y que el huracán como mera fachada; y será muy fácil conocerlo por su estilo que por su conducta o lo que jure de sí.

Así de simple o bobo o natural es el misterio aquel que tanto me trasegó en la juventud. El estilo es el hombre. Y lo sé cuando cada vez me importa menos tener un estilo y acaso cuando empiezo a tenerlo; es decir, cuando empiezo a ser de veras limitado, estrictamente lo que soy y sólo eso y nada más; cuando comienzo a morir.

Buscándose un estilo —una manera de ser literaria—, a caza de todos los estilos, los escritores jóvenes pueden sentirse ilimitados e inmortales. Inmensidad y perennidad

ajenas donde vive el sí mismo como puro idea, sólo como esfuerzo, la esperanza dichosa de llegar a ser todos los insignes a la vez, la dicha de no ser todavía el que se será definitivamente, el que en siendo dejará de ser, la única etapa de la vida donde se existe verdaderamente por uno mismo y para uno mismo.

Pues hallar al fin el estilo es empezar a ser para los demás, es ser ya los demás, es no ser ya nunca más. Y sólo entonces podrá decirse sin misterio, sin remedio a la amargura diaria, eso terrible que pone Borges en la página 108 de su *Hacedor*: “Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach”.

Los jóvenes que escriben dicen que lo hacen para el mundo. Conmoveros espejismo; escriben para su personal lectura en silencio. A cada reglón, con cada renglón se buscan, se rondan, se rodean, se palpan, se poseen, se gozan a través del idioma informe, balbuceante, que no los refleja ni los hace salir de sí, que no es el tema que dicen que están tratando, que no se consigue ser el mundo que decían que están viendo, creando.

Para crear literariamente el mundo hay que vivir en la margen del mundo y ser a la vez todo el mundo. Léase: ser el que ha sido tantos hombres y jamás aquel por quien desfallecía Matilde Urbach. Los escritores jóvenes se parecen demasiado al mundo donde viven, y todavía no son el mundo. Literariamente son, mucho más, personajes que autores, y sin saberlo se contemplan así y así se tratan, por eso disfrutaban tanto sus propias escrituras.

El escritor maduro se trasforma en el tema escogido; o mejor, se transforma en el estilo que ha conquistado, y éste en el tema escogido; que una vez conquistado el estilo aparecerá el verdadero problema: adecuar ese a cada asunto, transformarlo sin que deje de ser idéntico a sí mismo, en cada propósito; y donde esto no se consigue no hay escritor que lo sea eternamente: el modelable bajo sus propias manos, tenor y barítono, contralto. *Werther* y *El Periquillo*, múltiple, maestro de muchos géneros, camaleón, prostibulario de quinientas páginas y *Sirenita*, temblor de haikai, ventanerío más que ventana.

Se transforma en su tema el escritor, desaparece en el mundo que él hace existir, como si el mundo cobrara, con el ser del escritor, su entrega.

El estilo no es más que una sintaxis específica. El escritor no es más que su propia sintaxis, su manera personalísima de unir y coordinar las palabras para formar oraciones. Esa manera supone también un diccionario privado, una particular simpatía por determinar palabras a todo lo ancho del río del idioma. Ser escritor de veras es ser una especial ordenación de los vocablos, donde refulgen intermitentemente algunos de ellos. Un escritor de veras no es más que unas cuantas docenas de palabras

predilectas. Para encontrarlas hay que invertir las tres cuartas partes de la vida. La eminencia del escritor no dependerá de aquellas palabras ni de su manera —única— de emparentarlas, pues es cosa sola la eminencia, que a solas se da, nada la prepara ni la promete ni menos la asegura, se engendra a sí misma y flota macizamente indefinible dentro de la obra; la eminencia es eso que es necesariamente, caprichosamente, misteriosamente, el “no sé qué que queda balbuciendo” en las palabras.

Hay escritores tan enfáticos —tan dueños de un estilo— y de tan profunda y reducida riqueza que basta una palabra para identificarlos, o a lo sumo dos palabras. El uso actual de previsible viene de Borges. Si decimos espantado redentor veamos a Borges. Si pasamos desafortunada llanura estamos pensando en Borges. Este espléndido escritor argentino es buen ejemplo para lo que digo en este apartado, y no sirve para dar a conocer lo que dije en el apartado anterior; cómo un escritor debe morir, desaparecer muchas veces para que vivan sus creaturas.

La unidad del mundo se da a través del estilo conquistado; la multiplicidad, a través de las variantes que los temas imponen el estilo.

Un escritor metido ya en su estilo como es su propia piel, dueño, señor y amo ya para siempre, ya remedo de omnipotencia, por fin creador en serio, no puede usar su poder indiscriminadamente. El estilo que tantos apuros le ha costado, desde que aparece, se le convierte en inagotable fuente de apuros, limitación al máximo. El estilo es piel de hierro que el escritor debe volver suave piel, sedeña, transparente.

Ante dos temas antípodas propuestos a un solo escritor, solo un gran estilo tiene respuestas, maneras, hechuras posibles, y sólo el gran estilo —rigidez total, modo único de ver, de mirar, de oír, de ser— sentirá problema en la proposición. La ausencia de estilo se lanzara si más a escribir sobre un tema tras otro y hasta sobre los dos al mismo tiempo.

Ya lo dije: teniendo un solo estilo, y no es posible tener dos o más; no puede usarse igualmente para dos asuntos antípodas entre sí. Y sólo teniendo ese único estilo pueden tratarse a fondo y como debe ser dos asuntos antípodas entre sí.

El estilo sigue al tema. Un crimen y una rosa, un atardecer en Gobi y un aguacero en la selva de Tabasco, un cuento sobre amores esquimales y una pelea en las mazmorras de Río de Janeiro piden de una misma mano escritora, de un mismo estilo, variantes adecuadas exclusivas. A cada tema su lenguaje; a cada gesto su sintaxis, el adjetivo con que nace necesariamente, el que lo vuelve incomparable.

Aquí es donde el escritor es testigo y nada más, amanuense mero en el mejor de los casos. Aquí es donde en verdad desaparece para que la vida sea en verdad, línea tras línea.

Todo, claro, cuando la mano sí es escritora, cuando la vida sí se ha pasado leyendo y escribiendo. Alfonso Reyes lo dice con conocimiento de causa: "...para que la superficie de las palabras brille como espejo y refleje, pulida, al hombre interior, un lento trabajo de depuración, se necesita un estudio largo y amoroso de los giros y de los vocablos, un constante interrogarse. En ese concepto, el estilo, aun a pesar nuestro, cobra ademán y fisonomía especiales, correspondientes al ritmo de nuestra vida".

El caso de Alfonso Reyes nos alumbró y nos ahorra argumentos. Dueño tal vez como nadie de un estilo, él es su propio estilo, a tal grado que su persona no se deja sentir ni ver jamás a lo largo de sus inmensos paginarios, y cuando de pronto aparece en algún diálogo uno casi exclama: ¡Hombre, si se trata de Alfonso Reyes, sí existe de veras, es ese hombre pequeñito, gordo, pícaro y sabio y poeta que yo conocí!" En una página sobre Voltaire, por ejemplo, abriendo al azar el libro —cualquiera de sus miles de páginas sería ejemplo cabal—, vive Voltaire en la página tan perfectamente real y tan rodeado de su siglo y tan independientemente de Reyes y tan ajeno a Reyes, que uno se asombra al descubrir al final la fecha y el lugar donde la página fue escrita y publicada por Alfonso Reyes.

Tanto así alienta Voltaire desde la mano del gran artista, que parece que vive de por sí, que ése no lo está escribiendo.

Porque se escribe desde el temperamento y el carácter, se escribe como se es. Por eso el estilo es el hombre. Por eso el hombre escritor no es más que su estilo.

Queda dicho que el estilo es una sintaxis específica y un diccionario, por eso el escritor, el hombre, siendo su propio estilo, no es más que un pequeño diccionario y un modo de ordenarlo como habitación del mundo. El estilo es el mundo. Ciudades, desiertos, selvas, mares, casas, días y noches, donde la gente va y viene palabrera entrando unos en otros, abriéndose paso en la muchedumbre de sus vicios y virtudes, sus libertades y sus fatalidades.

El estilo es el mundo misteriosamente lúcido y transparente de la literatura, donde el mundo de carne y hueso halla las leyes que lo rigen y a media calle son secretas y por eso el mundo a media calle parece marañoso o execrable o inexplicable. Estilo es literatura como urdimbre lógica del mundo, como ordenación e intelección del absurdo, como oculta y perfecta geografía en lo más intrincado del garabato.

El estilo es el mundo donde puede vivir papá Goriot o Ulises más a fondo y más de veras y más cabalmente y más universalmente y más para siempre que Balzac u Homero. ¿Cuánto más que Fernando de Rojas. La Celestina vive en la conciencia de los hombres y en su memoria? ¿Cuánto y con cuánta más razón? ¿Y el Quijote de Cervantes?

El mundo es más que el hombre, es más que el escritor, pero desde el estilo el escritor es tanto como el mundo, o más, aunque lo sea a sus expensas, a costa de sí, pues se borra en su propio estilo, ahí desaparece, en el mundo que ha sido capaz de crear.

Y ay de aquel que sobrevive a sus maneras, que puede verlas, si mucho, como hechuras lujosas de su genio, como testimonio de sí o inimitable artificio —pienso otra vez en Borges—: durará poco, su lenguaje sólo para él será útil o necesario, su mundo le pertenecerá exclusivamente, será irreal y, en el mejor de los casos, divertido.

Ese morir para que el mundo quede vivo en las palabras, esa especie de metamorfosis heroica o deleznable, o suicidio o base me insensata (el estilo no finge ni recrea el fenómeno, es el fenómeno) es lo que da sentido a la soberbia y a la condena de la “perduta gente”.

Excélsior

Una pérdida personal

Manuel Buendía

Lo conocí a mediados de 1972. Había nacido poco tiempo antes, pero pronto fue considerado una notabilidad entre los de su especie. En efecto, en unas cuantas semanas, ya daba ejemplo de vitalidad. Su tamaño no era precisamente un récord nacional, pero en cambio su figura y capacidad sí resultaban impresionantes.

Nuestro primer encuentro no fue nada agradable. A decir verdad, me sentí agredido. Maldiciendo entre dientes, proseguí el camino, sin siquiera volver el rostro una sola vez.

Pero a la mañana siguiente, él estaba, ahí, aguardándome. Prevenido, lo esquivé y esto pareció divertirle mucho.

Al paso de los días, el juego se había establecido: si yo lograba eludirlo, podía expresar mi contento con palabras hirientes pero festivas. Si él me atrapaba, el ruido de sus manifestaciones jubilosas podía oírse a media cuadra. Producía un sonido seco, áspero, pero también festivo... a su modo.

Nuestros encuentros no se realizaban siempre a la misma hora, pero sí en el mismo lugar: la esquina de Barranca del Muerto y Avenida Revolución. Ahí me esperaba una mañana tras otra. Esta fidelidad fue —creo yo, ahora que reflexiono en ello— lo que me ganó la voluntad.

Al paso de los años, nos hicimos amigos. Me esperaba con avidez, con cierta maliciosa actitud, y cotidianamente escenificábamos el mismo brevísimo episodio: él a atraparme, y yo a escabullirme.

Lo comparaba con esos amigos fortachones que le estrujan a uno la mano al saludar, o le hunden los omóplatos a palmadas. Quizá su conducta también se parecía un poco a la de esos perrazos que le saltan a uno por puro juego, le arruinan el traje, pero se quedan moviendo el rabo, contraídos los belfos en una especie de risa, y en los ojos una expresión que significa: “¡Cómo! ¿No te gustó la prueba de afecto que te acabo de dar?”

Por todo lo dicho, se comprenderá que él formaba parte no sólo de mis hábitos personales, sino de mi propia vida. (Ah, cómo me fascinaba la casi certidumbre de que había aprendido a moverse un poco —de izquierda a derecha y viceversa— para atrapar a quienes nos habíamos hecho a la idea de que carecía de la facultad locomotora).

Pero el lunes había muerto.

Pasé, y no lo vi. Me regresé. No, no estaba ya. Pregunté. Me confirmaron: había muerto. Alguien fue más preciso: “Lo sacrificaron dentro de un programa de publicidad”.

Tuve ganas de ponerme a gritar hasta hacerme daño en la faringe. Me vestí de luto, tomé una excesiva ración de vodka y luego fui a arrojar una flor en aquel sitio.

Créanme, malditos: yo había llegado a amar ese bache.

Tomado de *Manuel Buendía en la trinchera periodística...*, p. 298

El misterioso caso del tercer enemigo

Manuel Buendía

Kid Tarolas volvió a su esquina con la ceja derecha abierta, el labio superior hinchado y sangrante la nariz. Apenas un sécond le quitó el protector de la boca, dijo a su mánager don Pancho Costales:

—Imaginaciones tuyas, Tarolas, ni siquiera te ha tocado. Vamos, ánimo. Creo que llevas las de ganar —repuso el mánager.

Y Tarolas respondió al llamado de la campana para el siguiente round. Pero tres minutos después, estaba de regreso a la esquina, con la otra ceja también abierta, agravada la hemorragia nasal, un pómulo crecidísimo y el ojo izquierdo semicerrado.

—Por favor, don Pancho —imploró el Tarolas—, tire usted la toalla. ¡Ese cuate me está dando una paliza!

—¡Qué va, Tarolas, qué va! Apenas si te ha tocado. Dale duro y verás cómo ganamos —contestó el señor Costales.

—¿Usted cree, don Panchito, usted cree?

—Por supuesto, hombre, por supuesto. ¡Vamos, alista la campana, sátele!

Y Kid Tarolas salió para el tercer asalto. Cuando, casi arrastrándose, logró llegar de nuevo hasta su esquina, se derrumbó en el banquillo. Casi no podía respirar. La nariz ya no le servía para eso, y los labios terriblemente inflamados apenas permitían el paso del aire. La sangre le escurría por la cara, proveniente de sendas cortadas en las cejas. Ahora también le habían golpeado el ojo derecho, y las figuras humanas sobre el ring se habían vuelto unas manchas.

—Oiga, don Panchito. Ora sí no me venga usted con que ese cuate no me está pegando... —dijo el Tarolas como si hablara tras una máscara de hule.

—Es la pura verdad, Kid. Casi no te ha tocado...

El Tarolas se puso de pie, tieso y trágico cual un Frankenstein en calzoncillos, y antes de caer como tabla sobre la lona exclamó:

—¡Pues entonces vigile al réferi, porque uno de los dos me la está partiendo!

Me acordé del cuento después de leer las declaraciones de los técnicos oficiales que niegan de plano la existencia de la carestía con las dimensiones que le conocen los jefes de familia, las amas de casa, el pueblo. Hay, dicen, “movimientos de precios”, pero nada como para preocuparse en serio.

Aquí es cuando uno quisiera dar la razón a Pedro Ferriz y admitir que, en efecto, hay entre nosotros seres de otro mundo: aquellos técnicos. O, cuando menos, concluir que ellos son tan humanos como cualquiera de nosotros; pero que, en cuanto mexicanos, habitan en otro piso.

Los Panchos Costales de la alta burocracia no son los que reciben los golpes, y tal vez por eso siguen tan optimistas.

Tomado de *Manuel Buendía en la trinchera periodística...*, p. 296.

Temblores de la época

Manuel Buendía

En esta época de actos terroristas y temblores de la corteza terrestre, algunos políticos provincianos pueden sufrir confusiones.

Veamos, por ejemplo, lo que ocurrió a un presidente municipal del Bajío.

Por la mañana, le llegó el telegrafista, presa de agitación, mostrándole un mensaje urgente. El señor alcalde, después de dos valerosos intentos para leerlo él mismo, requirió los servicios del señor secretario del ayuntamiento. Decía el telegrama: “Comunícole temores movimiento telúrico con epicentro cerca de esa localidad. Tome precauciones necesarias y reporte inmediatamente a la superioridad”.

El alcalde llamó rápidamente a su compadre y jefe de la policía municipal; alertó al único bombero voluntario del pueblo, y ordenó al secretario —que también fungía como sacristán de la iglesia— que estuviera listo para tocar las campanas a una señal. Se fajó la 45, abasteció los cuatro cargadores de repuesto, aceitó la carabina M-1, y dijo solemnemente:

—Ahora sí, estamos listos pa’lo que venga en contra de las instituciones. Cuarenta y ocho horas más tarde envió a la metrópoli el siguiente mensaje:

“Recibido su oportuno aviso del otro día. Pusímonos en acción al punto. Cábeme satisfacción informar a esa superioridad que movimiento quedó completamente controlado. Telúrico y Epicentro encuéntranse ya a buen recaudo en la cárcel.

Huestes que comandaban estos fascinerosos sufrieron numerosas bajas.

Nosotros ninguna, bendito sea Dios. Ruego discúlpenme no haberme reportado antes, pero es que ayer nos agarró aquí un temblor de la fregada”.

Tomado de *Manuel Buendía en la trinchera periodística...*, p. 296

Recordando a un poeta

Paco Ignacio Taibo I

Una querida amiga me envía una tarjeta en la que viene impreso un fragmento de un poema de Luis Cernuda: Estoy cansado de estar vivo, / aunque más cansado sería el estar muerto.

Ignoro la razón por la cual mi amiga eligió este poema.

Luis Cernuda murió en México en 1963 y su popularidad va, poco a poco, cimentándose y pasando del poeta misterioso para conocedores al poeta que va penetrando en el conocimiento de todos los que admiran la poesía.

Solamente una vez vi a Luis Cernuda, pero su poesía entró en mí con tal fulgor que aún la llevo por dentro. Su primer verso me lo aprendí de memoria cuando yo era sólo un muchacho.

“Quizás mis lentos ojos no verán más el sur”

Premonitoria y triste, la frase me acompaña y vuelve a mí en los más singulares momentos; como si me esperara a la puerta de la memoria, siempre de guardia.

Escuché hablar de él, también yo muy joven, a un amigo más viejo; me contaba que detrás de la puerta cerrada de su cuarto en la Residencia de Estudiantes de Madrid sonaba música de jazz continuamente. Era una música para aquellos años (finales de los veinte) muy exótica y misteriosa.

Caminando por Morelia, el ya desaparecido Mejía Sánchez me contó cómo una noche, en la Ciudad de México, Luis Cernuda entró en un tugurio e intentó establecer relación con un personaje siniestro y gigantesco. Éste, de pronto, sacó una navaja y de un tajo horizontal cortó el vientre del poeta.

Pálido, más que nunca, llegó a su casa con una mano intentando contener la hemorragia.

La imagen severa, elegante, distante, de Luis Cernuda, ha hecho que sea más fácil acercarse a él por la poesía que por los recuerdos.

Por otra parte, hay un pudor exagerado y reverentemente púdico a no mencionar su homosexualidad, sino de forma críptica.

Se le recuerda como fumador en pipa, elegante, tenso, agudo, sufrido, dolorido.

Cuando se muere, en esta misma ciudad que a su modo amó mucho, lo encuentran con la pipa en una mano y los cerillos en otra.

Vestido con una bata pulcra, en zapatillas. Ni aún la muerte lo pudo sorprender desaliñado.

Octavio Paz, en un poema excelente, lo llamó “río taciturno”, así es como yo debí de haberlo visto siempre: un largo río taciturno que atravesó la vida de forma misteriosa y trágica.

Pero hasta que Octavio Paz no lo dijo, no supe de ese río, yo lo imaginaba como ese joven oculto tras la puerta o como un andaluz irremediabilmente lejos del imposible sur.

Hoy la tarjeta de mi amiga me lo muestra cansado de estar muerto, mientras que la fama popular se le va acercando a través de antologías, definiciones y tarjetas postales.

De Ligeros paisajes dormidos en el aire

Elogio de la locura

Germán Dehesa

En todo el mundo hispánico se celebran los cuatrocientos años del Quijote. Una de las tareas que me encantan es la de ser un aguafiestas y ésta es una ocasión maravillosa. Honradamente, mis queridos lectores, el supuesto homenaje construido alrededor de la durabilidad de la obra de Cervantes, me parece una coartada para académicas y aburridas festividades y para productivos y coyunturales proyectos turísticos, para una agobiante mercadotecnia y para todo tipo de mármoles y oropeles que en poco, o en nada, benefician a Quijote, a Sancho y a Miguel. Dicho de otra manera: el “homenaje” me y no mueve un ápice mi convicción de que los “buenos” libros se defienden solos y no aceptan otro homenaje que una lectura desprejuiciada y fructífera. Es entre ridículo y patético que tanta gente hable del Quijote con voz sublime y ponga cara de capilla ardiente y diga que tal cual persona es un “Quijote”; todo ello, sin haber leído obra de Cervantes que de tan sublime y monumental ha conseguido que nadie la lea.

Todo esto es una sesgada, pero vigorosa, invitación para que lean *El Quijote*. Les garantizo que no se arrepentirán. Cuentan que en la época de Cervantes, Felipe III, a la sazón monarca español, al hacer un viaje en carroza por su reino, observó a un grupo de sus súbditos que formados en corro, reían de modo muy notorio. Al verlos, el monarca comentó: han de estar leyendo *El Quijote*. Bien aventurados villanos estos, que se salvaron de padecer el secuestro de los expertos aburridos y de los vividores de la cultura, que han convertido un libro vivo y divertidísimo en una venerable y yerta momia.

Esto es lo que quiero contarles hoy: *El Quijote* es un libro muy divertido, siempre y cuando se lea con actitud desprejuiciada y con ese ánimo ligero con el que nos acercamos a una novela de Iburgüengoita, a un cuento de Chesterton. Les aseguro que si proceden así se divertirán como aldeanos del siglo XVII y encontrarán la más

seductora exposición de las muchas razones que tenemos para estar locos si es que queremos vivir nuestra vida y conquistar la libertad.

Los críticos tontos —y esto es casi un pleonasma— dicen que Quijote está loco y que Sancho representa la telúrica cordura del pueblo campesino. Puras burradas. Quijote y Sancho están perfectamente locos, están como turbina en reversa, como perforada regadera por aspersión. Quijote está loco por creer que un limitado hombre puede cumplir las gestas y las hazañas de los héroes de las novelas de caballería; pero si lo piensan bien, Sancho está más loco al suponer que será muy bueno y provechoso para él creerle a don Alonso Quijano y acompañarlo en sus desventuradas andanzas. Privilegios de la locura: en cada aventura les va peor que en la anterior, pero no merma su felicidad ni su libre voluntad de proseguir ese camino que no tiene más mapa ni itinerario que los que se les vayan ocurriendo. Nosotros, tan paralizados por nuestras obligaciones, compromisos, ocupaciones, preocupaciones, deberes, dogmas, prejuicios y agendas; nosotros tendríamos que hacer un quijotesco ejercicio y despertar cualquier día con un solo proyecto: hoy voy a hacer una locura, alguna, la que sea: me voy a ir de pinta (y lo que resulte) tan largamente reprimido, voy a ser perfectamente irresponsable, dejaré de ser confiable y previsible y, por un magnífico día, me pondré a la altura de mi señor Don Quijote. Los guardias de la moral pública y las buenas costumbres deben en este momento refrenar sus vigorosas ganas de condenarme y solicitar mi desafuero. El bello consejo de “hagamos una locura” no es mío, sino de Miguel de Unamuno en el prólogo de su *Vida de Don Quijote y Sancho*. Y todavía añade: si alguien pretende detenerte, o impedir tu fuga rumbo a la vida, dale una bofetada y sigue adelante.

Sancho y Quijote estaban locos, Cervantes también; me temo que el autor de estos renglones tampoco sea un modelo de cordura. Lo siento. Queridos lectores, hagamos una locura.

Un recado para los jóvenes

Germán Dehesa

Somos contadores minuciosos de todo lo que la vida nos quita,
pero nunca aquilatamos lo que nos da.

GDV

Dos, y sólo dos, son las obligaciones del hombre: ser justo y ser feliz. En su último libro *Los Conjurados*, Jorge Luis Borges pone estas palabras en los labios de Cristo; quien con ellas responde a un joven discípulo que quiere conocer sus tareas en la vida. Hago mías estas palabras y así, por gracia de la literatura, viene a resultar que Cristo, Borges y yo (en orden descendente) las depositamos ahora ante tus ojos y rumbo a tus oídos: seamos justos, felices.

Si no entendemos la ya larga caminata de hombres y mujeres como una lenta y tropezada peregrinación en pos de la justicia y de la felicidad, ni nosotros ni nuestra historia tendrían sentido. Si no es para que el mundo sea justo y feliz, yo no sé para qué tendríamos que afanarnos tanto. Sin embargo, nos movemos. Tal parece que hay una secreta pero implacable brújula que nos señala ese rumbo en los momentos de mayor furia y estrépito. La tiniebla aspira a la luz y así en este mundo tan desgraciado (tan falta de gracia), tan injusto y tan lleno de infelices nuestra brújula nos sigue señalando el rumbo. A nosotros nos toca discernir el camino.

El camino pasa necesariamente por la inteligencia y la inteligencia, nuestro más poderoso músculo, sólo puede adquirir tono y plenitud de poder en la información, en la bendita curiosidad, en la generosa disciplina del conocimiento, en la educación, la cultura y la civilización. Joven amigo, no te equivoques, no estamos estudiando y adquiriendo saber para imponernos a los demás, sino para quererlos, conocerlos y entenderlos mejor. El éxito, la acumulación de bienes, la fama, el poder son, en el mejor de los casos, logros menores y muy frecuentemente desviaciones fatales. Por estos caminos desviados hemos llega a nuestros actuales desastres.

¿Por qué? Porque no son retos a la altura de lo humano. Lo nuestro es procurar y distribuir con disciplina, con justicia y con lúcida pasión la belleza verdadera y la verdad que, me consta, es de una belleza aterradora. Los demás son asuntos menores, distracción perversiones, pequeñeces.

Así pues, no te creas que la felicidad es una dádiva intermitente y fortuita. La felicidad es el más alto deber de la inteligencia, nuestro estado natural. Nunca pierdas esto de vista si es que quieres llegar a la tierra prometida. Del mismo modo, nunca olvides que la plena felicidad sólo prospera, florece y engendra todos los aromas, todos los colores y todas sus canciones en el territorio de la justicia. No te agobies por esto; si la felicidad le habita, te moverá necesariamente a la justicia. Si en tu pecho hay una estrella, todos la verán; si esto no sucede, es que simplemente crearás ser dichoso; pero serás en realidad un infeliz.

Por supuesto que podemos cambiar al mundo, pero no olvides que es la revolución interior la única que es en verdad duradera y difusiva. Hay que realizarla ya. Nunca en la historia del mundo se había dado esta maravillosa condición de que hombres y mujeres caminaran juntos. Si me permiten decirlo, ya no necesitamos de liderazgos iluminados. Estamos procurando con inteligencia colectiva nuestra propia luz y, validos de ella, el camino se nos aclara cada vez de mejor manera. No es la hora del llanto, sino del canto. Caminemos juntos, hombres y mujeres. Si eventualmente fracasamos y el tiempo y la tontería nos ganan, no se preocupen. Si moriste buscando apasionada, generosa y firmemente la felicidad, habrás sido en tu vida un ser leve y placentero; habrás sido justo y feliz.

No todo lo que brilla es pez

Carolina Arriaga Dorantes

Tal vez no sean monstruos temibles, como los de Verne, pero vaya que existen criaturas extraordinarias. Verás...

Desde la Antigüedad, diversos grupos humanos han sido subyugados por los misterios que esconde el océano, por lo que, movidos un tanto por interés y otro tanto por curiosidad, se han sumergido en sus oscuras aguas para develarlos.

Los antiguos navegantes europeos, por ejemplo, pensaban que la Tierra tenía límites y que, al final de las aguas, una serie de monstruos temibles resguardaba el horizonte.

Los héroes de los mitos griegos y de otras tradiciones se enfrentaban a gigantes marinos de apariencia diabólica y los vencían después de sangrientas batallas.

Recordemos que en la literatura escandinava se menciona al *kraken*, que habitaba las costas de Noruega e Islandia, y se le describía como un enorme pulpo que embestía barcos y devoraba a la tripulación; otra terrible criatura es el *leviatán* —presente en el Antiguo Testamento y en muchos otros pasajes de la tradición hebrea—, asociado directamente con la figura de Satanás y que se imaginaba como una enorme serpiente cuyo desplazamiento generaba infernales torbellinos acuáticos.

Innumerables son los testimonios, en distintas épocas y sitios del mundo, de personas que aseguran haber visto emerger de las aguas gigantescas criaturas descomunales, que tan sólo esperan el paso de alguna embarcación para atacarla.

En la literatura, por ejemplo, no podemos olvidar *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), de Julio Verne, novela en la que se describe el ataque de un narval y un pulpo gigantes.

Pero estos sí existen...

Tal vez sea debido a este miedo ancestral hacia aquello que nos ocultan los abismos marinos que, a lo largo de la historia, han sido pocos quienes se han arriesgado a sumergirse en las oscuras profundidades del mar. Exorbitantes son las cantidades de dinero destinadas a investigaciones espaciales, mientras que nuestro propio planeta y sus habitantes marinos siguen siendo un misterio.

Por ejemplo, en la máxima profundidad marítima conocida, que se encuentra en la Fosa de las Marianas —en el Océano Pacífico occidental—, científicos japoneses descubrieron una especie de plancton a once kilómetros de la superficie, cuyas

características no se habían hallado en los registros de vida marina encontrada con anterioridad.

En el mar profundo existen asombrosas criaturas que se adaptan a las condiciones más adversas, a las bajas temperaturas y a la ausencia parcial o total de luz.

Entre esas especies tenemos a los peces de penumbra, que se encuentran a una profundidad aproximada de 1,500 metros, y a los abisales, que habitan profundidades mayores a los 2,000 metros. Ambos cuentan con algunas características comunes y muchos de ellos pertenecen a las mismas familias zoológicas de los peces de las capas superiores.

Estos peces son en su mayoría pequeños, de cuerpos muy blandos y huesos diminutos —a causa del déficit de calcio y vitamina d—, pero poseen grandes fauces, dientes largos y estómagos de considerable capacidad, ya que deben ingerir comida y tragarla casi entera, incluso si se alimentan de presas más grandes que ellos. Otro rasgo que los caracteriza es su pausado metabolismo, gracias al cual pueden pasar varios días sin alimento. Además, son longevos y sus ciclos reproductivos son lentos.

Auténticos monstruos marinos

Pero la sorpresa más fabulosa es la bioluminiscencia que caracteriza a algunos de estos peces. La luz que presentan dentro de la boca sirve como señuelo para atrapar a sus presas, pero también echan mano de ella para identificarse entre ellos, orientarse o escapar de los peligros que amenazan su vida.

Da Vinci diseñó las primeras aletas natatorias y un equipo de buzo que constaba de tubos respiratorios, depósitos de aire y caretas submarinas de cuero.

¿Cómo se produce esta luz?

Generalmente se trata de colonias de bacterias que viven en el interior del pez, con el que establecen una relación simbiótica: los huéspedes ayudan a alumbrar el camino de su depositario y, a la vez, se alimentan de algunos nutrientes que éste les proporciona. Algunos ejemplares luminiscentes son el *Melanocetus johnsoni*, un pez-rana que pesca a sus víctimas con su fluorescencia intrabucal; el *Regalecus glesne*, que habita a una profundidad de mil metros y en ocasiones tan sólo se le puede encontrar varado o flotando, y el *Saccopharynx lavenbergi*, que suele cazar en aguas de profundidad media y es capaz de abrir tanto sus fauces que puede engullir presas del doble de su tamaño.

Si lo anterior te asombra, considera ahora a los peces eléctricos que generan violentas descargas producidas por fibras musculares modificadas.

Alrededor de estos animales se genera un campo eléctrico con el cual pueden orientarse y ubicarse espacialmente, además de ahuyentar o paralizar con esta “electrizante” capacidad a sus posibles victimarios.

Y como en esto de las descargas hay de todos tamaños y sabores, los especialistas han determinado clasificar estos peces en dos categorías: de alto y bajo voltaje. Forman parte de la primera la raya grande, capaz de inmovilizar a un hombre con la intensidad de su descarga eléctrica —de aproximadamente 200 voltios—; el Torpedo ocellata, que posee un poderoso órgano eléctrico a cada lado y produce casi el mismo voltaje que la raya, y las famosas anguilas de agua dulce, las cuales son implacables al paralizar a sus presas a través de violentos impulsos eléctricos. Entre los peces de bajo voltaje están los peces cuchillo sudamericanos, cuyas descargas, más débiles, no son peligrosas y más bien les son útiles para encontrar a miembros de su cardumen, ubicarse espacialmente, defenderse y obtener alimento.

¿Cuántos secretos guardan las profundidades del océano? ¿Qué cantidad de peces fuera de serie podrían hallarse en investigaciones submarinas?

Quizá el estudio de estas especies nos dé pistas sobre cómo es la vida en un medio tan ajeno al humano, o nos proporcione señales de cómo la evolución ha transcurrido a kilómetros de la superficie.

Algarabía, 20 de junio de 2016,
en <<http://algarabia.com/a-ciencia/no-todo-lo-que-brilla-es-pepe/>>

Escepticismo

Martín Bonfil Olivera

Los científicos buscan respuestas, y se sienten satisfechos cuando encuentran una. A los filósofos, en cambio, las respuestas los inquietan; lo que realmente disfrutan son las dudas. Y no porque les guste llevar la contraria, sino porque a través de la duda es como se logra profundizar en el conocimiento de las cosas. Pero su afán por cuestionar a veces llega al exceso (o al menos, así nos parece a quienes tenemos mentalidad científica).

Un ejemplo es la actitud que adoptan respecto a la realidad. El trabajo de un científico es estudiar el mundo real, el universo que nos rodea, y distinguirlo de las apariencias, las ilusiones que a veces afectan a nuestros sentidos, o las distorsiones que nuestras creencias, prejuicios y expectativas producen en la forma como percibimos esa realidad. Para ello, la ciencia ha desarrollado multitud de instrumentos que afinan nuestros sentidos, y procedimientos como la estadística, la revisión por pares y la

replicación de los experimentos, que ayudan a eliminar distorsiones y tener datos lo más confiables posible para construir sus teorías.

Para un filósofo, en cambio, la primera pregunta surge antes de comenzar: ¿cómo podemos estar seguros de que eso que llamamos “mundo real” existe, en primer lugar? El hecho de que nuestros sentidos —la única fuente de información acerca del mundo que tenemos— con frecuencia nos engañan, la demostración científica de que lo que experimentamos como percepción directa (“lo vi con mis propios ojos”) es en realidad producto de un complejísimo procesamiento cerebral, sujeto a múltiples sesgos y errores, y la vivencia, común a toda la humanidad, de que la “realidad” que experimentamos al soñar es indistinguible de la que percibimos despiertos, son pruebas de que no podemos asegurar que el mundo real exista verdaderamente. De las meditaciones de René Descartes a la película *The Matrix*, el problema del escepticismo filosófico se ha abordado de muchas maneras, pero jamás ha podido resolverse.

Un filósofo podría quedarse atascado en este punto, pero los científicos no nos arredramos. No podemos probar que la realidad exista, pero tampoco creemos que eso sea razón para no averiguar cómo funciona. Simplemente, suponemos que existe, y continuamos trabajando.

Se trata de puntos de vista distintos, pero no opuestos, sino complementarios. La filosofía mal administrada puede intoxicar a un científico y paralizarlo con sus dudas, pero bien usada puede garantizar que, efectivamente, haga *ciencia*, y no sólo investigación. Y a los filósofos, la ciencia, aunque no pruebe que estudia algo real, les da siempre nuevos elementos para dudar... y ellos, con sus dudas, evitan que la ciencia se vaya por el camino fácil.

Cómo ves, núm. 146 (enero de 2011), p. 7

Atrapados en la comida chatarra

René Drucker Colín et al.

Nuestras autoridades están enfrascadas en un debate que trata de establecer qué tan bueno o malo es que se venda comida chatarra en las escuelas. Mientras los empresarios de las industrias que los producen niegan que pueda producir daño, muchos científicos tienen la comprobación experimental de que este tipo de comida —que hoy contiene 30 por ciento mayor cantidad de calorías que la que se vendía en 1970— rica en azúcar, sal y grasa, genera en el cerebro los mismos cambios bioquímicos que drogas adictivas como la cocaína.

Al someter un lote de ratas a una dieta rica en estos componentes por varios días, se observó que cuando se les cambiaba a su comida normal, mostraban una gran ansiedad semejante al “síndrome de abstinencia” que presentan los adictos a una droga cuando ésta les es retirada.

Los investigadores han encontrado que cuando las ratas están comiendo la comida chatarra, en su cerebro se libera el neurotransmisor llamado “dopamina”, aún después de una semana de estarla consumiendo. La dopamina genera la sensación de recompensa y placer, ya sea que se trate de comida, drogas o sexo, en la zona del cerebro llamada “núcleo acuminado”.

Lo mismo que sucede en la adicción a las drogas, el consumo excesivo de alimentos ricos en grasa, azúcar y sal, provoca que el circuito neuronal que genera la sensación de bienestar reaccione cada vez con menor intensidad y por tanto crece la necesidad de consumir mayor cantidad de comida de este tipo para alcanzar el nivel anterior de recompensa y placer.

En René Drucker Colín (coord)., *100 dosis de la ciencia*, p. 98.

Predicciones sociales

René Drucker Colín et al.

Los sistemas de inteligencia de los países desarrollados que tienen interés en manejar la política mundial, cuentan con un equipo de politólogos y sociólogos expertos trabajando con el fin de poder predecir en qué país surgirá un levantamiento del pueblo. Sin embargo, ellos admiten que casi nunca han acertado.

Hoy, matemáticos especialistas en “Sistemas Complejos con Interrelación entre Múltiples Variables” aseguran que es posible predecirlo. Los ecosistemas y la sociedad pueden acumular una gran cantidad de estrés sin que haya signos visibles hasta que una pequeña tensión dispara la situación hacia otro punto de estabilidad. Es algo semejante a un bosque en el cual se acumulan hojas secas, varas y astillas que una pequeña chispa puede convertir en incendio forestal.

Los recientes levantamientos en el norte de África tienen como común denominador haber acumulado pobreza, desempleo, ingobernabilidad, escasez y carestía de alimentos, además del aumento de la población joven sin estudios, trabajo ni proyecto de vida. El suicidio de un joven tunecino fue la chispa que disparó los disturbios.

Mediante este modelo matemático, un investigador ha logrado predecir desórdenes sociales que sucedieron en la India, Kenia, Asia y Yugoslavia.

Según dice él, se desconoce cuál será la chispa que dispare el levantamiento, sin embargo, se puede calcular la cantidad de materia inflamable que se ha acumulado en un bosque y que puede iniciar el incendio.

En René Drucker Colín coord., *100 dosis de la ciencia*, p. 125

Internet en la memoria

René Drucker Colín et al.

El impacto del Internet en nuestras vidas es, sin duda, profundo, y sus consecuencias aún inciertas. Por ejemplo, diversos estudios apuntan a que el uso de esta red nos induce a abandonar la memorización de datos; un fenómeno similar al que se produjo con la aparición de las calculadoras electrónicas portátiles, que provocó el descuido de nuestras habilidades matemáticas básicas, como sumar, restar, multiplicar y dividir.

El fenómeno de sustituir la memorización, por una habilidad para encontrar datos en Internet, se conoce como “efecto Google”.

Según datos de especialistas españoles, el “efecto Google” ha provocado que se pierdan tanto el interés por los textos escritos como la capacidad de comprensión; que disminuyan la imaginación y el esfuerzo mental, y que ahora almacenemos menos información en el cerebro.

Para comprobarlo, un grupo de investigadores de Estados Unidos encabezó, recientemente, una serie de experimentos, cuyos resultados sugieren que las personas que usan esta red para responder sus interrogantes tienen mayor propensión a olvidarse pronto de las respuestas. Esto se debe a que acostumbramos memorizar los datos sólo cuando suponemos que ésta es la única manera de recuperar la información en el futuro. No obstante, los participantes del estudio, en general, podían recordar las páginas web que guardaban la información útil.

En conclusión, Internet se ha convertido en una forma de memoria externa, que guarda información colectiva fuera del cerebro: una variante gigantesca de las bibliotecas.

De hecho, los especialistas piensan que las nuevas tecnologías fomentan el autoaprendizaje y desarrollan la memoria visual. Pero no estaría de más tomar medidas, para no perder otras habilidades.

En René Drucker Colín coord., *100 dosis de la ciencia*, p. 135

Limonada de lagarto

Miguel García Guerrero

“Mente sana en cuerpo sano” reza el dicho; ahora bien, las mentes sanas también resultan muy provechosas para sacarle máximo provecho a los cuerpos sanos, a los atletas de alto rendimiento. La ciencia y la tecnología han llegado a influir de forma radical en las competencias deportivas.

Nadadores como Michael Phelps reducen sus tiempos de forma significativa gracias a sus trajes de alta tecnología, jugadores de baloncesto como Kobe Bryant y Dwight Howard se benefician de tenis cada vez más ligeros y que responden mejor a sus movimientos; futbolistas como Leo Messi y Cristiano Ronaldo aprovechan las nuevas licras que comprimen sus músculos para un óptimo desempeño durante los juegos, y podríamos seguir con una larga lista de etcéteras.

De la mano de compañías como Nike, Speedo y Adidas, la tecnología se ha convertido en una poderosa aliada para el desempeño atlético. Ésa es la norma en la actualidad, pero las cosas no siempre fueron así. Hace 40 años casi a nadie se le ocurría sacar provecho del conocimiento científico para mejorar las actuaciones de los deportistas en la cancha (o la pista, o la alberca, o lo que sea); los jugadores simplemente salían a dar lo mejor de sí, seguir las instrucciones de sus entrenadores y pelear hasta el final.

En esta situación estaban, en 1965, los Gators (Lagartos) de la Universidad de Florida; un famoso equipo de fútbol americano colegial en Estados Unidos. El problema era que sus resultados al inicio de la temporada no eran muy buenos: durante los primeros tres periodos de sus encuentros, la cosa pintaba bastante bien, pero en el último cuarto el calor los doblegaba, su desempeño caía de manera estrepitosa y ya habían perdido varios partidos. Y por más agua que se les administrara a los jugadores seguía ocurriendo lo mismo.

A un entrenador asistente se le prendió el foco y reunió un equipo de médicos para pedirles que averiguaran qué estaba pasando con los jugadores. Los científicos, encabezados por el doctor Robert Cade, pronto se dieron cuenta que había tres problemas afectando a los jugadores: deshidratación, falta de electrolitos y déficit de carbohidratos.

Siempre que los seres humanos realizamos una actividad —ya sea respirar, pensar o correr— necesitamos quemar calorías para obtener la energía necesaria para llevarla a cabo y esto implica un incremento en la temperatura del cuerpo. Entre más intensa sea la actividad, más calorías quemamos y más calor se produce. Pero si la temperatura de nuestro cuerpo sube a más de 40 grados Celsius, se pueden producir daños terribles en diferentes órganos de nuestro cuerpo, especialmente en el cerebro.

Ah, pero la naturaleza es muy sabia y nos ofrece un mecanismo de control: la transpiración. Nuestro cuerpo produce sudor que moja nuestra piel y sirve como refrigerante para controlar la temperatura. ¿Y cómo funciona esto? Pues bien, siempre que un líquido —sea agua, alcohol u otra cosa— está en contacto con la atmósfera se produce una evaporación. Las moléculas de aire chocan constantemente con las de la superficie del líquido y así, poco a poco, la energía de los choques saca a las partículas más calientes del líquido; mientras dejan atrás a las que tienen menos energía, las más frías.

Por eso cuando nos acabamos de bañar y aún no nos secamos sentimos frío: el aire está robándose las “gotitas” de agua más calientes y nos deja las frías. Lo mismo ocurre si nos ponemos alcohol en cualquier parte del cuerpo. En fin, el chiste es que este mecanismo refrigerante hace que entre más intensa sea la actividad que realizamos produzcamos más sudor y, por tanto, perdamos más agua. Nos deshidratamos.

Si bien los Gators estaban tomando mucha agua, ésta no era absorbida lo suficientemente rápido para rendir al máximo. Lo que es peor, con las grandes cantidades de sudor producidas por los jugadores en los partidos, no sólo se perdía agua, sino también una importante cantidad de electrolitos. ¿Y qué es eso?

Los electrolitos son iones de diferentes elementos químicos disueltos en agua. Un ión es un átomo con carga eléctrica; cuando le faltan electrones tiene carga positiva y cuando le sobran tiene carga negativa.

Nuestro cuerpo necesita electrolitos porque todas las señales del cerebro para los diferentes órganos y músculos se envían de forma eléctrica; como no contamos con un sistema de cableado interior, los electrolitos son los mensajeros que se encargan de hacer funcionar todo. Desde los músculos hasta las neuronas. Entonces, cuando a los jugadores les faltaban los electrolitos, sus músculos dejaban de reaccionar correctamente e incluso sus mismas neuronas ya no operaban de forma óptima.

Si a esto agregamos la falta de carbohidratos, el combustible que pone a los músculos en movimiento, resulta lógico que los Gators jugaran tan mal al final de los encuentros.

Robert Cade y su equipo consiguieron crear una bebida con la cantidad necesaria de electrolitos y carbohidratos para asegurar una rápida absorción, el buen funcionamiento de los músculos y el abasto suficiente de “combustible”. Claro que inicialmente no sirvió de mucho porque sabía horrible y los jugadores, literalmente, vomitaban al tomarla. Para resolver este problema, la esposa de Cade sugirió darle sabor de limonada a la nueva bebida de los Gators, con lo que nació el Gatorade.

El elixir tecnológico rindió frutos rápidamente. El desempeño de los jugadores mejoró de forma considerable, tanto que el equipo cerró la campaña de forma decorosa

con un record de 7 ganados y 4 perdidos. La siguiente temporada su record fue 9-2 y llegaron al Tazón de la Naranja contra un equipo de Georgia Tech que llegó como favorito. La Universidad de Florida se llevó el campeonato y, con esto, se empezó a extender la fama del Gatorade.

Dos años más tarde, el entrenador de los Gators, Ray Graves, le sugirió a su contraparte de los Jefes de Kansas City, equipo de la NFL, que usara la bebida para combatir los efectos de las altas temperaturas durante su campo de entrenamiento.

Los Jefes quedaron tan satisfechos con el Gatorade que se convirtieron en el primer equipo en usar la bebida en una temporada, con tanto éxito que llegaron a ganar el Super Tazón contra los fuertes Vikingos de Minnesota.

Ante el éxito alcanzado, Robert Cade le pidió apoyo a la Universidad de Florida para comercializar su creación, pero no recibió ninguna ayuda. Así, le vendió los derechos de producción a la compañía Stokely Van Camp. El Gatorade empezó a venderse como pan caliente, y a producir mucho dinero en el proceso, con lo que al poco tiempo la Universidad reclamó su tajada; después de todo, el novedoso producto se desarrolló en sus laboratorios, con sus recursos y se probó con sus jugadores. Después de algunos pleitos legales, se llegó a un acuerdo en que la UF recibiría 20 por ciento de las regalías, las cuales hasta 2004 le habían redituado más de 100 millones de dólares.

Las ventajas de esta bebida pionera de la tecnología deportiva fueron tan importantes que Gatorade sigue vigente hasta nuestros días, ayudando a mantener un buen nivel lo mismo entre deportistas profesionales que aficionados. Sin embargo, hay que aclarar que está hecho para lo que está hecho y no es muy bueno usarlo de otra manera. Como muchas personas saben que contiene electrolitos lo usan en situaciones de deshidratación, diarrea y otras enfermedades, pero la bebida no está hecha para ayudar en estos padecimientos y su alto contenido de carbohidratos no es recomendable.

Entonces, no olvidemos que para realizar un ejercicio vigoroso, Gatorade es un gran aliado, pero como parte de un tratamiento médico puede ser contraproducente.

Esferas Concéntricas, 30 de abril de 2012

Las potencialidades de la lectura

Carmen Gómez Mont

Uno de los postulados bajo los cuales se perfila el siglo XXI, en el ámbito de las prácticas juveniles, parte de una interrogante: ¿leer o dejar de leer libros? Ante el argumento de que con los medios digitales el lector se vuelve un autor capaz de situarse en el

eje del escenario y tomar sus propias direcciones de lectura, el libro impreso amenaza con caer en el desuso y el olvido.

El problema no es una cuestión de moda, sino de prácticas culturales en estrecha relación con formaciones neuronales. Los jóvenes usuarios de medios digitales creen y afirman que todo el mundo se encuentra en la red y que por lo tanto ya no es necesario leer en libros. ¿Qué beneficios aporta la lectura cuando se localiza información más rápidamente por la red y de manera más sintética? ¿Por qué gastar en comprar libros cuando los encontramos en formato electrónico y de manera gratuita?

Ahí está el lanzamiento de Kindle de la empresa Amazon y Cybook de Sony, entre los más importantes lectores portátiles de e-books. Estos dispositivos pesan hasta 175 gramos, permiten hojear rápidamente y almacenan hasta 1,000 libros. El precio es 15 por ciento menor que los impresos. Por más espectacular que parezca la innovación a los clientes compulsivos de las tecnologías digitales, habría que señalar que a pesar de sus avances no es lo mismo leer en papel que en pantallas electrónicas, por más que se simulen las funciones de un libro.

Un hecho es innegable: la sociedad está dejando de leer y eso compete tanto a jóvenes como a adultos. El abandono de esta práctica ha llegado a tal grado que algunos escritores lo han considerado un desastre social. Docentes de todo el país están sumamente preocupados porque consideran que los que tienen acceso a la Internet piensan “que todo está en la red”. Pero no todo lo que se escribe ni todas las obras importantes creadas están en la virtualidad, incluyendo materiales de autores contemporáneos. El problema no radica ahí. Veamos por qué.

Saber leer es un arte que se olvida si no se practica. Esto tiene que ver con la capacidad de comprender lo que se lee, de permanecer en las humanidades, de formar el espíritu. Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), México ocupa el lugar 43 de 57 en comprensión de lectura.

Danielle Sallenave, investigadora francesa, analiza esta experiencia a raíz de un libro que escribió: *Nous, on n'aime pas lire* (*A nosotros no nos gusta leer*). Después de trabajar en varios bachilleratos franceses, argumenta que la mayoría de los estudiantes aspira a ganar mucho dinero, “dominar a los otros, caminarles sobre el estómago para llegar a ser alguien, embrutecerse de fútbol y de juegos por TV”. Estos son los objetivos de sus vidas.

Christine Rosen, otra investigadora preocupada por el tema, emplea el término gente de pantallas (*people of the screen*). Afirma que cuando se aborda la problemática de leer libros en papel o en pantalla, por lo general se cae en posturas extremas. Es común encontrar en el discurso el principio de reemplazo pero no de complementariedad libro-pantalla.

En Estados Unidos, la mitad de jóvenes entre 18 y 24 años confiesa que no encuentra ningún placer en la lectura y que su tiempo límite de resistencia voluntaria en esta práctica va de 7 a 10 minutos por día. De acuerdo con un estudio realizado en 2007 por la National Endowment for the Arts, la lectura impresa tiene la capacidad de formar mentes críticas y analíticas (potencial que desarrolla la lectura por Internet), pero además se forman ciudadanos comprometidos con sus diversas realidades.

Otro de los falsos argumentos es la idea de que a mayor uso de Internet, menor capacidad de lectura. Parece que la relación que realmente explica tal tendencia tiene que ver más con la formación escolar y el nivel socioeconómico que con el acceso de un nuevo medio. Se ha demostrado que son compatibles los usuarios de Internet con los lectores e investigadores en materiales impresos. En cambio, en las clases menos favorecidas, si no existe una formación previa de lectura desde el hogar, cuando se usa la Internet, los libros quedan en el olvido. La clave radica en el amor por los libros que pueden enseñar los padres a sus hijos, y no tanto en el acceso a una tecnología, como el libro digital.

Neurocientíficos como Susan Greenfield señalan que al estar horas frente a pantallas, nuestro cerebro genera un exceso de dopaminas, bloqueando actividades propias de la corteza prefrontal donde se controlan actividades relacionadas con la capacidad de medir el riesgo y medir las consecuencias de las propias acciones.

También se ha observado que leer libros en pantalla y leer en impresos es diferente. En el primer caso, el lector es el amo, es el autor de la lectura y la organiza libremente; mientras que en el segundo, el lector estudia al autor: su perspectiva y disposición para el aprendizaje son diferentes. Por otro lado, el usuario en línea es “promiscuo, diverso y volátil”, mientras que la lectura en libros tiende a ser más ordenada, y lógica. Jacob Nielsen señala que cuando leemos en pantalla lo hacemos en forma de F, buscando en las páginas el eje de la información. Esto no es leer sino buscar información, extraerla y guardarla.

Está emergiendo un nuevo tipo de lectura en la virtualidad; sin embargo, no puede remplazar a la lectura en libros impresos. La pérdida de una práctica que ha acompañado al hombre durante siglos, tendrá consecuencias en sus formas de razonar y de actuar. Para no caer en el fatalismo, será necesario reconocer que una y otra manera de leer tienen sus propias potencialidades y que es necesario mantener vivas a las dos. La clave está en saber combinarlas y complementarlas a fin de no satanizarlas.

Fuentes

Directas e indirectas

Aguayo, Sergio, “Marea infantil”, en <www.sergioaguayo.org>.

Albat, Antonie, *El arte de escribir y la formación del estilo*, México, Época, 1984.

Alvarado, José, *Alvarado, el joven* (Textos, 1926-1933), México, El Nacional, 1992.

Baena Paz, Guillermina, *El discurso periodístico. Los géneros periodísticos hacia el siguiente milenio*, México, Trillas, 1999.

Baena Paz, Guillermina, *Géneros periodísticos informativos*, México, Pax, 1990.

Baena Paz, Guillermina, *Redacción eficaz. Con un prontuario de redacción y estilo*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2012.

Bastenier, Miguel Ángel, *El blanco móvil. Curso de periodismo*, Barcelona, Santillana, 2001.

Bonfil Olivera, Martín, “Escepticismo”, *Cómo ves*, sec. “Ojo de mosca”, núm. 146 (enero de 2011), p. 7, en <http://www.comoves.unam.mx/assets/revista/146/ojodemosca_146.pdf>. Buendía, Manuel, *El humor*, México, Fundación Manuel Buendía, 1986.

Buendía, Manuel, *El oficio de informar*, México, Fundación Manuel Buendía, 1988.

Cacho, Lydia, “La economía del sexo”, *El Universal*, 15 de septiembre de 2014, en <<http://www.eluniversalmas.com.mx/editoriales/2014/09/72347.php>>.

Campbell, Federico, “México en dos”. *Proceso*, 1994.

Cantú, Jesús, “Los candidatos impuestos por el narco”, *Proceso*, 8 de julio de 2013, núm. 1914, en <<http://www.proceso.com.mx/346933>>.

Cárdenas, Cuauhtémoc, “*Ronda uno: empieza la consumación de un crimen de lesa patria*”, *La Jornada*, 15 de julio de 2015, sec. “Opinión”.

- Cassany, Daniel, *La cocina de la escritura*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- Castellanos, Rosario, *El uso de la palabra*, México, Excélsior, 1975.
- Castillo Peraza, Carlos, “En torno de las ‘privatizaciones’”, *Proceso*, núm. 1176, 15 de mayo de 1999, en <<http://www.proceso.com.mx/180638/en-torno-de-las-privatizaciones>>.
- Cos, José María, “Sitio de Cuautla por Calleja, y rompimiento de él, por el benemérito Morelos”, en *Documentos importantes para la historia del Imperio Mexicano. Escogidos entre muchos manuscritos (sic) e impresos, cuya circulación impidió constantemente el Gobierno Español*, México, Imprenta de D. Alejandro Valdés, 1821.
- Cosío Villegas, Daniel, *Labor periodística*, México, FCE, 2015.
- Dehesa, Germán, *Cuestión de amor*, México, Diana, 2006.
- Dresser, Denise, “Es la corrupción, estúpido”, *Reforma*, 2 de febrero de 2015.
- Drucker Colín, René (coord.), *100 dosis de la ciencia*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2013.
- Flores Magón, Ricardo, “El capitalismo en el poder”, en *Obras completas: Regeneración (1915)*, vol. 11. México, Conaculta, 2015. García Guerrero, Miguel, “Limonada de lagarto”, *Esferas Concéntricas*, volante semanal de divulgación, Zacatecas, Museo de Ciencias, Universidad Autónoma de Zacatecas, 30 de abril de 2012.
- García Márquez, Gabriel, “Un hombre ha muerto de muerte natural”, *La razón*, 17 de abril de 2015, en <<http://www.razon.com.mx/spip.php?article257403>>.
- García, Luis Julio, *Géneros de opinión. Apuntes y sugerencias sobre el artículo periodístico*, Praga, Organización Internacional de Periodistas (OIP), 1987.
- Garibay, Ricardo, “Estilo y literatura”. *Entre Línea*, pag. 131.
- Gómez Mont, Carmen, “Las potencialidades de la lectura”, *Revista Mexicana de Comunicación*, 8 de abril de 2009, en <<http://mexicanadecomunicacion.com.mx/rmc/2009/04/08/mas-alla-de-los-demonios/>>.
- González Reyna, María Susana, *Géneros periodísticos 1. Periodismo de opinión y discurso*, México, Trillas, 1991.

- González Reyna, María Susana, *Géneros periodísticos. Reflexiones desde el discurso*, México, UNAM, 2012.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, “Estrategia integral”, *Reforma*, 3 de febrero, reproducida en <<http://www.etcetera.com.mx/articulo.php?articulo=2893>>.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, *Excelsior El periódico de la vida nacional y otros temas de comunicación*, México, El Caballito, 1980.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, “Setenta años del PAN”, en <<http://www.etcetera.com.mx/articulo.php?articulo=1419>>.
- Gutiérrez Nájera, Manuel, *Los imprescindibles. Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Cal y Arena, 1996.
- Guzmán, Martín Luis, *La querrela de México a orillas del Hudson*, México, Asociación Nacional de Libreros, 1984.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Autopsias rápidas*, México, Vuelta, 1988.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Instrucciones para vivir en México*, México, Joaquín Mortiz, 1990.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Misterios de la vida diaria*, México, Joaquín Mortiz, 1997.
- Juárez Burgos, Antonio, *Redacción y estilo*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), 1987.
- Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986.
- Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 2003.
- Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos. Reportaje, crónica, artículo (análisis diferencial)*, México, Prisma, 1973.
- Martínez, Omar Raúl, *Manuel Buendía en la trinchera periodística. Andanzas, Ideario y columnas escogidas*, Xalapa, Fundación Manuel Buendía-Universidad de Xalapa, 1999.
- Martínez, Omar Raúl, *Repensar el periodismo. Aristas del reportaje y otras reflexiones*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa, 2011.

- Meyer, Lorenzo, “Coyuntura crítica”, *Reforma*, 20 de noviembre de 2014, sec. “Agenda ciudadana”, en <<http://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=50257>>.
- Miguel, Amado de, *Sociología de las páginas de opinión. Textos de Periodismo*, Barcelona, A.T.E., 1982.
- Arriaga Dorantes, Carolina, “No todo lo que brilla es pez”, en Pilar Montes de Oca, coord., *Algarabía. La ciencia platicadita 11*, México, Lectorum, 2011, en <<http://algarabia.com/a-ciencia/no-todo-lo-que-brilla-es-pez/>>.
- Musacchio, Humberto, *Alfonso Reyes y el periodismo*, Toluca, Conaculta, 2006.
- Rangel Hinojosa, Mónica, *El debate y la argumentación. Teoría, técnicas y estrategias*, México, Trillas, 2007.
- Reyes, Alfonso, “Elogio de un diario pequeño”, *El Mundo*, 14 de mayo de 1929, en *Obras completas*, vol. 8, México, FCE, 1958.
- Riva Palacio, Raymundo, *Más allá de los límites. Ensayos para un nuevo periodismo*, México, Fundación Manuel Buendía, 1995.
- Rosado Rostro, Rebeca, *Argumentación*, México, SEP, 2012.
- Silva-Herzog Márquez, Jesús, “La calamidad de lo público”, *Andar y ver*. El blog de Jesús Silva-Herzog Márquez, en <<http://www.reforma.com/blogs/silvaherzog/>>.
- Silva-Herzog Márquez, Jesús, “La segunda alternancia”, *Reforma*, 15 de octubre de 2012.
- Souto, Arturo, *El ensayo*, México, Complejo Editorial Latinoamericano, 1973.
- Taibo I, Paco Ignacio, *Por el gusto de estar con ustedes*, México, Pangea, 1987.
- Taibo I, Paco Ignacio, “Recordando a un poeta”, *El Universal*, 13 de enero de 2005, sec. “Esquina baja”, en <<http://archivo.eluniversal.com.mx/columnas/44592.html>>.
- The Washington Post, *La página editorial*, México, Gernika, 1978.
- Trejo Delarbre, Raúl, *Alegato por la deliberación pública*, México, Cal y Arena, 2015.
- Weston, Anthony, *Las claves de la argumentación*, Barcelona, Ariel, 2005.

Zaid, Gabriel, *Cómo leer en bicicleta*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1986.

Zarco, Francisco, “Los principios conservadores”, en *Los imprescindibles*. Francisco Zarco, México, Cal y arena, 1996.

El género neuronal del periodismo. Pautas y ejemplos del editorial en México, se terminó de imprimir en la Ciudad de México en Octubre de 2016, en los talleres de la Imprenta 1200+ ubicada en Andorra 29, Colonia del Carmen Zacahuitzco. La producción editorial estuvo a cargo de Servicios Editoriales y Tecnología Educativa Prometheus S.A. de C.V. En su composición se usaron tipos Minion Pro y Avenir. Se tiraron 100 ejemplares sobre papel bond de 90 kilogramos. La corrección de estilo estuvo a cargo de Hugo A. Espinoza Rubio y el diseño editorial y la portada fueron realizadas por Ricardo López Gómez.